



KIARA ESPINALES

RANDOM



RANDOM

"Yo era un chico bueno, pero ellas prefiero chicos malos."

Kiara Espinales



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

RANDOM

©Kiara Espinales

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studios](#)

Imagen de la cubierta: ©Konradbak

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

Yo era un chico bueno, pero ellas prefieren chicos malos.

—Random.

Prólogo

RANDOM

Mujeriego, sin alma, demonio, maldito, imbécil, estúpido... Estos son algunos de los adjetivos que las mujeres que dejo atrás sueltan al despedirlas, porque creen que con tan solo una noche pueden tener mi redención.

Mis reglas son claras y simples: una noche, una cita y un polvo.

Si no te gusta, pues búscate a otro a quién enamorar. Antes de que me juzgues, debes saber algo. Soy un hombre de pocas palabras que ha aceptado sus demonios mucho antes de que otros sepan que los tengo.

Ahora que sabes eso, permíteme presentarme... Mi nombre es Random Harju. No me enamoro, no me ilusiono, no me complace amar. Vivo mi vida de la forma más tranquila posible. Solo tengo dos maneras para buscar adrenalina: el placer y volar.

El placer de sentir consumirse a una mujer mientras la penetro, haciendo que su mundo se convierta en segundos en pecados y delirios. Me deleito con la sensación de necesidad de ellas por buscar un salvador, *un ángel*, que las rescate de su vacía y rutinaria vida entre las sábanas, con la fantasía de ser la mujer que me salve, buscando en mí al hombre solo y herido. Si crees que tú lo encontrarás, te mientes.

La única adrenalina que no comparto es la de volar. Es mía, *solo mía*... Cada vez que subo a un avión y surco el cielo, todo de mí se libera. Sí, soy algo egoísta..., ya deberías haberlo descubierto. Sin embargo, sé que querrás tener la curiosidad por adentrarte en mi mundo y conocer cómo te seduzco.

Te haré sentir cosas por mí con tan solo palabras, mis elecciones las odiarás, mis actitudes las detestarás y, tal vez, te haga correr una que otra lágrima, pero al final terminarás amándome porque no encontrarás a otro hombre más sincero que te dé placer.

Me recordarás, todas lo hacen.

Pero, espera.

Si no lo sabías, tengo una preferencia muy especial..., *las vírgenes*. Si eres una, aléjate de mí porque podría hacerte más daño del que piensas.

Capítulo I

PLACER

Random

—Por favor, más... —Un tono vacilante en su voz, y adictivo para lo que la situación merece. Incitado a darle eso que desea, la penetro un poco más profundo—. Quiero más...

La rubia de piernas largas y esbelta figura está disfrutando de mis embestidas. No me gusta que me ordenen qué hacer, realizo cada movimiento con el fin de llegar a un solo objetivo: el clímax.

Uno

Dos

Tres...

No paro de embestirla, aumentando mi velocidad para llegar al punto de vaciarme dentro de ella. Mi deseo sería hacerlo de verdad, pero soy cuidadoso y uso protección. Sin embargo, imaginármelo hace que me olvide de la barrera entre su carne y la mía.

Las piernas de la mujer que tengo debajo de mí suben hasta la altura de mi cintura, atrapando mi cuerpo. Eso hace que su vagina se contraiga, excitándome más de lo que espero.

Bajo mi cabeza hasta quedar por la zona frágil de su cuello. Juego con un etéreo soplido, y eso hace que se desestabilice su control, a la vez que avanzo hasta llegar a su oreja, donde la muerdo.

Esa parte es básica para muchos, pero para mí es un punto de agarre cuando estoy a punto de llegar a mi orgasmo.

—Es delicioso —susurra, a mi oído.

—Di mi nombre —exijo.

—Ran... —Hago movimientos más rápidos y fuertes con mi pelvis, sin detenerme—. ¡Random!

Siento cómo se contraen las paredes de su vagina. Está palpitando sin piedad. Ella al borde de su orgasmo y yo alcanzando el mío. Me voy a correr, y quiero realmente regarla con mi semen.

—Terminaré encima de tu vientre —digo, totalmente extasiado.

No espero su respuesta, dado que hablar es lo último que quiero.

—Hazlo, quiero sentirlo —dice, suplicante.

Trato de procesar sus palabras.

—¿Quieres eso realmente? —Alzo mi cabeza para mirarla y buscar algún gesto que vaya en contra de su juicio.

—No pares, por favor... Hazlo, no me importa. —Agarra mi trasero, haciendo que mi pene se hunda en lo más profundo de su finura.

Dejo de mirarla para apoyarme más en su cuerpo. Esta vez no me detengo.

Cuando la vi desfilan en la pasarela sabía que poseía en sus ojos perversión. Su intensa mirada y su sonrisa de niña buena era el indicio de que no era lo que exhibía, y ahora lo estoy comprobando. Me encantan las chicas que aparentan ser buenas, aquellas son las más perversas. Y

en este momento, estoy follándome a una.

Mis muslos se contraen, y los de la rubia igual, esa es la señal para sentir ese pequeño momento de adrenalina que tanto me fascina.

—Voy a correrme —le advierto.

Mi pene está palpitante..., muy palpitante. Su respiración empieza a agitarse.

—Te sientes tan... ¡No pares! —Su voz suena a un grito ahogado.

Su cuerpo empieza a curvarse, sus uñas se clavan en mi espalda y mi líquido está a punto de explotar. Ella siente una oleada de placer y deja su orgasmo expuesto, y siento lo mismo en mí, me apresuro a retirarme de su interior. Quito el condón, me arrodillo y expulso mi semen encima de su vientre en una arriesgada maniobra.

Es el punto máximo, y lo estoy disfrutando... Así son mis encuentros, unos con más deleites que otros. Hasta este punto solo tienes que hacer algo, retroceder o volverte adicta a mí.

Capítulo II

JUEGO

London

Tengo un serio problema, y se limitaba a una sola palabra: *deuda*.

He pasado casi un día completo en la universidad hablando con la secretaria para conseguir una prórroga de un día más para pagar mi semestre y ella se ha limitado a responder con un contundente no.

¡Qué día de mierda!

Estar de regreso al apartamento es lo único que me alivia, porque tengo mi plan ya detallado mentalmente e ilustrado con imágenes superficiales por mi psique, creando una película de mí como protagonista. Durante estas próximas horas, haré esto:

1. *Iré directa a mi cama.*
2. *Encenderé la tele.*
3. *Veré mi serie favorita y comeré un buen tarro de helado de chocolate.*

Muy alentador, ¿no? Recalco que eso es motivo suficiente para que en este instante esté de manera colocando la llave en la cerradura para abrir la puerta con rapidez. Primer intento, y la maldita se traba. Tras uno más logro mi cometido.

Abro.

Ni un pie en el interior, *totalmente ninguno*, y un ruido como aplausos desganados me sorprende.

¿Aplausos?

—¡Oh, sí... Sí! —Esa es la voz de Astrid y suena similar a las voces moduladas de las actrices porno.

¡Alto!

Dirás que veo porno y que reconozco la falsedad de los orgasmos a distancia, pero no. Solo he escuchado.

La perversa visual es mi amiga y estoy tan segura de que debe estar viendo, *otra vez*, esa página porno a todo volumen. *¿Cómo se llama? ¡Ah, ya! Xvideos.com.*

No puedo creer que lo esté haciendo de nuevo. Le he advertido varias veces que se ponga los cascos cuando vea vídeos sexuales, pero «siempre se le olvida». Trato de contener mi enojo, ya acumulado por lo de mi pago universitario, mientras camino por el pasillo para dirigirme a la sala.

Guardo mis llaves en el bolso. No quiero desquitarme con Astrid, no lo haré. Hoy he tenido suficiente con la universidad como para discutir en casa con mi mejor amiga.

—Respira —musito, para mí—. Respira pausadamente.

Hago ejercicios de exhalación, siento que estoy logrando soltar poco a poco toda la rabia y el estrés que se está acumulando en mí.

—¡Mételo profundo! —grita Astrid.

¡Oh, Dios!

Algo le está pasando.

En este punto, su voz cambia, como si estuviera sufriendo algún dolor. Entonces, *¿por qué pediría que se lo metieran más profundo? No, no... Algo está mal.*

Ahí voy, Astrid.

Me apresuro en ir a la sala, tirando mi bolso al suelo en el proceso. Mi esfuerzo de ir a su rescate se corta a tres pasos. Parpadeo varias veces, incapaz de decir algo ante la escena real más pornográfica que mis ojos han visto jamás; *y eso sí es que lo han hecho*. Acabo de dañar lo poco de «inocencia mental» que quedaba en mí. Ahí está mi amiga, sometida por un hombre corpulento y de tez morena.

¡Oh, por Dios!

Lo tiene grande, *me refiero a su pene*, literalmente es grande. El hombre lo introduce con vehemencia desde atrás mientras ella está en una posición a cuatro patas, como un perrito, sobre el sofá. Como que estoy siendo muy descriptiva para estar sorprendida, *¿no?*

Bueno, volviendo a la realidad. *¡No puede ser!* Profanan el lugar donde a veces duermo, como, juego y más.

¡Qué asco!

Soy la espectadora principal de su acto carnal y ellos están tan envueltos en su placer que ni siquiera se dan cuenta de mi presencia. Respiro con dificultad. Trato de dar unos pasos hacia atrás para darme la vuelta, hacer como si nada hubiese ocurrido y encerrarme en mi cuarto.

Un paso, dos pasos, tres pasos..., cuento mentalmente mientras me muevo.

—¡Así! —grita Astrid.

Escucharla me hace tropezar con el jarrón que tenemos en el pasillo.

—¡Mierda! —suelto en voz alta.

El pánico se apodera de mí porque me doy cuenta de que he hablado. Alzo mi mirada, que es atrapada por la de los dos. Ellos me observan impresionados. El moreno ya no se mueve con ímpetu, parece una estatua de museo, y mi amiga una muñeca trapo maltratada. No me quedo a esperar si dicen algo, me doy la vuelta y corro a coger mi bolso. A tropezones, me dirijo directa a mi cuarto, abriendo la puerta enseguida, cerrándola y colocando el seguro, porque es justo y necesario.

—Respira, London —musito.

¿Qué acaba de pasar?

Rio a carcajadas al darme cuenta de lo loco que es pillar a mi amiga. Nos hemos visto desnuda, pero esto es otro nivel. *¡No la volveré a ver igual!* Definitivamente, no. Es diferente pillarla viendo porno, pero que haga la escena, eso sí es demencial.

—¡London! —Golpea la puerta mientras dice mi nombre— ¡London!

—¡Vete! —grito, dirigiéndome cansada a la cama.

Tiro el bolso encima, cojo el mando, que para mi salvación lo había dejado sobre la cama, y enciendo la televisión a todo volumen. Aquí estoy yo, viendo el episodio nuevo de *Teen Wolf* para escapar de mi amiga. Deberían demandarme por ver esta serie a mi edad, pero *¿quién se resiste a Derek?*

—Patético, London. —Río.

Tremendamente patético, porque tengo veintidós años y, aun así, sigo viendo series de adolescentes. *¡Nah! ¿Y a quién le importa?*

Respuesta: *a nadie*.

Excepto a mi dignidad, pero esa ya la perdí hace horas, cuando decidí rogarle a una secretaria obstinada.

—¡London! —grita nuevamente Astrid, pero agrega algo más que solo mi nombre— ¡Ya se ha ido!

—¡Vete, Astrid!

De verdad, no quiero verla.

Cabe recalcar que en este instante.

—¡Ya se ha ido! —insiste.

Resoplo a medida que voy a abrirle la puerta y la veo parada con una carita de emoticón triste. No sé cómo puede tener la boca en una expresión de U invertida. Astrid es loca, yo soy loca, pero ella me supera. Por ese motivo, no hago otra cosa más que sonreírle.

—No sabía que llegarías temprano —se excusa.

Deja su cara triste mal actuada y me observa de manera quisquillosa. Asumo que espera mi regañina.

—Bueno, pero prefiero verte viendo xvideos.com que siendo la protagonista de un video así. Me apoyo en la puerta.

—Para que veas que soy buena —dice, y arrugo el entrecejo. ¿Es que de verdad no entiende que ha hecho algo grave? Por supuesto, no el acto en sí, sino utilizar nuestro sofá como recaudador de semen—. Te haré compañía mientras ves tu serie, porque sé que la estás viendo.

¡Ah, es eso!

London, deja esos malos pensamientos.

Seguro que ya ha detectado que la escena que he presenciado hace un instante se reproduce en mi mente como disco rayado. A Astrid no puedo mentirle, sabe cuándo lo hago. Son tres años viviendo juntas, y eso apoya su teoría sobre conocerme hasta el alma.

Sin embargo, yo también la conozco. No, definitivamente no muy bien. Aunque su aspecto físico lo llevo muy bien registrado en mi memoria. Pero ahora se la ve diferente. Tiene ese cabello claro enmarañado, los labios hinchados, los ojos algo sombreados por el rímel desgastado, y lleva tan solo una blusa y un tanga como vestimenta. Su porte de modelo hace que le quede bien cualquier cosa, en realidad, ella es modelo. Ni para qué andar con rodeos.

—Primero te bañas —énfatiso, mirándola de pies a cabeza con desafío.

—No quiero perder el olor de mi morenazo. —Me hace ojitos, como queriendo llorar. *Su drama en pleno desborde.*

Las lágrimas para Astrid son algo que puede surgir de manera inmediata si lo desea. No necesita estar triste para que una de ellas recorra su mejilla. Algo que quiero aprender de ella, pero rehúsa enseñarme.

—¡Estás loca! —Trato de cerrar la puerta en su cara, pero logra ubicar su pie para bloquearla.

—Algún día tendrás el olor de un hombre en tu cuerpo y te va gustar. —Su último recurso para persuadirme.

—No quiero —suelto—. Tengo algo más importante en qué pensar.

—Su semen resbalando por tu pierna —continúa hablando, pero sus palabras me dan náuseas y termino por soltar la puerta, alejándome unos pasos.

—Eres asquerosa, Astrid —me quejo.

Una regurgitación en mi estómago hace que tape mi boca con las manos y corra al baño. Recordar las palabras de Astrid es asqueroso, peor que lo diga después de verla en plena acto. Vómito en el lavamanos.

No soy una santa, pero la manera cómo lo dice Astrid suena repugnante. Razón por la cual, aún me mantengo virgen. Por su culpa conozco el lado desagradable del sexo, aunque en parte es

que me aburre el pensar que la mayoría de los chicos de mi edad hoy en día solo desean eso. Mi piel y mi corazón quieren saciarse de amor, uno de verdad, uno que haga que la pasión de un primer amor valga la pena y no solo termine siendo usada para un placer egoísta.

Aquí es el punto donde dices: *sigue soñando, babosa*.

—Vamos, London. —Se acerca Astrid, mientras yo me lavo la cara con el agua del grifo—. Algún día tendrás sexo y sentirás que eso es lo más genial que te puede ocurrir en tu estresante vida.

—Lo sé, pero quiero enamorarme de esa persona primero —explico.

Alzo mi mirada al espejo borroso. Lo limpio con mi mano en una pasada.

—Bien, amiga, espero que ese hombre no rompa tu corazón, solo tu himen, porque sabrá quién es Astrid. —Me río de su atrevida conclusión a nuestra disputa.

—Olvidemos todo. —Concluyo ese tema y me vuelvo para mirarla y agregar otro que se me hace difícil exponer en su presencia—. Me faltan cien dólares para completar la cuota del semestre.

Ahí estoy, liberando lo que me pasa en realidad. No se lo había mencionado antes porque le debo dinero del apartamento. Se supone que las dos debemos pagarlo a medias, sin embargo, llevo dos meses sin darle mi parte. Estudiar diseño de interiores me está generando muchos gastos, y más después de perder la beca. Ahora, el poco dinero que gano de mi trabajo online de proyectos lo invierto en la universidad y para algo de comer.

Tengo la suerte de tener una excelente amiga como ella, que me apoya cada vez que la necesito. Su trabajo de modelo le da mucho dinero, su belleza ha sido el mejor regalo que le han dado sus padres, o como mínimo eso siempre dice ella. Y es verdad, desde los quince trabaja en la industria de la moda, ahora que tiene veintitrés sabe que la carrera está por terminar si no se mueve hacia otro rumbo. Tiene la ventaja de ser una mujer sumamente ahorradora, después de todo, están en sus planes para obtener una *boutique* baja su marca. Su talento de diseñadora es sorprendente, siempre se lo recalco.

—Te voy a ayudar —anuncia.

—No, no... —Me siento en el suelo debido a la frustración—. Ya te debo mucho dinero.

Se sienta a mi lado.

—¡Ok! Pero hagamos un trato.

—¿Qué trato? —La miro confundida.

—Te daré el dinero si cumples un sencillo juego.

—¿Qué juego?

—Te acostarás con un viejo.

—¡¿Qué?! —Me levanto enseguida.

—Es broma. —Me agarra la mano, haciéndome de nuevo sentarme a su lado—. Solo deberás seducir a un chico guapo, dejarás que te lleve a un hotel y lo dejarás con las ganas.

—Solo eso —digo, sarcástica.

—Sí, solo eso. —Me aprieta las mejillas con sus dedos como pinzas—. Yo cuidaré de ti.

—Tú estás loca.

Retiro sus manos.

—Al igual que tú —contraataca.

—Pero tú apestas. —Reímos al unísono.

—Es solo un juego. Además, veré tus dotes de seductora.

—Sí, claro, ¿por qué no me pides que venda mi virginidad en internet?

—Ja, ja, ja... —Se levanta y me da la mano—. Eso ya está pasado de moda. Mira lo bueno

de todo esto, primero te ayudará a quitar el estrés y segundo te dará dinero.

Pienso en ver la parte positiva a todo, pero no creo encontrar otra que la del dinero, el cual necesito urgentemente. Solo es un juego, será un simple y sencillo juego. Además, qué chico podría ser difícil de conquistar si me vuelvo loca y atrevida mientras aparento inocencia. Al menos eso me han enseñado los libros de Sylvia Day, Megan Maxwell y otras autoras de erótica que leo en digital. Sí, mi falta de dinero es extrema. Soy una lectora pecadora por no comprar libros en físico.

—Sí, acepto. —Estrecho su mano como pacto y aprovecho para levantarme.

—Veamos tu serie adolescente. —Me guiña el ojo.

¿En qué estoy metida?

Capítulo III

DÍA

Random

—Sabía que eras un maldito imbécil. —No puede ser más creativa con su insulto de lo que es en la cama, pero ahí está la pelirroja recogiendo su ropa del suelo e insultando mi integridad mientras lo hace.

Me incorporo en la cama.

—Vístete rápido porque necesito ir a desayunar —anuncio, haciendo que mi frase atraiga su mirada. *Tal vez cree que la estoy invitando*, entonces, aclaro—. Solo.

Esa última palabra tira por la borda cualquier tipo de expresión relajada en su rostro. Furiosa, se coloca el vestido lo más rápido que puede.

—Habrá una que te trate peor a como tú lo haces conmigo y las otras que pasan por tu cama. —Se pone los zapatos con total rapidez—. Y ahí pagarás, porque te enamorarás.

¡Ja!

Se equivoca cuando dice que las mujeres con las que tengo sexo pasan por mi cama. Este es un hotel reservado para mis encuentros, pero mi cama, la verdadera, está muy lejos de poder conocerla ella o alguna otra. *¿Y quién es para juzgarme mi vida sexual? ¿Acaso no fui sincero sobre mis intenciones?* Siempre lo hago. Todas saben a qué van conmigo. Cree que por meterle mi pene una noche ya lo saben todo de mí. No le voy a dar la oportunidad de fastidiarme con deducciones ilógicas.

—Adiós —me limito a decir.

Me da la espalda y se marcha fuera de mi vista, dejando a su paso el golpe de la puerta al cerrarla.

¿Por qué las mujeres son así? Uno es sincero y se hacen ideas erróneas en la cabeza sobre mi interés sobre ellas. Se supone que deberían agradecerme que sea sincero, porque eso es lo que siempre piden, o *¿no?* Sin embargo, cuando uno lo hace, lo odian. Dicen querer un chico bueno, pero al final se vuelven locas por los malos. Por suerte, no le doy a ninguna chica mi número de teléfono. Si lo hiciera, sería acosado con llamadas, llantos y mensajes cursis. Además, al no contestarles, se convertirían en potenciales psicópatas. *¡Qué complicado!*

Todas saben mis reglas: *una noche, una cita y un polvo.*

¿Es tan difícil entender eso?

—Me abstendré de sexo por unas semanas. —Me levanto de la cama.

Me alisto para salir, pero mis pensamientos se dirigen cada vez más a la invitación que me hizo Frank. La gran fiesta de diseñadores por el evento de la semana de la moda. Eso solo significa mujeres bellas y una noche más de sexo.

Una más...

Una noche más...

Solo una.

Igual tengo una semana libre para retomar los cielos. Estoy en todo mi derecho de disfrutar

mi semana, sí o sí, antes de volver a pilotar los aviones comerciales. No había estado en New York desde hacía años y las vacaciones me están ayudando a disfrutar de la Gran Manzana como se debe.

A la salida del hotel de citas me encamino a la cafetería que dobla la esquina. Marco el número de Frank para encontrarnos ahí y él contesta al primer timbre.

—Voy a estar en la cafetería —digo mientras me acerco al lugar.

—Ya estoy aquí. —Escucho al otro lado de la línea—. No tardes, que no tenemos tiempo que perder. Recuerda que solo tenemos esta semana para divertirnos.

Diviso la cafetería.

—No me lo recuerdes. —Ruedo los ojos—. Por tu culpa me he enredado con una mujer cada noche, por no arriesgarte a llevártelas tú. Como siempre, puritano.

—¿Te estás escuchando? —Lo oigo reír— Ni que te haya puesto una pistola en la cabeza para hacerlo.

—Olvídalo. —Cuelgo.

Entro en el local y la campanita de la entrada suena llamando la atención de algunos presentes. Busco a Frank con la mirada hasta que lo encuentro en una esquina, sentado con un café sobre la mesa.

—¡Aquí! —exclama alzando la mano.

Voy hacia él, apartó la silla que hay a su lado y me siento en ella. Odio el café. Su simple olor me desanima por las mañanas. Será porque aquí en Manhattan gran parte de la población transita con uno en las manos por las mañanas, y Frank ha pedido uno. Siento que lo ha hecho a propósito, de verdad, para fastidiar mi día.

—¿Y qué tal la pelirroja? —No espera ni un segundo para preguntar sobre mis aventuras.

—¿Tú crees que voy a contártelo? —Arqueo una ceja.

Ríe.

—No, no... —Se lleva la taza a la boca—. Solo quería joderte, porque tú nunca cuentas nada. —Me encojo de hombros—. Lo único que sé es que las chicas terminan odiándote. —Deja a un lado su bebida.

—Es que esperan más de lo que puedo darles —digo.

Arruga su entrecejo.

—¿Te refieres a tu pene? —Estalla en carcajadas.

Le doy un manotazo en la espalda, cortando su risa de cuajo.

—Mejor no sigas. Y te aclaro que yo estoy perfectamente proporcionado aquí abajo. —Doy una fugaz mirada a mi intimidad y luego asiento.

—Era broma, nada más.

—Ahórrate las disculpas o lo que sea que estés haciendo.

—Tranquilízate —murmura.

Un par de chicas entran en el local llamando mi atención. Al parecer, no solo la mía, porque Frank está observándolas con la boca abierta.

—Mira ese bombón —logra decir.

No es usual que me llame la atención una chica en mi momento de descanso. Así es, yo las escojo, no ellas a mí.

Una chica rubia de piernas kilometradas, *realmente guapa*, se encuentra acompañada de otra que parece una niña, con sus dos coletas y su cerquillo. *¿Qué mujer que se respeta, a su edad, se peina así? O mejor, ¿qué mujer en su sano juicio sale peinada así de casa?* Suelto una risa por lo bajo porque su cabello corto, con ese peinado, la hace parecer más niña, pero sus tupidas cejas

la acompañan en ese estilo poco particular.

Desvió mi mirada de ellas, que parecen realmente entretenidas en su conversación.

—¡Deja de babar! —Llamo la atención de Frank al hablarle—. Ni que no hubiera más chicas así.

—Sí, es verdad.

No sé si lo dice por la rubia platino o por la del cabello color miel. Asumiría que es por la segunda, debido a sus gustos raros.

—Háblame del evento de esta noche. —Intento cambiar de tema y el brillo de su mirada me dice que lo consigo.

—Bien, me lo hubieses dicho antes. —Hace una pausa—. Habrá muchas nenas de primera para elegir.

—Eso lo sé sin que lo menciones.

—Espero que ahí encuentres al amor de tu vida —se burla.

—No, ya me curé de ese mal hace varios años.

Me levanto de mi asiento para ir a la barra a pedir un trozo de pastel de chocolate.

—Espera... —dice Frank, y me giro para mirarlo— ¿Cómo puedes decir eso si solo tienes veinticuatro años?

—Hay cosas que te cambian —suelto—. En especial, el amor.

Le doy la espalda y camino hacia donde están el par de chicas, que casualmente están pagando algo en la caja. No notan mi presencia, porque al parecer tienen una conversación muy entretenida.

—¿Verdad que tenía un enorme pene? —Suelta la rubia hacia su compañera de las coletas.

¿En serio?

Me acerco un poco más y me esfuerzo para escucharlas.

—Habla más bajo —recrimina la castaña, alias «coletas», apegándose a la rubia para no ser escuchada.

—Mi moreno tiene un buen pene, súper grueso, sobre todo, y no te hagas la inocente. —La chica «coletas» se sonroja. Puedo verlo en la mejilla que es visible para mí—. Además, tú lo viste en primer plano.

—Cállate —ordena «coletas».

¡Vaya!

Pero esto es increíble.

A ver qué más.

Vamos chicas, prosigan.

No puedo contener mi risa, que se vuelve carcajadas. Ambas giran a verme. *¡Oh, no!* Mi momento de efusividad se corta. La rubia tiene el ceño fruncido y la «chica coletas» agacha la vista.

—Y tú, imbécil... —dice la rubia, enojada— ¿De qué te ríes?

«Coletas» vuelve su mirada en dirección a la caja, dejándome solo con su amiga. Desvió la mirada un poco hacia Frank para pedir ayuda. Detesto lidiar con mujeres enfadadas, y hoy parece no ser la excepción.

Frank se levanta de su asiento y camina hacia mí. Respiro aliviado. Dos machos en dramas de mujeres es mejor que uno, aunque sea de apoyo. Pensándolo bien, cuando una mujer se enoja no existe hombre que la detenga.

—Nada, solo mi amigo, que me acaba de enviar un mensaje chistoso —me excuso, salvaguardando mi integridad.

—¡Ah! Con que un mensaje —manifiesta, poco convencida.

Siento la mano de Frank en mi hombro. Mi apoyo.

—¿Qué mensaje? —interviene Frank, ubicándose a mi lado.

¡Maldito idiota!

—El que acabas de enviarme. —Lo miro para que capte mis palabras.

—¡Ah! —Se aclara la voz— Sí, sí..., le he enviado un mensaje sobre los usos que puede darle a su amigo.

¿Usos que puede darle a su amigo?

¿En serio acaba de decir eso?

¡¿En serio?!

—Hnm..., ya veo —comenta la rubia, mirándonos a los dos de pies a cabeza, y entornando una sonrisa a su paso.

Me quedo frío. La chica acaba de pensar que soy gay..., *que ambos somos gay*. Se gira y recoge su pedido. Ambas chicas se retiran, pero «coletas» me dedica una última mirada. No puedo moverme ante la confusión que se ha provocado. No puedo creerlo, me pueden confundir con todo, pero no con ser gay. No veo mal esa parte liberal de algunos hombres, pero, definitivamente, las mujeres son lo mío y no dejaría eso por nada.

—No puedo creer que pensara que somos pareja. —Escucho a Frank, lo que me ayuda a volver a la realidad.

—Está loca esa mujer. —Miro a la chica de la caja. *¿Lo habrá escuchado todo?* Bueno, *¿y a mí qué rayos me importa?*

—Y, por cierto, de qué te reías.

—Es que... —Hago una pausa—. Nada.

La cajera me sonrío. La joven de ojos café y labios rosas.

—Mejor pide de una vez lo que quieras tomar para irnos. —Palmea mi hombro.

—Ahora sí necesito follar esta noche.

Y no miento.

Que se cuestione mi sexualidad no me gusta para nada, aunque sea un malentendido.

Capítulo IV

NOCHE

London

¡Bendita estupidez!

Aún me pregunto *por qué acepté venir*.

Sin embargo, me recuerdo que obtendré cien dólares para completar el pago mensual de la universidad. Solo tengo que lograr conquistar por esta noche a un chico sexy, ir a un hotel con él y dejarle con las ganas, probando también que puedo ser atrevida y arriesgada. A la vez que sumo una dosis de diversión a lo estresada que he estado estos últimos días. Parece fácil, pero hay cosas que pueden complicarlo todo.

Uno: *parezco menor de edad si no me maquillo*.

Dos: *sufro de pánico si me pongo realmente nerviosa*.

Tres: *solo sé de sexo por los libros eróticos que leo. ¡Ah! Y ahora se suma la escena porno en vivo de Astrid*.

Tampoco es que sea difícil seducir a un chico sexy, *¿verdad?*

—Vamos, London. —Astrid tira de mi mano para pasar entre medio de los presentes, que bailan en la sala al ritmo de música electrónica. Todos llevan puestas vestimentas del diseñador que celebra su grandioso triunfo tras presentar su última colección.

—Espera —digo, soltándome de su agarre.

Se gira para mirarme, sus ojos azules se agrandan por mi reacción. Está sorprendida, pero el empujón que le da una chica que pasa a su lado la saca de su estado.

—¡Mierda! —se queja. Está molesta, al parecer conoce bien a la persona que acaba de fastidiarla.

La miro y negando con la cabeza, le advierto:

—No lo hagas.

—No lo haré, porque esta es tu noche. —Se coloca a mi lado y susurra a mi oído en un hilo fino de voz—. Acabo de ver a tu presa.

Doy una rápida mirada a todos los chicos guapos que puedo divisar, pero no veo uno que sea extremadamente sexy y que no haga pinta de ser gay. A menos que su comentario vaya dirigido hacia el rubio que atiende la barra. Sus proporciones son perfectas y tiene una sonrisa de lado que enamoraría hasta la menos ingenua. Pero los rubios no son lo mío.

—Eres una mentirosa —suelto.

—Mira al hombre sexy que está detrás de ti —comenta.

No deseo girarme para confirmarlo, porque Astrid acaba de decir hombre sexy y no chico sexy. Eso me lleva a concluir que es alguien maduro. No puedo imaginarme involucrada con un hombre mayor. A eso me refiero con la palabra *viejo*. Pero claro, ella no me dejará obtener el dinero con tan facilidad. Después de todo, *es parte de nuestro juego*.

No lo haré, no aceptaré participar en el dichoso juego si tengo que lidiar con un hombre que me sobrepasa la edad en más de veinte años. Tengo suficiente inteligencia para saber que aquellos

hombres son más experimentados y saben con más claridad cuando una mujer juega con ellos.

—Será el plan con un chico o nada —puntualizo.

—Míralo, tonta. —No me da tiempo a escucharla, con sus manos me gira.

Justo ahí, a unos metros de mí, hay un hombre atractivo que está hablando con una chica alta, que al parecer le conoce muy bien, porque se apega a él como si no hubiera nadie a su alrededor y muestra con total claridad que está dispuesta a ser suya sin importarle nada. No la culpo, porque el tipo tiene los ojos azules más cristalinos que he visto, una mandíbula perfectamente marcada y un cuerpo que es un delirio. Ni la camiseta de tela oculta lo atlético de su figura.

¿Por qué estoy mirándolo embobada, como una tonta?

—Cierra la boca —murmura Astrid, e instintivamente lo hago.

—¡Qué puta! —exclamo para mí, y la música se apaga antes de que pueda terminar mis palabras.

¿Por qué diablos he dicho eso?

Llamo la atención de todos hacia donde estoy, en especial, la de él. Al instante, siento un ardor en mis mejillas, me estoy ruborizando y no sé cómo detenerlo. De por sí mi piel ya es lo suficientemente pálida para saber que debo tener un rojo intenso cubriendo mi rostro. Sus ojos me observan con curiosidad, analizándome de pies a cabeza.

Mi mente sigue aún procesando la imagen del hombre, de quien he captado su atención. Su mirada curiosa cambia a dudosa, pero la mujer a su lado le agarra el rostro desviando su atención hacia ella. Entonces, la música empieza a sonar de nuevo, llenando cada espacio silencioso en el lugar.

—Quiero reírme, pero no puedo —escucho a Astrid.

Me giro para mirarla, sintiéndome la más incómoda de la fiesta, de la ciudad, del país, del mundo...

—Vámonos, por favor. —ruego.

—Ven, vamos al baño. —Me lleva a empujones de la gente, que en segundos parece haber olvidado mi torpeza. Cada uno vuelve a ocuparse de sus asuntos.

Es fácil ver cómo las personas que concurren en este lugar cambian su objetivo de concentración con facilidad. *¿Serán así fuera de aquí?*

—Siento vergüenza —suelto, porque de verdad estoy muriéndome de vergüenza.

Pasamos por un pasillo corto. En una esquina se encuentra el letrero en luces naranja neón con la palabra «baño». Entramos, y una vez dentro, me miro en el espejo rectangular que cubre casi toda una pared y saco mi frustración.

Grito una y otra vez.

—Cálmate —sugiere Astrid, llevándose el carmín a sus labios.

—Tú sabes que lo odio, no soporto llamar la atención —le recuerdo.

—Sí, porque entras en pánico.

—Ni me digas. —Me recuesto a la pared—. No quiero pasar por eso.

Cruzo las manos a la altura del pecho y espero a que Astrid se arregle lo suficiente para salir del baño e irnos a casa. El atrevido vestido corto con la espalda descubierta que lleva me hace bajar la mirada hacia mis piernas, que se ven totalmente desnudas, al igual que las suyas. Ponernos de acuerdo en lucir vestidos cortos y unas maxibotas era lo primero que habíamos establecido, pero, por una supuesta desaprobación de estilo, terminamos con botines. Ahora me arrepiento.

Me quedo mirando mi rostro, que se ve reflejado en el espejo, y me doy cuenta de que esa no soy yo. Nunca había tenido tanto exceso de maquillaje en mi vida, desde lejos mi imagen grita que

soy fácil, que solo busco sexo. *Aunque esa es la idea.* El delineado negro profundiza mis ojos azules, por suerte me negué a utilizar pintalabios, lo que hace que mi rostro esté algo armónico.

—Ya estoy lista —dice Astrid con una enorme sonrisa al final. Acomoda un poco su cabello, peinando sus ondas con las manos.

Hago lo mismo, pero arruino un poco el mío debido a que mis rizos no son naturales. He decidido usar extensiones por lo corto de mi cabello. Supuestamente, también es una manera para que después del plan el tipo no me reconozca por la calle.

Ante la suma de otro fracaso más a esta noche, sugiero:

—Mejor nos vamos a casa, compramos una *pizza* y vemos una película.

—¿Estás persuadiéndome? —Me mira dudosa.

—No me digas que quieres seguir aquí después de lo sucedido —respondo, indignada.

No espero a que me conteste y salgo del baño dejándola a ella atrás. No entiendo que dude en irse. Camino molesta por todo el pasillo, porque por cien dólares no me venderé. *Bravo, London. Al fin está volviendo la cordura a tu cerebritito.* Debo reconocer que al principio parecía divertido, hasta me dije, *¿por qué no? Vamos, London. ¡Inténtalo!* Ahora sé que fue una mala idea... *una muy mala.*

Salgo hacia la pista de baile y paso entre la gente, empujando sin importarme nada. Iré directo a casa y buscaré la manera de completar el dinero.

No será difícil, o ¿sí?

Solo tengo menos de doce horas para completar la cantidad estipulada. Mientras invado mi mente con pensamientos absurdos para conseguir el dinero, miro hacia la puerta de salida y me apresuro en estar fuera de este sitio.

—Alto. —La voz de un hombre detrás de mí me detiene, agarrando mi mano sin darme cuenta.

Me suelto y giro para ver quién es.

—Tú.

Es él, el hombre caliente por el cual pasé una vergüenza estúpida. Tenerlo frente a mí me hace ver lo alto que es y que su rostro es aún más seductor que desde lejos. La oscuridad de la sala, con la iluminación tenue de luces psicodélicas, hace que sus ojos azules cristalinos resalten con fervor. De verdad, este hombre es tan *hnm...*

Deja tu calentura, London.

¡Concéntrate!

—¿Yo qué? —pregunta, sorprendido.

Me da por reírme en carcajadas. Estoy tonta por este tipo otra vez..., *menuda idiota.*

—No, nada. —comento, con el fin de despistarlo.

—Y bien, nos vamos a quedar aquí parados. —Mira hacia sus lados.

—No, porque ya me voy —recalco, ante su intento de seducción, porque sé cómo empieza todo. *¡Ah, vale! Pero cómo termina no.*

—No te vayas —ruega sujetando ligeramente mi mano izquierda y acariciando con su pulgar mis dedos.

—Lo siento, pero no soy tu tipo. —Me suelto de su agarre, me giro y me encamino hacia la salida.

Me alcanza y con su cuerpo obstruye mi paso.

—No te irás, porque te vi y no pienso dejarte ir.

—¿Ah?! —*¿Es en serio? El tipo, aparte de atrevido, ¿también es arrogante?*

—Mira ahí viene tu amiga —anuncia, con una sonrisa.

No me giro para comprobarlo. Puede ser una táctica para despistarme y robarme un beso.
Creo que leo demasiados libros románticos.

—London —escucho a Astrid, detrás de mí.

¡No!

¿No puede ser más oportuna?

¡Ahora el tipo sabe mi nombre!

—London. —Su voz se llena de sensualidad—. Así que ese es tu nombre.

Asiento, no tengo más remedio que hacerlo.

—Amiga. —Astrid se ubica a mi lado, colocando su mano izquierda en mi hombro—. No piensas presentarme al hombre que acabas de conocer.

Ella me está ofreciendo su típica ayuda para liarme con alguien, porque las conquistas no son lo mío. Sin embargo, esta vez no estoy interesada en salir con el hombre que tengo enfrente porque, minutos antes, él ha sido elegido el reto que tenía que superar para ganar el dinero.

—Lo siento, Astrid. —Le quito la mano—. Yo pienso irme.

—Yo te llevo —suelta el tipo—. Mi nombre es Random, lo digo para que haya más confianza.

Astrid se sitúa frente a mí, dándome un abrazo y susurrando a mí oído.

—Vete con él, hazlo. Él necesita un escarmiento y tú puedes dárselo, además ganarás el dinero.

Ella me suelta, me guiña un ojo y se aleja de mí. La veo sacar su móvil y escribir algo. Al instante, el mío suena en mi cartera. Sé que debe ser alguna instrucción de qué hacer o en qué lugar me esperará.

—Sí, claro —le digo al tipo, sonriendo, de paso, como una idiota. Ahí estoy, conquistando a un tipo que puede ser más experto que mí en el arte de seducir. En realidad, cualquier persona es más experta que yo en ese aspecto.

—Ven —se limita a decir, agarrando mi mano y saliendo de la fiesta para encontrarme con la calle—. Vamos a mi coche.

Nos acercamos a un Ferrari negro, que se apresura a abrirme para que ocupe mi asiento. Después se sube, me mira unos minutos algo dudoso y enciende el motor.

—¿Tú eres la misma chica de esta mañana? —pregunta, sin verme.

—¿Qué?!

—Sí, eras tú —afirma—. Solo que el maquillaje te ha cambiado mucho.

¡Idiota!

¿Qué quiere decir con eso?

O sea, que era fea cuando me vio esta la mañana... ¿Dónde me habrá visto?

—¿Dónde me has visto? —pregunto mientras él emprende la marcha.

—En la cafetería. —Me lanza una mirada— ¿Recuerdas?

¿Cafetería?

¡Ah! ¡O sí! ¡claro!... Entonces, él es el mismo hombre a quién no quería verle el rostro tras el incómodo momento que me hizo pasar Astrid con su elogio hacia el paquete de su moreno.

¡Maldita Astrid!

Ella sabía con quién me mandaba.

—Sí, eso creo.

—Bueno, ¿y quieres que te lleve a tu apartamento o al mío? —*¡Uff! Está siendo directo. El tipo sabe lo que quiere.*

—¿Y cómo sabes que tengo apartamento? —Sonrío de manera maliciosa—. Puedo tener una

casa.

Se ríe.

—Las modelos, por lo general, viven en apartamentos.

¿Modelos?

El tipo cree que soy modelo... *si él supiera.*

—¡Ah! Sí, sí... —Miro hacia delante, fijándome en todas las calles iluminadas.

Las personas están activas por el evento de presentación de nuevos diseñadores junto con sus colecciones. No hay espacio para transitar.

—Respóndeme. —Se muerde la esquina de su labio inferior.

¡Uff! Mi vientre está inquieto... muy inquieto.

Cierro los muslos para detener la sensación de palpitación que estoy sintiendo recorrer mi entrepierna, pero al hacerlo siento que aumenta más el palpito.

—Al tuyo —suelto.

—Espera, yo debo decirte algo antes de que quieras enredarte conmigo. —Me siento confundida.

—¿Qué?

—Conmigo solo es una noche, una cita y un polvo.

¿En serio acaba de decir eso?

¡Vaya! Sé que en pleno siglo XXI la gente es más liberal, pero encontrarme con un tipo así me confirma cualquier concepto de liberación sexual. Aunque sus palabras liberales en vez de aumentar mi libido la están haciendo decaer.

—Sí, claro —digo, haciéndole creer que entiendo lo que en realidad desconozco.

—Entonces, ¿quieres ir a cenar algo primero, ver una película o lo que gustes? —*Menudo*

Don Juan.

No, London.

No pienses en alargar esta noche.

—No. —Aclaro mi voz—. Mejor vamos directo a tu cama.

¿En serio esa soy yo diciendo esas palabras?

El tipo sonrío, me dedica una última mirada y conduce hasta llegar a una zona donde hay hoteles de lujo. Algo dentro de mí siente que no es correcto jugar con algo a lo que ni siquiera he lidiado una vez en mi vida, pero la necesidad puede más. *Ni que vaya a tener sexo con él... Solo unas cuantas miradas, una sonrisa y palabras de fuego, lo suficiente para que arda en deseo.*

—Perfecto —musita.

Capítulo V

PRIMERA VEZ

Random

—Vamos. —Sujeto su mano mientras entramos al hotel.

Ahí está Charlie, el portero del lugar, examinando a mi nueva conquista. Mueve la cabeza asintiendo y dándome un pulgar por lo bajo. Me dirijo a la recepción para obtener la llave de la habitación. *La de siempre*. No tengo que decir nada, porque Helen me la extiende negando con la cabeza. Sabe a que voy con la chica que tengo tomada de la mano. Le sonrío al paso, pero así es, pronto estaré fuera de la ciudad y esto es lo único que me libera de todo estrés.

London, ese es su nombre.

En unos pocos minutos estaré entre su entrepierna y saborearé el momento. Entramos en al ascensor y logro ver que ella se encuentra ida, algo pensativa. *¿Acaso está dudando?*

—¿Pasa algo? —Capto su atención con mi pregunta.

—No, no... —Se coloca un mechón de su detrás de la oreja.

Me recuesto en la pared mientras observo su hermosa figura. El vestido corto que lleva haría pecar a cualquiera y sus hermosos ojos azules son atrayentes, seductores. No puedo creer que sea la misma chica de la mañana en la cafetería. Las extensiones cobrizas que utiliza por debajo de su cabello miel la hacen diferente, muy sensual para mi gusto.

Bajo la mirada a su boca, que tiene forma de corazón, y me imagino todo lo que haría con ella. Sus labios rozando mi prepucio, *¡uff! Mejor chupándolo*. Se percata de mi mirada y sonrío algo incómoda. Lo que me hace cuestionarme si en realidad quiere terminar conmigo su noche. Juega con el borde de su vestido. Está nerviosa, lo sé. Puede aparentar ser «lanzada», pero reconozco cuando una mujer no está cómoda. Me acerco a su lado con la intención de cambiar el ambiente silencioso que se está formando.

Miro fijamente sus ojos y me pego a su cuerpo. No dice nada. Aprovecho el lapso de silencio entre los dos para mover mis caderas contra su muslo y que pueda sentir más de mí. Toco sus labios con mi dedo. Cuando me preparo para decirle algo, las puertas del ascensor se abren. Mi miembro está palpitante, queriendo someter el interior de esta mujer.

—¿No dirás nada antes de entrar? —pregunto mientras me acerco a la puerta para introducir la llave.

—Hagamos esto rápido. —Me giro para verla cuando la escucho, pero su mirada se centra en su móvil donde marca unas cuantas teclas.

Me desconcierta. Abro la puerta, sosteniéndola para que ella entre primero, y lo hace. Sigo después, mirando su cuerpo perderse en la oscuridad. Prendo la luz enseguida para ver su hermoso rostro sonreír.

Este cuerpo sí que lo voy a disfrutar.

Dejo las llaves en la repisa y camino hacia la mujer que me está volviendo loco. La agarro entre mis brazos y jadea. Planto mi boca en la suya, la cojo desprevenida y por un momento me rechaza para después aceptarme. Sus labios son delicados e inexpertos, los guío con los míos.

Poco a poco el beso se vuelve profundo, siento su lengua participar y la mía no se queda atrás. Robo una mirada a sus ojos cerrados, se ve frágil y sumisa. Corto nuestro tacto, me mira sorprendida, asomándose el rubor en sus mejillas. Algo que no sabe, es que esto es parte de mi juego para seducirla.

—¿Qué pasa? —pregunta, algo agitada.

No puedo detenerme.

Necesito más de su aroma.

Agarro su cintura y la aprieto a mi cuerpo. Bajo mi cabeza para clavarme a su cuello y lamer cada pedacito de su carne. Beso delicadamente su suave piel hasta llegar a su oreja, donde muerdo suavemente su lóbulo, gime de respuesta. Su olor empieza a volverme loco.

—Vamos a la cama —susurro, cerca de su oído.

No dice nada, pero su cuerpo agitado delata que está perdida en el deseo. Empuja sus caderas contra mí, tratando de acercarse. No resisto y la agarro por las piernas, llevándola a mi cintura. Se engancha perfectamente. La beso duro, mientras la guio hacia la cama.

Le hago el amor con la boca.

La devoro.

Obstinado a sostenerla con una mano y con la otra subir por su muslo totalmente expuesto hacia mí. Nuestras lenguas llevan un ritmo sincronizado, mi determinación por no acabar antes se está complicando. Golpeo la rodilla contra la base de la cama, justo ahí sé que estoy cerca para ubicarla donde deseo. La coloco suavemente y se deja ir. Me ubico encima de su cuerpo, acomodándome entre sus muslos, restregando mi erección en su entrada. Ni siquiera nos hemos desnudado, y ya me la tiene dura.

—Hueles bien. —Aspiro su olor mientras bajo por su cuerpo hasta encontrarme con su cadera.

Aparto su vestido para darme cuenta de que lleva de ropa interior una tanga de encaje negro. *Dios, esta mujer quiere matarme.*

—¡Espera! —grita sentándose y tapando lo que he logrado desnudar.

Estiro el cuerpo hacia ella y beso su mandíbula, haciendo que vuelva a perderse en el deseo. Acaricio sus piernas, abriéndolas ampliamente para que me acomode entre ellas. Chupo sus labios tiernamente, no es mi estilo, pero su boca se está volviendo mi perdición. Bajo mi mano hacia su entrada y con mis dedos aparto la tela de su interior. Suelta un suspiro profundo. Siento su humedad mientras poco a poco ingreso dos lascivos dedos. Una rara resistencia logro sentir.

—Estás estrecha —murmuro en sus labios.

Ingreso otro dedo más, empezando a mover mi mano de una manera rítmica. Su respiración se vuelve agitada y hace que me venza la lujuria, queriendo estar dentro de ella sin esperar ningún minuto más. Me desprendo de su tacto para quitarme la camisa, sus ojos me observan como si quisieran adivinar el próximo movimiento. Me muevo a un lado para alcanzar la cajonera y sacar el preservativo. Al tenerlo en mis manos, lo dejo a un lado mientras me apresuro a sacarle el vestido, pero ella me detiene.

—No —se limita a decir.

—¿Qué sucede? —pregunto, confundido.

—No puedo hacerlo. —Se retira de la cama, dejándome noqueado con lo que escucho de su boca.

Me giro para ver cómo se acomoda su vestido. Coge su teléfono y marca unas teclas, llevandoselo al oído. *¿Eso es todo?*

—Listo —le dice a la otra persona en la línea.

Cuelga y se dirige hacia la puerta. Me levanto enseguida para alcanzarla, interceptándola con mi cuerpo, bloqueando su salida.

—¿Piensas dejarme así? —digo mientras recupero el aire.

—Déjame salir —exige.

—¿Te vas? —Me mira con sus ojos amplios sin pestañear—. Dime, ¿Te vas?

—Yo... —Duda en responder.

Y no espero su respuesta, porque la beso, poseyéndola en cada movimiento, sintiendo sus labios suaves, húmedos y dispuestos. Su lengua se desliza en mi boca haciendo esplendorosos sonidos de suaves gemidos.

Bajo una mano para buscar su interior, deslizando mis dedos en su hendidura. Su respiración se torna irregular, la agarro para llevarla nuevamente a la cama. Al colocarla, le quito el vestido sin oponer resistencia. Me quito el pantalón y el resto de mi vestimenta, rápidamente, quedando totalmente desnudo ante ella. Me mira sorprendida, más de lo que las otras mujeres, como si nunca hubiera observado un miembro en su misteriosa vida.

Me deslizo hacia ella, acercando mi boca al borde de su braga y con esta se la quito. Abro sus piernas para sumergirme en su olor, su entrada es delicada, suave y rosa. Lamo sus pliegues y la reacción su cuerpo se eleva. Agarra mi cabellera como aguante a su placer. Chupo con fuerza, haciendo que se le escape un grito sordo, sin embargo, no me detengo. Lamo de arriba hacia abajo con suaves círculos en su hendidura. Me fijo que no está muy abierta, lo cual me resulta extraño.

Me levanto, porque mi pene palpita desesperado por estar dentro de ella. Agarro el preservativo, rasgo el plástico y lo saco para colocármelo. Tiro la envoltura, y mi atención esta vez es hacia *London*.

Su cuerpo delgado y perfecto, con senos que cubren mi mano. Sus pezones rígidos y oscuros que contrastan con su piel rosada. Me acerco directo a ella, con nuestras miradas conectadas, sin perder el hilo de la una ni de la otra. Me deslizo entre su entrepierna y apego mi cuerpo al suyo. Beso su cuello, sintiendo algo de temblor de su parte a mi paso.

—Tranquila, te va a gustar —susurro, a su oído.

London gime.

Me coloco para introducirme en ella, pero al intentar ingresar siento la misma resistencia que cuando lo hice con mis dedos. Su nerviosismo podría bloquear mi paso, así que le digo:

—No estés nerviosa, prometo ser suave si lo quieres. —Espero que eso la calme.

Intento, una vez más, introducir mi pene y, a pesar de la resistencia, ingresa de a poco.

—¡Ah! —grita *London*, clavando sus uñas en mi espalda.

Ingresa aún más y al hacerlo siento una sensación extraña en el interior que no he sentido durante mucho tiempo. Me empujo a mí mismo profundamente dentro de ella, y me muevo de manera sincronizada, al mismo ritmo de sus caderas.

Uno,

Dos,

Tres... Embisto siempre con la resistencia de su vagina de por medio. Aquello me está volviendo loco por lo delicioso que se siente. Hacía tiempo que no sentía una vagina así de estrecha. Mi pene palpitante no soporta más, quiero terminar, y apenas he pasado segundos en su interior.

Agarro su cintura mientras la beso profundamente y entierro mis dedos profundamente en su carne. No aguanto más, me aferro a su cuerpo, golpeo una vez más y termino acabando en su interior.

—Ha sido... —intento hablar, pero la escucho sollozar.

Alzo mi cabeza para verla a sus ojos, pero antes de lograr hacerlo sus manos empujan mi cuerpo fuera de ella tirándome al suelo.

—¡Idiota! —grita.

Se coloca su vestido y sus zapatos lo más rápido que he visto vestirse a una mujer. Y esta vez, yo no la he tenido que largar. No entiendo lo que está ocurriendo. Solo soy un espectador al verla irse, porque me he quedado congelado con su actitud.

¿Qué he hecho?

Me levanto del suelo, incorporándome a la cama sin dejar de mirar hacia la puerta. Todavía no comprendo lo que acaba de ocurrir. Bajo mi mirada a mi pene para sacar el condón, y es en ese momento donde los segundos se vuelven minutos y todo funciona a cámara lenta.

—¿Sangre? —musito.

El condón está envuelto en sangre. Lo saco rápidamente y lo tiro a la basura asustado. Me levanto, tratando de pensar o recordar si he sido demasiado violento, suficiente para hacerle daño a la chica. Recuerdo cada momento en mi mente, *y no*, en ningún instante lo he sido. Me siento en la cama para recuperar la compostura, miro la sábana blanca y un hilo de sangre mancha el lugar donde la he hecho mía.

Llamo a Frank para pedirle ayuda. Al primer timbre contesta. *Como siempre.*

—Necesito tu ayuda —digo, sin más.

—¿Qué ha pasado, loco?

—Creo que he lastimado a una chica. —Siento mi desesperación crecer.

—¿La largaste antes del amanecer? —Su sarcasmo poco ayuda.

—No. —Hago una pausa—. Mi condón está manchado de sangre.

—¡¿Qué?!

—Cuando he terminado, me ha empujado al suelo y se ha ido.

—No tenías que ser tan específico.

—No entiendo qué ha ocurrido.

—¿Has sido violento con ella?

—¡Estás loco! —exclamo, indignado, porque maltratar a una mujer es lo último que haría, y él lo sabe.

—Tranquilízate, solo recuerda si en algún momento has podido ser algo agresivo con ella.

Empiezo a recordar una vez más, pero en esta ocasión mi mente se queda en pausa en la escena de cuando le metí mi miembro en su interior y la resistencia que hubo al hacerlo. No había sentido eso desde...

—¡No puede ser!

—¿Qué? ¿Qué? Dime.

—Frank, creo que era virgen.

Capítulo VI

CONFESIÓN

London

—¿Dónde estás? —pregunta Astrid al otro lado de la línea.

La he llamado mientras entraba en el ascensor, apurada. Y ahora estoy esperando a que se abran las puertas para salir del cuanto antes de aquí.

¿Qué he hecho?

—Estoy saliendo del hotel. —Trato de no sonar angustiada.

—Te espero frente al edificio, ya estoy llegando. —Suspiro porque no quiero estar un segundo más aquí.

—Por favor, no tardes. —Cuelgo y las puertas del ascensor se abren.

Siento una molestia en mi vientre, un dolor parecido al cólico menstrual. Se supone que la primera vez es mágica, hermosa y placentera. A la mierda con cualquiera de esos adjetivos, es una total mentira. Duele desde el inicio y es incómodo en el proceso. Camino hasta llegar a la salida, tanto la recepcionista como el portero del sitio me miran extrañados, como si no entendieran por qué me estoy yendo. Evito sin éxito sus miradas, y salgo cuanto antes de ahí.

El aire abraza mi cuerpo, alzo la vista y Astrid está al otro lado de la calle, alzando la mano. Su rostro tiene una sonrisa de oreja a oreja; *si supiera lo estúpida que he sido, no tendría esa expresión.*

Los coches obstruyen mi paso, trato a toda costa de evitarlos. Mi imprudencia logra la molestia de algunos conductores, que pitan para llamarme la atención. No me importa, qué piensen, porque lo único que quiero en este momento es saber por qué me dejé llevar por un hombre desconocido.

—¿Estás loca? —pregunta Astrid en voz alta.

Me está retando, pero como no tengo ganas de discutir, me hago la desentendida.

—Vámonos de aquí —le suplico, una vez llego frente a ella.

—¿Y? —Ahí va, ese es la palabra con la que inicia cualquier interrogatorio.

—Te lo cuento en el apartamento.

Siento recorrer un aire por debajo de mi vestido, lo sostengo para que no se levante, al hacerlo me llevo una sorpresa. He olvidado malditamente mi tanga, un plus más a mi lista de estúpidas acciones a hoy.

—Vamos a coger un taxi. —Astrid alza su mano para parar a uno.

Se detiene, y con la astucia que la caracteriza, va hacia el coche y empieza a preguntar la tarifa. Al parecer, es idónea, porque abre la puerta del copiloto para subirse.

—Espérame. —Me apresuro y subo en la parte trasera.

Miro por última vez el edificio, y es lo peor que hago, porque veo salir al hombre que me *ha desvirgado*, mirando hacia todos lados con su camisa a medio abrochar.

—Míralo —anuncia Astrid.

Al parecer, no soy la única en darse cuenta de su presencia. Ella se empieza a reír, porque

debe pensar que está frustrado por lo excitado que ha quedado, y no sabe que ahora es él quien debe estar riéndose de mí por lo fácil que he sido. Dejo rodar un poco mi cuerpo para que no me vea. Aunque a la distancia que estamos es imposible que logre hacerlo.

El taxista acelera, y con ello dejo atrás mi dignidad.

—Idiota —murmuro para mí.

—¿Qué pasa London? —pregunta Astrid mirándome desde el espejo del retrovisor.

—Nada. —Bajo la cabeza.

Llevo mis manos hacia mi entrepierna.

—Bueno —dice, nada convencida.

No me interroga más ni me persuade con una conversación en la cual termine confesándole todo, porque está el conductor. Sé que espera a que lleguemos a nuestro hogar, y tal vez tenga que decirle lo que ahora estoy evitando.

En la radio empieza a sonar *Chandelier*, de Sia, y el conductor de la tercera edad empieza a cantar apasionadamente. Justo ahí me doy cuenta de que en esta vida nada tiene una explicación razonable a los actos que por impulso cometemos.

Escucho reír a Astrid por lo bajo, contagiándome de su risa, y no reparo en reír a carcajadas.

—¿Algún problema? —El taxista detiene la marcha y nos mira a ambas.

—No, no... —me apresuro en decir.

Frunce el ceño y se gira para seguir de nuevo en el volante.

¡Que frágil!

Unas cuantas calles más y estamos frente a nuestro edificio. Astrid se baja, y yo la sigo, le paga al taxista y él se marcha. No hablamos nada mientras entramos en el edificio y llegamos al apartamento.

Abre la puerta, va a su cuarto y, sin demora, me dirijo al mío, cerrando la puerta al paso. Tiro la cartera al suelo. Me quito las extensiones, el vestido y los zapatos. Dadas las circunstancias, entro en el baño y abriendo el agua de la ducha. Busco un punto en la pared en el cual concentrarme para hacer lo que llevo retrasando desde que me he dejado doblegar por una mirada, unas caricias, unos besos y un jodido cuerpo.

—¿Por qué, London? —me cuestiono.

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas como el agua por mi cuerpo, una tras otra, sin detenerse. Lloro porque esa no he sido yo. No era real cuando me he entregado a ese hombre. La verdadera London no hubiese dejado que alguien la tocara después de saber que él no quería nada más allá de sexo.

Me enjabono y con la esponja empiezo a restregar mi cuerpo con la idea de que sus besos, tacto y olor se irán lavándolas. Mi corazón se rompe en pedacitos. No ha sido por un amor, sino por un polvo.

Termino de lavarme, cojo la toalla y salgo del baño, buscando entre mi ropa lo más sencillo para ponerme, y encontrando al paso una camisa blanca larga y holgada.

—¡London! —grita Astrid golpeando insistentemente la puerta.

Me apresuro en abrirle.

Su mirada empieza a examinarme de pies a cabeza, sabe que algo me pasa, y no está dispuesta a irse sin saberlo.

—Entra —resuelvo decir.

Enciendo la televisión, buscando algún canal con un programa que me distraiga. Me siento en la cama y ella me acompaña haciendo lo mismo.

—¿Cómo te ha ido? —Me pongo rígida.

—Lo importante es que he cumplido con el reto. —Esquivo su pregunta.
No la miro, pero inesperadamente me coge de los hombros y me obliga a mirarla.

—¿Te ha hecho algo? —Suena preocupada.

No le digas, London.

No lo hagas...

—Me he acostado con él —Me mira confundida.

—¿Qué?!

—Lo que escuchas, ya no soy virgen. —Una lágrima sale por el rabillo de mis ojos.

Me suelta y se levanta de la cama para empezar a caminar de un lado al otro en mi cuarto.

—No puedo creer que lo hayas hecho. —Se lleva sus manos a su cabeza, sé que se siente culpable por alentarme a realizar el juego.

—Ni yo —murmuro.

Recojo mis piernas.

—Nena. —Se acerca a mi lado, abrazándome fuerte—. Lo siento.

—No. —Empiezo a sollozar—. Fui yo quien dejé que al final me tocara.

Se separa de mí y me seca el rostro con su blusa. Me agarra la barbilla y me sonríe.

—No te sientas mal, si quieres saber... —Me vuelve a abrazar, y susurra a mi oído—. Yo perdí mi virginidad con un viejo de cincuenta años.

Me separo de ella, pero esta vez soy yo quien la agarra de los hombros para exigir una explicación de lo que me acaba de decir.

—¿Qué?!

Se ríe.

—Es broma, solo quería hacerte sentir bien por unos segundos.

La suelto y agarro mi almohada para golpearla.

—¡Loca! —grito.

No deja de reír.

—Lo siento, pero si tú hubieses visto tu cara al confesarte eso... —Empieza a toser—. Tú también estarías riendo.

Me echo a reír, y el sonido retumba en la habitación, y parece hacerse eco de las paredes.

—Cállate —ordena Astrid—. Los vecinos nos van a oír.

Me acuesto frustrada, y ella se estira, colocándose a mi lado. Miro hacia la televisión, y veo que hay una película donde la chica le pide a su amante que no la abandone.

Patética.

—No quiero ser como ella. —Me oigo decir.

Astrid se acerca a mí, abrazándome por la cintura.

—No. —Hace una pausa—. Tú eres todo, menos patética.

Sonrío, porque ella ha pensado en el mismo adjetivo.

—¿Y si no encuentro a alguien que me quiera? —suelto incrédulamente.

Alza su rostro para mirarme con el ceño fruncido, lográndose sentar.

—Espera, London, ¿estás pensando que por no ser virgen no habrá alguien que te ame y respete?

—Sí —admito.

Malditas películas de amor y malditos libros eróticos... En casi todos la protagonista es virgen y termina por enamorarse con su pureza locamente hasta al más jodido de los hombres. Me hacen ver que en un mundo donde las mujeres son liberales, una mujer pura es como algo extinto, volviéndose codiciada para los hombres.

Y pensar que estuve a punto de meterme en esos grupos de castidad.

—¿Segura que no te drogaron? —Me da un manotazo en el rostro.

—¡*Auch!*

—Era para que reaccionaras. —Se encoje de hombros—. No puedes pensar eso, porque lo que te ha pasado no te hace menos que nadie.

—Lo siento. —Me siento, y ella agarra mis manos.

—Júrame que no volverás a sentirte así. —Me mira expectante.

Asiento.

—Lo juro.

—Al menos dime, ¿su pene era grande? —Me guiña un ojo— Porque si es así, ha debido dolerte.

Baja su mirada a mi vientre.

—Eres una... —Le golpeo el hombro.

No termino de hablar, y ambas estamos riendo, cayéndonos a golpe, terminando en el suelo como dos locas amigas, cada una rayada a su manera.

Capítulo VII

DECISIÓN

Random

—¿Qué harás? —pregunta Frank recostándose sobre el sofá negro.

—La haré mía. —Acerco la copa a mis labios y tomo un sorbo de vino, recordando su tallada figura.

La noche es perfecta para salir y decidir tener una aventura. Pero hoy, extrañamente, no tengo ganas. Debo estar consciente de que la chica en la cual pienso, desde ayer, provoca ese efecto. Hacía tiempo que no tenía una en la cabeza, tal vez porque no deseaba encontrar a ninguna chica que me obsesionara. Pero algo diferente pasó esta vez. Ella se entregó a mí sin la esperanza de algo más, es raro que alguien quiera perder su virginidad de esta manera.

Y eso me intriga, diría que demasiado.

—Te prefiero como un puto que así... —Tose.

—¿Por qué no terminas la frase? —Me siento un poco más adelante en el sofá y suspiro.

—Bien. —Ríe—. Te prefiero puto, el que se lleva a una mujer que quiere lo mismo, sexo por una noche, pero no a este imbécil en el que te conviertes cuando encuentras a una virgen en tu vida.

—¿Imbécil? —Río— Esperaba otro adjetivo más escandaloso.

Me levanto, colocando la copa sobre la mesa de centro de cristal y haciendo un leve sonido de vibración al hacer contacto, por ser ambos objetos del mismo material. Empiezo a caminar por la sala. Me detengo cuando quedo cerca de las ventanas gigantes de cristal transparente que me brindan una maravillosa vista de la ciudad a mi izquierda, y enfrente la de Central Park. Es un lujo tener un apartamento con estos beneficios, pero es algo que puedo costearme sin arrepentimientos. Trabajar de piloto me da ganancias para pagar un lugar así, y demás ostentaciones.

—¿Tendrá el mismo final que las otras? —pregunta, curioso. Pero para qué responderle si sabe cuál es la respuesta. Aun así, lo hago.

—Sí —digo honestamente.

Saco la cajetilla de cigarrillos de mi bolsillo, elijo uno, y lo enciendo. Sigo embelesado con la magnífica vista, son muy pocas las veces que suelo detenerme a observarla. La mayoría de las veces que llego a mi hogar es en las mañanas, después de despertar en el hotel donde llevo a mis amantes.

—No está de más mencionarte que quiero quedarme al margen de todo eso.

Le dedico una mirada.

—Nunca te cuento nada.

—Ni lo hagas.

Exhalo un anillo de humo azul hacia el techo.

—Solo tendré que averiguar quién es ella.

Se levanta en dirección a la cocina.

—Entonces, ¿está tomada tu decisión?

—Por supuesto.

Aplasto el cigarrillo y me vuelvo a la ventana.

Capítulo VIII

CAMBIO

London

Dieciséis de noviembre de 2016

Así comenzaría mi diario privado, pero no lo tengo. Hoy he decidido comprar uno, después de los eventos ocurridos últimamente en mi vida.

—Puedes comprar este —dice Astrid, señalando uno que tiene como un estilo tipo agenda, pero con una decoración antigua. Su color base, morado, y los bordes con dorado, lo hacen ver perfecto. Al tocarlo me hace sentir como si tuviera un diario de la época medieval.

—Es genial. —Lo tomo—. Me lo llevo.

Caminamos por el pasillo donde hay tintes de toda clase, por un segundo, una loca idea se me pasa por la mente.

¿Será?

Sí, resuelvo hacerlo. Voy a cambiar mi estilo porque no me quedaré como la típica chica triste que por perder su virginidad con un extraño se queda sin rumbo y sin saber qué hacer con su existencia. Necesito un cambio, y hay una personita que puede ayudarme, una que está viendo en estos momentos a un par de chicos gemelos, pelirrojos, muy guapos..., *realmente guapos*.

—Astrid. —Llamo su atención—. Tengo algo planeado.

Sonrí malévolamente.

—Tu risa es macabra. —Ahora es ella la que ríe verdaderamente malévola en un intento de imitarme.

—Ya para eso. —Le tapo la boca—. Quiero un cambio de *look*.

Se aparta de mí, señalando el aparador de tintes y luego mi cabeza.

—¿Qué?! —grita.

Miro alrededor para ver si ha llamado la atención de alguien más y ahora somos la comidilla de la gente.

—Cálmate. —Cruzo los brazos—. No es nada del otro mundo.

—Si lo sé, pero qué cambio le darás a tu cabello corto... —Me agarra una mecha de cabello y la suelta enseguida—. Si lo tienes a la altura de tus hombros.

Solo pienso pintármelo, y Astrid ya quiere hacer... *el cambio*.

—Me lo voy a teñir, nada más. —Alza una ceja.

—Pues no me parece bien.

—Bueno, te iba a pedir ayuda. —Empiezo a observar cada tono.

Rojo, no.

Negro, tal vez.

Castaño, no habría diferencia.

Platino, ¿de verdad ese color existe?

—Si vamos a hacer esta travesura... —Me abraza por detrás—. Tenemos que hacerla bien.

Si se está refiriendo a ir a una peluquería, pues no. Son tan caras que con una sesión de bien podría con ese dinero pagar cuatro vestidos de segunda mano.

—Peluquería no —digo determinante.

—¿Y quién dijo eso? —Me giro para afrontarla.

—Tú. Sé lo que piensas. —Ríe fuertemente, por segundos, llamando la atención de las personas que van pasando.

—Yo pensaba en buscar tutoriales de cómo se tiñe el pelo en YouTube .

Me rindo con su manera de darle la vuelta a todo.

—Sabes que... —Empiezo a coger las cajas como loca, dándoselas a Astrid para que las sostenga—. Me lanzo al matadero.

—Eso quería escuchar desde hace tres años. —dice con suspicacia.

Cinco horas después...

—¡Oh, my God! —Miro mi reflejo en el espejo.

Mi cabello de un tono natural castaño, ahora tiene un color negro como la noche.

—Te ves como una maldita zorra del infierno —comenta Astrid.

Dejo el espejo en la mesita de noche y la miro.

—No me mientas —suplico.

—¡Ajá! —Me guiña un ojo—. estás sumamente sexy con ese color, solo te falta un vestido negro y unos tacones de aguja, y serías como la zorra que siempre creí que eras.

Empieza a simular que limpia sus lágrimas inexistentes.

—Hmm... —Trato de imaginarme como ella me pinta.

Siento que puedo ser más audaz, atrevida, malvada y seductora. Astrid entra en su baño y sale llevando en sus manos unas tijeras. Viene directa hacia mí, con una mirada algo desquiciada, me recuerda a las películas de terror de Chucky.

—¿Qué piensas hacer, Astrid? —Retrocedo un poco, pegándome al marco de la cama.

—Ja, ja, ja... —Camina lentamente—. Es hora de deshacernos de ese estúpido flequillo y ese corte estilo *bob* recto que no te queda bien.

Empiezo a reír de verdad, sus locuras no tienen medida.

—¿Cómo? —suelto equivocadamente, porque ya sé la respuesta.

Se para frente a mí con la cara seria.

—Creo que el tinte te ha afectado.

—Olvidalo, ¿qué piensas hacerme?

—Te haré el estilo *bob* un poco despuntado en las puntas... —Se acaricia la barbilla—. Un poco más corto, que no roce tus hombros, y el flequillo también despuntado.

—Pero tú no eres peluquera para que me hacerme un corte como ese —señalo.

Niega con la cabeza.

—Soy diseñadora de modas, aparte modelo... ¿Se te ha olvidado?

—Hazlo, prometo no fastidiar más con mis preguntas. —Respiro hondo al verla acercarse.

Cierro los ojos, me enderezo y empiezo a escuchar el sonido de las tijeras cortar las puntas de mi cabello. Si por Astrid fuera, me trasquilaba. Trato de borrar ese pensamiento de mi cabeza y prefiero ser consciente de que su ayuda será la idónea. Son minutos lo que pasan cuando se detiene en su acción, pero me resultan más que eso.

Me niego a abrir los párpados. Entonces, empieza a sonar el móvil de Astrid, y eso es un motivo por el cual reconsidero mi negación y miro rápidamente cuando la veo contestar la llamada. Me da una rápida mirada con los ojos dudosos, logrando sembrar en mí la duda. ¿Me observa así por lo que acaba de hacerme o por algo más que ni entiendo?

—Sí, prometo conseguir una chica para el desfile. —Se limita a decir eso y cuelga.

No me quiero meter en su trabajo, así que no hago ninguna pregunta sobre lo que he escuchado. Empieza a caminar de un lado al otro, llevándose el teléfono a la boca. Está pensativa, lo sé, pero de algo que realmente le preocupa.

—¿Te puedo ayudar? —intervengo.

Me mira fijamente unos segundos y una sonrisa empieza a crecer en su rostro....

¡Oh, no!

Una idea se le pasa por la cabeza y realmente espero no estar en ella.

—Elemental, mi querido Watson. —Me apunta con el teléfono—. Esta noche tienes un desfile conmigo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, mi querida London... —Corre hacia mí, abrazándome fuerte—. Tú vas a desfilarme conmigo.

—¿Co... co... cómo? —tartamudeo.

—Ya ves, tendrás una excusa para estrenar tu estilo de cazadora. —Me rodea, y en segundos tengo el espejo frente a mí, sostenido por sus manos.

—Soy otra. —Realmente soy otra, mis ojos resaltan con el color y el estilo de corte.

Astrid me da un beso en la mejilla.

—Quien sabe, quizás después de esto salgas con trabajo.

—Sé realista, Astrid. —Me levanto para señalarme—. No soy tan alta como tú.

Se levanta, y se sitúa a mi lado.

—Solo por unos cuatro deditos.

—Iré, iré... —acepto.

De las locas situaciones en las cuales Astrid me mete, pues esta es la más increíble. Modelo por una noche, *nada mal*. Una de las aventuras que no puedo dejar pasar.

Capítulo IX

ENCUENTRO

London

Tantas chicas guapas tras bastidores listas para salir en escena. El diseñador demostrará sin duda la perfección de su colección con lo magníficos que son sus diseños. Claro, sé que detrás de las propuestas de Astrid siempre hay algo oscuro. No es una simple pasarela de ropa casual o vestidos elegantes, esta es de lencería femenina. No por nada el tema de la presentación se llama *oscuro placer*.

—Lo siento —se excusa Astrid con una cara de arrepentimiento poco creíble.

Tengo que recordarme, como tantas otras veces, que no debo hacer caso a sus propuestas. Sin embargo, como siempre quiero experimentar cosas nuevas... Sin ella mi vida sería algo gris, solo podría imaginarme lo que podría hacer, pero que realmente me da miedo experimentar.

—Pues mira. —Me señalo con el fin de que se fije en el *baby doll* que llevo. Un conjunto compuesto por un tanga blanco y una bata del mismo color, pero algo transparente, que se convierte en un accesorio sumamente sensual—. Ahora sí soy la zorra que decías que era.

Ríe.

—Tranquilízate. —Me guiña un ojo—. No pareces una zorra. —Con sus dedos hace el gesto de comillas en la palabra zorra.

Observo su vestimenta, que es un *bustier*; recuerdo que así me mencionó ella que se llama. Una prenda que perfila la forma de su cuerpo, similar a un corsé, aunque es más flexible y no modifica la silueta. Solo la realza. Los detalles de los bordados de flores rosas, tanto en la parte de los conos como en el tanga, la hacen delicada y femenina.

—Estás increíble. —resalto.

—Y tú igual. Tal vez atrapes a algún asistente al evento. Por lo que sé, habrá algunos millonarios. —Se sienta para acomodar sus zapatos de tacón súper altos—. ¿Sabes?, hace tiempo que quiero preguntarte algo.

Me miro en el espejo con luces alrededor que es de uso exclusivo para Astrid.

—Pregunta —digo.

Se levanta mientras logra un equilibrio.

—¿Por qué tenías ese corte de pelo?

Río, pero a carcajadas. Me detengo cuando un grupo de chicas susurran «sshhh».

—¿Has leído *Cincuenta sombras de Grey*? —susurro por lo bajo.

—¿Qué tiene que ver eso? —La música empieza a invadir aún más la habitación.

—Pues jugué a ser Anastasia en el corte, pero como sabes, el mío salió mal. —Se tapa la boca para aguantar su eminente carcajada.

—Deja de leer libros eróticos. —Niega con la cabeza.

Miro a través del espejo su expresión al poner los ojos en blanco, porque ella detesta leer. Como suele decir: «Para qué imaginarlo si puedes hacerlo».

Leer libros como esos, para mí, es la forma perfecta de imaginar la acción sin hacerme daño,

porque la vida real es más cruda que las palabras de un texto que se guardará o se olvidará con el tiempo. Ahora, viendo mi imagen reflejada en el espejo, soy realmente como por dentro: sexy, audaz y oscura. ¿A quién engaño? Me veré así con mi cambio, pero no creo poder serlo.

—Aunque no lo creas, tiene más contenido que tus videos triple X —digo sarcástica.

—Eso me ha dolido. —Lleva su mano al pecho.

—¡Atención! —grita una chica de estatura baja, que lleva una especie de tablero en sus manos y usa unos auriculares en su oído—. ¡A matar!

¿Esa es la señal?

Todas las chicas se organizan en una fila. Astrid me agarra de la mano y me lleva hasta colocarme tras ella.

—¿Ya salimos? —Mis nervios se asoman con cada palabra.

—Sí. —Empieza a avanzar con las otras chicas, y yo la sigo para no quedarme atrás.

Una sale, luego otra, hasta que solo queda Astrid frente a mí...

Sale, y mi corazón palpita de manera tan acelerada que quiere salirse del pecho.

¡Cálmate! Repito varias veces.

—Es tu turno. —Un chico agarra mi brazo, y en segundos me da un impulso hacia la pasarela.

No veo nada más que luces al final. Camino como muchas veces vi a Astrid hacerlo. Ella viene de regreso y roza mi mano. Logro mirarla y asiente. Necesito ese apoyo para seguir adelante y me lo está dando.

Desfilo hasta donde nos marcaron que teníamos que hacerlo. Los flashes me ciegan fugazmente. Recupero la visión para darme cuenta de que una de las personas que presencia mi presentación es *él*. Mis piernas flaquean tanto que pierdo el equilibrio, siento cómo caigo a cámara lenta fuera de la base hacia el público. Cierro los ojos, y unas manos fuertes y familiares me atrapan.

—Atrapé a un ángel. —Su voz, en un suave susurro, llega a mis oídos y me hace abrir los ojos para encontrarme con los suyos—. O tal vez, *un demonio*.

Lo miro confusa por lo último, me sostiene en sus brazos y me lleva fuera de los reflectores. No protesto, no doy pataletas o lo golpeo para que me suelte, simplemente lo dejo que me lleve sin saber en qué rumbo, porque me puede más la vergüenza.

Cruza por un pasillo y se adentra a un salón grande con cortinas rojas desplegadas alrededor y unos cuantos sillones, ubicándome en uno de esos.

—Así que esta noche es tu estreno —dice.

Da un paso atrás y cruza los brazos.

—¿Mi estreno? —digo extrañada, mientras logro acomodarme en el asiento.

—Lástima que te estrené primero —suelta.

Me levanto sin la menor intención de seguir escuchándolo. Sin embargo, un dolor en el tobillo me detiene. Me muevo un poco incomoda, pero esa parte emite unas punzadas tan fuertes que regreso a mi asiento.

Se da cuenta de mi situación porque se arrodilla y agarra mi pie con el fin de analizarlo. Un leve apretón de sus manos en la parte afectada me hace pegar un grito ahogado.

—Lo siento. —Me suelta y se levanta.

—Necesito un médico. —Bajo la mirada a mi pie y luego pongo mi atención en él—. *Por favor*.

—No tenía planeado que nuestro encuentro fuera así. —Pasa su mano por su corta cabellera—. Pensaba elegirte en la subasta.

¿Está drogado?

Lo estudio atentamente, buscando inicios de que no está en buen estado, pero está en mejores condiciones de lo que puedo estar yo en este momento.

—¿Elegirme en la subasta? —pregunto, con el fin de obtener una explicación.

—Para eso es este desfile. —Frunce el ceño—. Al final del evento se realiza una subasta con las chicas para elegir a quién nos llevamos a la cama. —Se lleva su mano a su barbilla—. El mejor postor gana a la mejor presa.

—¿Qué?!

Me pongo rígida, enderezando mi espalda.

—Creo que pareces perdida.

Asiento.

—Pues, mejor busca a tu amiga. —Se da la vuelta, alejándose de mí.

—¡No te vayas! —suplico.

No me hace caso, simplemente se va. Me deja sola en medio de un lugar que desconozco.

—¡Jodido imbécil! —grito con rabia.

Trato de levantarme, doy pasos con cuidado y logro ir por el pasillo. A una distancia prudencial distingo un colgador de sacos, me acerco y elijo uno para colocarme. Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas sin permiso. Doy unos pasos hacia delante, diviso una luz parpadeante, encontrándome con una puerta de salida, la empujo logrando estar fuera. Un bunker de basura llena de gatos ruidosos me recibe, sigo a través del callejón.

Todo lo que puedo sentirme es confundida, no debería creer a un extraño, pero tengo vergüenza de regresar al desfile y hablar con Astrid. Lo único que hago es irme. Cojo un taxi que recorre toda la avenida tan rápido que se me hace imposible creer que en cuestión de minutos estoy llegando a mi edificio.

Le doy al portero algo de dinero para que le pagar al taxista por mí, me interno dentro del edificio, evadiendo cada mirada y, al llegar a mi piso, busco la llave de repuesto entre el macetero y abro la puerta.

Me pongo cómoda para colocarme hielo en el tobillo y vendarlo. Aun así, lo único que logro preguntarme es: ¿Qué ha pasado en realidad?

Capítulo X

SUBASTA

Random

No se suponía que nuestro encuentro tenía que ser así, ni siquiera me la imaginaba participando en el desfile exclusivo para empresarios, pero cuando la he visto sobre la pasarela, enseguida he sabido que era ella. A pesar de su cambio de corte de pelo y color, sus ojos, labios, rostro y el cuerpo la delataba, en especial, mi pene sabía delante de quién estaba. No olvidaría cada centímetro de su piel, menos cuando sé que ha sido solamente mía.

Por minutos he sido su salvador, pero solo verla sin nadie a nuestro alrededor ha bastado para volver a lo que en realidad soy: *un destructor*. Se la veía jodidamente vulnerable, y no es cómo creía que era. Me resulta confuso que ella esté participando para la subasta y no sepa ni siquiera qué significaba.

Me he ido, la he dejado ahí sufriendo con su dolor. No tiene derecho a confundirme ni a hacerse la santa.

Paso de largo por el pasillo para adentrarme por la puerta secreta. Aquella que da exclusivamente para las subastas de cuerpos. Soy un miembro más que elige a una modelo exclusiva para hacer con ella lo que quiera por una noche. La invitación es exclusiva para hombres con prestigio. Nunca me había arriesgado a aceptarla, pero el día en que decido hacerlo, justo en este jodido día, London tiene que estar entre las elegidas.

—Hola, Rod. —Me saluda una de las chicas que está en la tarima. Su abreviación a mi nombre me resulta molesto, aunque lo dejo pasar por lo difícil que es pronunciarlo y, más, recordarlo.

La miro fijamente a los ojos y sonrío. Respondo a su gesto con un saludo de manos desde lejos. Me interno casi al final de habitación, donde la oscuridad predomina más para escoger un asiento vacío. Todos los hombres de saco, viejos, de media edad y otros jóvenes, atentos al comienzo de la venta.

La chica que me ha saludado no aparta su mirada de mí. Claramente no la elegiré, mis manos ya han tocado esa piel y mi pene probado cada parte íntima de su cuerpo. Debo admitir que es buena dando sexo oral, pero conmigo no hay repeticiones. Excepto si solo ha sido mía, pero eso es un tema aparte.

—Subasta número uno —anuncian.

Enfocan la luz exclusivamente en una chica de cabello negro largo, de figura fina, alta y con labios carnosos. Es nueva, no la había visto antes, pero mi interés no vas más allá de observarla y resaltar su belleza. Y así sigue con cada una de las siguientes, hasta que decido por compromiso escoger una de cabello miel medianamente largo, piel bronceada y de ojos avellana, vestida con un sexy vestido corto rojo.

Tres mil dólares pago por su cuerpo, aunque no necesite hacerlo. La hubiese obtenido igual, si quisiera. Me la entregan, entrelazo su mano con la mía y la guío fuera del lugar, dejándome ir de vuelta en el pasillo. Paso por el salón donde he dejado a London, la puerta se encuentra abierta,

haciéndome pensar solo una cosa: *Ella se ha marchado.*

Y no reparo en entrar en esa habitación acompañado por la guapa mujer por la que he pagado. Ella me mira algo extrañada cuando la guío y la siento justo en el sofá que ocupaba London hace unos minutos. Me paro firme frente a ella, bajándome el cierre del pantalón. Sus ojos se mantienen estables en los míos.

—Muéstrame tu pene —suelta con lujuria.

Lo hago. Su respiración se acelera mientras se me acerca. Sus ojos se tornan brillantes de malicia. Dejo que tome mi miembro entre sus manos para sentir cómo desliza su suave piel por mi protuberancia.

—Haz lo tuyo —le ordeno.

Sabe a qué me refiero. Asiente y se deja caer de rodillas ante mí. Cierro los ojos y siento el calor de sus labios cuando me toma en su boca. Miro hacia abajo y ella busca mis ojos. Profundiza, y sus labios se mueven adelante y atrás, mientras inclina la cabeza. Enredo mis dedos en su cabello y gime. Su lengua se desliza por la base hasta succionar la parte del glande. A mi cabeza viene el recuerdo de London, y eso es todo para enviarme por encima del borde. Estallo mi semen en su boca, inundando su lengua de líquido. Trago saliva, y ella sonrío.

Me aparto, deslizo mi mano por el bolsillo trasero del pantalón y saco una toalla de tela. Me limpio y acomodo mi miembro hacia dentro de mi prenda.

—Gracias, eso es todo —me limito a decir.

Le doy la espalda, y camino para salir del sitio.

—¿Me vas a dejar así? —cuestiona.

Debería de agradecer que solo quise eso, tal vez le hubiese tocado con un viejo enfermo y loco, solo que entonces no haría tal pregunta. No le contesto, simplemente, me marchó.

Capítulo XI

REALIDAD

London

—¡London! —El grito de Astrid y sus golpes en la puerta me despiertan.

Le abro enseguida.

—¿Qué te pasó? —cuestiona— Te estuve buscando por todos lados.

Su rímel en las pestañas se encuentra esparcido alrededor de sus ojos, y un poco en las mejillas, como si hubiese estado llorando.

—Disculpame. —Respiro hondo—. Es que me topé con él.

Le dejo la puerta abierta para que pase, mi sueño es tal que camino en dirección a la cama para volver a dormir.

—¿Él? ¿Quién? —cuestiona.

—Con el que hice el juego. —Me acuesto, arropándome con la sábana.

—¿Y? —Se sienta en el borde de la cama.

—Me dijo algo.

Su expresión cambia repentinamente a cabizbaja y resignada.

—Te prometo que solo ibas a desfilas.

Al decirme eso, todo se confirma. Me siento y la miro fijamente para ver si todavía estoy equivocada.

—¿Te prostituyes? —pregunto cautelosa.

Asiente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —exijo.

—¿Cómo crees que he podido pagar este apartamento y reunir para mi negocio? —Hace una mueca.

—Con la ayuda de tus padres —comento, con la idea de que me diga que todo es una maldita broma.

—No, mis padres dejaron de ayudarme a los quince años, cuando me quedé embarazada y aborté. —Se levanta.

Logro agarrar su mano, y la obligo a mantenerse sentada.

—No voy a juzgarte, solo que esta vez tu propuesta de desfilas fue algo más que algo divertido.

Me abraza.

—Lo siento.

Empieza a sollozar, y es la primera vez que los papeles se invierten, siendo yo la fuerte y ella la frágil. Así que para dejar el momento incomodo susurro a su oído.

—Él me dijo que me elegiría en la subasta.

Alza su cabeza, alejándose de mí para enfrentarme.

—¿Él cree que eres como yo?

—Sí —le aseguro—. Dijo algo como: Así que esta noche es tu estreno.

—¿De dónde pudo sacar eso? —Ríe.

—Creo que debió de ser porque era la primera vez que estaba en un desfile... —Pongo los ojos en blanco, con gracia—. Así como ese.

Vuelve a abrazarme.

—Lo siento, una vez más. Es que si no conseguía a nadie para ocupar el puesto de una chica que salió me despedían.

—Y yo como siempre era tu conejillo de india.

—Más bien eres mi única y mejor amiga.

Se separa de mí para alejarse e irse, pero no la retengo. Al estar cerca de la puerta regresa y se lanza contra mí, haciéndome escapar un grito al golpear mi pie.

—¡Auch!

Se sienta asustada, analizándose.

—¿Qué pasa?

—Mi tobillo sufrió un accidente en el desfile. —Me encojo de hombros.

Me retira la sábana de los pies y ve que lo tengo vendado. Niega con la cabeza en desaprobación, porque debe imaginar que me lo he vendado yo, lo cual es verdad.

—Levántate que iremos al médico —ordena.

—¿A esta hora?

Me hago la idea de que debe de ser de madrugada.

—Son las diez —inquieta.

—¿Diez?

Coge su teléfono y me lo muestra. La luz me obstruye para poder ver enseguida la pantalla, pero cuando lo logro me percató que definitivamente son las 10:31 p.m.

—Ahora sí, levántate.

Mientras me muevo por la cama, mayor es el dolor de mover mi pie. Me detengo para asegurarme si pasa, pero sigue igual.

—No sé... —Desvío mi atención a Astrid—. ¿Y si me ayudas?

—¡Oh, cierto! Sí, sí...

Me levanta con cuidado, mientras me apoyo en ella. Parece como si fuera una madre cuidando de su hija, lo raro es que solo tenemos un año de diferencia en edad. Se me hace un nudo en el corazón al recordar la palabra madre, ese punto familiar que no he experimentado por la sencilla razón de que nunca la he conocido. Mi padre nunca quiso mencionarla, cada vez que insistía con el tema, él lo evadía.

—Sabes... —empiezo a decir—. Nosotras somos como el típico cliché de amigas.

Se endereza.

—Insisto, deja las drogas.

Me río por su comentario.

—Somos como la chica loca y la buena. —Reafirmo la palabra buena haciendo comillas con mis dedos.

—En fin, creo que te he perdido —dice en forma sarcástica.

Empezamos a caminar hacia la puerta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque dices estupideces.

Capítulo XII

ALTAMENTE SEXUAL

Random

—Quítate el vestido —ordenó.

La joven desliza la prenda por su cuerpo en un movimiento lento, pausado y tentador, dejando expuesta su piel rosada, sin nada que la cubra. Sus ojos están fijos en los míos, esperando la aprobación para entrar a la clase VIP de la subasta: una especie de espectáculo sexual en vivo. No todas se atreven, solo las dispuestas a ganar cien mil dólares, algo que no ganarían con la subasta.

—¿Qué tal está? —dice Frank, cerca de mi oído, en voz baja.

—Debe pasar la prueba primero —respondo sin quitar la mirada del exótico cuerpo que tengo presente.

No es tan delgada como las modelos que suelen acudir a la selección. Por su rostro deduzco que debe tener veinte años. Normalmente acuden a la subasta las modelos que tienen más de veintidós, porque a esa edad empieza a opacarse sus carreras en el mundo de la moda. Sola las mejores se mantienen, pero las que no logran el éxito terminan aquí. Esas dispuestas a venderse para ganar algo más de dinero.

—Es bueno tener un padre cuyo negocio sea la prostitución en alto nivel. —Más que un comentario por parte de Frank, es algo que dice con arrogancia para sí mismo.

Frank, aparte de tener mi misma profesión, piloto de aerolíneas, es el heredero de la red de prostitución más exclusiva del país y, por qué no, del extranjero. Aunque tiene mujeres a su disposición, es el cobarde que solo quiere tener una para toda la vida; y no la ha conseguido, a pesar de sus espontáneos rollos con alguna que otra modelo. Su emoción por el «amor» es más cursi que los peluches rosas.

—¿Y bien? —La chica interviene de una manera tímida, trata de cubrirse la parte delantera con el cruce de sus manos, pero sabe que no le favorecerá si quiere ser elegida, así que las retira enseguida, dejándolas a sus costados en un intento de recuperar la seguridad que al inicio mostraba.

—Entra por esa puerta —empieza a hablar Frank, señalando la puerta que sobresale en una esquina de la opaca habitación—. Ahí te espera la segunda prueba.

Sin pensarlo dos veces, la joven se da vuelta y se dirige al lugar.

—Vamos a observar qué tal lo hace —digo con diversión.

Me levanto de mi asiento, y Frank me sigue. Ambos nos dirigimos a la otra puerta, que da por un pasillo clave para llegar a la habitación a la que ha entrado la chica. Veremos todo lo que hará a través de un cristal polarizado que da conjunto con la escenografía que se tiene preparada.

—¿Qué ha pasado con tu chica? —El intento de conversación de Frank es malo, muy estúpido para ser sincero. Se supone que quiere mantenerse al margen de todo, pero su pregunta lo único que hace es recordar que el encuentro fue un fracaso.

Sin embargo, la duda se siembra en mí, ¿por qué ella estaba para la subasta si ni siquiera

supe de su elección? En la invitación de Frank a la subasta no estaba su nombre.

—¿Conoces a London? —Lo encaro.

—¿London? —Está sorprendido y confuso.

—Ella estaba para la subasta de hace unos días —le informo.

—¿Cómo quieres que te lo diga si ni siquiera participo en todas las elecciones?

—Bien. —No prosigo más con lo inexplicable.

Entrando en la habitación, él detiene mi paso.

—Ya recuerdo. —Alza su mirada hacia arriba como si el techo tuviera la respuesta—. Una chica se retiró a última hora y se le pidió a una de las más exclusivas que consiguiera un reemplazo de confianza, aunque fuera solo para el desfile.

—Así que eso fue lo que pasó —murmuro.

Una vez dentro, vemos a través del cristal lo previsto. Un hombre desnudo y algo fornido se ubica detrás de la chica, en sus manos sujeta unas esposas. Él espera la señal para que pueda proseguir, la cual dará Frank cuando aplaste el botón rojo a un lado de la pared. Una barra de metal horizontal dentro de la habitación blanca donde se encuentran será utilizada para sujetar las muñecas de la chica.

—Prosigue. —Frank da la señal.

El sujeto mueve a la chica y la sujeta a la barra, llevándole las manos hacia atrás, y posteriormente, asegurándolas con las esposas como está previsto. Sus pezones rosados se endurecen ante la acción, es probable que ella esté disfrutando de cada movimiento. Obedece silenciosamente cuando el hombre se posa frente a ella y se ve la ligera diferencia de estaturas. Él es más alto. Juega con el cuerpo de la chica, acariciando delicadamente sus costados, para terminar con un agarre fuerte hacia el borde de la cadera.

Ella suelta un gemido que retiene enseguida, sabe que no debe hacerlo, no hasta que él la penetre, todo debe ser sincronizado. Separa sus piernas, está lista. Con agilidad, el sujeto le agarra los muslos, elevándolos hacia su cadera, y ésta lo atrapa, cruzándolas. De un empujón la penetra, esta vez, ella no se contiene y grita. Él se mueve rápido, sin contemplación. En la cara de la chica su piel se vuelve rojiza, como si ardiera de placer. Ambos tienen que terminar juntos, ninguno de los dos debe correrse ni antes ni después.

La espalda de la chica se arquea y el sujeto envuelve una mano alrededor de su garganta. Le genera más placer, porque no para de gemir, empujándose hacia delante para recibir las embestidas de manera más rápida y que sean más profundas.

Es juguetona, sabe lo que hace, y ya se ha dado cuenta que está más que asegurada en el puesto del próximo espectáculo que se realizará. Se muerde los labios y echa un vistazo al cristal. Sonríe divertida, porque debe imaginar que está siendo observada; y es así.

Una y otra vez sus cuerpos chocan, una acción que aprovecha el sujeto para agarrarla por las caderas y hundirse profundamente en ella. El rostro de la chica está algo contraído por el esfuerzo de retener su liberación. El sujeto besa su cuello, y esa es la forma con la que dice que está al borde de liberarse. Asiente la chica, dejándose llevar por los últimos desesperados segundos de su orgasmo. Ambos gimen, un cambio de ritmo en las embestidas y el líquido lechoso cayendo al piso es la afirmación de que todo ha terminado.

—Estás dentro —anuncia Frank a la joven.

Con el espectáculo terminado, me dispongo a salir del sitio, pero Frank me retiene.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿Qué vas a hacer con tu chica? —pregunta curiosamente.

—¿No has dicho que no querías saber nada? —inquiero.

—Solo dilo.

—Pensaba realizar un juego clásico con ella, pero ahora tengo una idea mejor.

Mira su reloj y luego empieza a pasar sus dedos por su cabello.

—Soy el encargado de pilotar un vuelo comercial largo —dice.

—¿Y a qué esperas? —suelto— Vete.

Sonríe, negando con la cabeza a su vez.

—¿Por qué lo haces? —Su pregunta cae en mí de manera sorpresiva.

Camino fuera de la habitación, y él me sigue.

—Ella debe aprender una lección, como todas las vírgenes que se meten con hombres como

yo.

Capítulo XIII

SIN SALIDA

London

Dos semanas después...

Tengo mi cuota de estrés rebasada con cada trabajo universitario que mandan y los que me tocaba hacer para mis compañeros para ganar algo extra de dinero. Siento un cosquilleo que me recorre la nuca y se extiende por la cara al dar la vuelta a la calle para llegar al edificio.

¡Maldita frutilla!

Acelero mis pasos, ante la eminente picazón que recorre mi piel. Mis brazos se están enrojando por tomar un sorbo del zumo que juraba era de mora, y no, era de frutilla. La maldita fruta a la cual soy alérgica.

De repente, una fría sensación me recorre las venas y el estómago me da un vuelco.

—¿Qué haces aquí? —Me detengo sorprendida.

Me observa divertido, como si algo le estuviera dando risa. Saco de manera instintiva una caja de maquillaje y observo de manera rápida mi rostro. Me cercioro de no tener la cara hinchada o roja.

Pero ¿qué haces London?

Enfócate en la persona que está en la entrada del edificio. Por último, hazte la pregunta que realmente importa, ¿qué mierda hace parado ahí?

Se me corta la respiración mientras le veo caminar con paso seguro hacia mí, con sus manos colocadas en la espalda.

—Vengo a ofrecerte una disculpa. —Su actitud es segura.

¿Habla en serio?

—Creo que pierdes el tiempo. ¿Cómo has sabido que podías encontrarme aquí? —pregunto.

Esboza una sonrisa maliciosa.

Sin poder moverme, su presencia está a tan pocos centímetros de mí que puedo fijarme cómo su gran estatura sobresale de la mía, intimidándome mientras sus ojos vagan por mi cuerpo.

—Ten. —Me sorprende con un ramo de rosas blancas que interpone entre los dos.

Mi primer ramo de rosas... No me había preocupado de los detalles románticos en mi vida, y ver uno me está robando una sonrisa.

Detente, London.

—¡Oh, gracias! —digo con sarcasmo, pero no lo nota.

Cojo el ramo y él me mira de una forma misteriosa, siento que me está analizando. Sin embargo, es tan suspicaz que se asegura de parecer concentrado en mi acción.

—London, mi misteriosa, London. —Levanto las cejas al escucharlo.

No hay nada que me ate a él, ningún sentimiento, y menos intimidación que le dé derecho a hablarme con una familiaridad en su voz que por absurdo que parezca me eriza la piel.

¡Maldita hormonas!

Claro, si no fuera un hombre guapísimo, sino un feo o un baboso viejo, le estaría insultando en estos momentos. Pero él no está preparado para lo que voy a hacer.

Me aparto de su vista, dejándolo allí y me dirijo a la entrada del edificio. Me giro para encararlo, y veo que él ha hecho lo mismo, pero esta vez hay una distancia grande entre los dos que me da valentía para hacer lo que tengo planeado.

—¡Vete a la mierda! —Tiro el ramo al suelo y lo piso.

Cruza los brazos sobre la gabardina que trae puesta, y que le sienta elegantemente bien. No sé inmuta, en vez de eso, sigue con esa sonrisa maliciosa. Pero sello mi cometido ofreciéndole el dedo medio de mis dos manos.

Camino hacia dentro y acelero mis pasos por si me sale todo mal y es ese tipo de hombre que siguen a las chicas. Pero no, porque entro en el ascensor y él no me persigue. Logro ver medio cuerpo suyo, que no se mueve de su sitio.

¡Estúpido!

¿Cuántas veces te he maldecido?

A Astrid le gustará saber el momento extraño que he tenido.

El sonido del ascensor abriéndose me trae a la realidad. Nadie se encuentra en el pasillo, así que camino hacia la puerta de mi apartamento, abriéndolo con las llaves. Sin embargo, antes de poder entrar me sorprende el estallido de un objeto vidrioso al romperse.

—¡Astrid! —grito desconcertada.

Tiro al bolso al suelo y me encamino hacia dentro. No puedo creer lo que veo, en la sala todo está desordenado y hay cristales rotos por todos lados. La posibilidad de un robo se me cruza por la cabeza, pero me detengo cuando veo a Astrid sentada y con las piernas recogidas en una esquina, cerca de las ventanillas. Me dispongo a auxiliarla, pero tiene la cabeza agachada y al acercarme la escucho sollozar. Me temo lo peor, la han violado o ha sido golpeada por algún hombre.

—Astrid, por favor, mírame. —Mi voz se quiebra—. Dime qué está pasando.

Me arrodillo para abrazarla.

—Astrid, por favor, mírame —suplico.

Finalmente, alza su cabeza para mostrarme su rostro manchado de sangre.

—¿Qué te ha pasado? —Le echo un vistazo a sus ojos, que están totalmente enrojecidos. Deduzco que ha estado llorando durante horas.

Me quito rápidamente la blusa para limpiar su sangre, pero ella se levanta dejándome en el suelo sin poder ayudarla.

—Aléjate de mí —dice, mientras se dirige hacia su cuarto.

¿Aléjate de mí?

Estoy asustada, aun así, en ese estado, me levanto para seguirla y la encaro.

—¿Qué ha pasado? —Me coloco frente a ella antes de que entre en su dormitorio— ¿Quién te ha hecho esto? ¿Te han violado? ¿Nos han robado?

Tantas preguntas salen de mi boca, pero necesito una respuesta, algo que calme mi impresión y miedo de verla así. No es mi intención abordarla de esa manera después de ver como está, pero me duele tener a mi amiga en esas condiciones.

Sin previo aviso, mis lágrimas se desbordan sin poder pararlas.

—Tengo sida. —Siento que algo se derrumba en mí.

—Pe... pero, ¿cómo? —logro articular mis palabras.

Cae al suelo, destrozada, llevándose las manos a la cabeza. Hago lo mismo quedando ambas frente a frente.

—Fue mi culpa —dice vagamente.

—¿Tu culpa? —cuestiono— Perdón, pero hasta donde yo sé el sida no aparece por arte de magia.

Quiero retractarme de lo que acabo de decir, pero me abstengo de hacerlo. Necesito que me explique los detalles, porque con Astrid, para sacarle información hay que ser dura con ella.

—Fue Alex. —Se encoje de hombros—. Él lo tiene.

—¿Cuál Alex?

—El morenazo con quien me encontraste semanas atrás —suelta finalmente.

Lo recuerdo, y en mi mente salta la escena de ellos dos teniendo sexo, pero en un punto exacto me doy cuenta de que lo hacían sin protección. Entonces, una deducción más lógica se me presenta.

Su trabajo.

—¿Y si fue en tu trabajo? —Me escucho decir.

—No, fue por el mismo trabajo que supe los resultados.

—No te entiendo.

—London, si lo dices por mi trabajo de puta —empieza a decir con dureza. La he ofendido, lo sé—. No, ellos hacen exámenes médicos de las chicas cada semana. ¿Crees que dejarían que una de nosotras infectase con algo a sus mejores clientes?

Es verdad, suena más lógico.

—¿Y qué sabes de él? —Aclaro mi voz— ¿Cómo sabes que fue por él?

—Porque el día que se me ocurrió la genial idea de dejarte participar en la pasarela, por irte a buscar y salirme de la subasta... —Suspira—. Me suspendieron. Y con él es el único que he estado después de la última revisión, donde estaba bien.

¡Maldito!

Por cosas así no me enredaba sexualmente con chicos, pero terminé teniendo sexo con un hombre que tiene pinta de mujeriego. *¿Qué mujer se resistiría a alguien como él?* Por suerte, usé protección. Sin embargo, tengo que tener en cuenta el detalle de hacerme los exámenes lo más pronto posible.

—¿Y ahora qué haremos? —Le tiro mi blusa para que se limpie el rostro, al atraparla me doy cuenta de que en su mano tiene un corte.

—London, debes de saber lo obvio —¿Lo obvio?—. Me despidieron de mi trabajo, y lo peor es que debo pagar las tres subastas que hice perder por mi suspensión.

—Las pagaremos —digo con incredulidad.

Astrid suelta una risa vaga.

—Es un millón de dólares, con los cuales no cuento.

—¿Un millón?! —grito.

¿De dónde sacaré tanto dinero?

—Me quitarán todo si no les pago, y me matarán.

¿Matarla?

—¿Estás hablando en serio? —Busco en su mirada alguna respuesta.

Asiente.

Sin embargo, el sonido del teléfono nos interrumpe.

Capítulo XIV

PRESA FÁCIL

Random

—Hola, ¿con quién desea hablar?

Sonríó al ver los rascacielos de cristal reflejados por el sol que asoma en esta tarde calurosa. Y pensar que la mujer que ha despreciado mis rosas vive en uno de los últimos pisos. Siento esa sensación de depredador de cuando el cazador sabe que tiene una presa vulnerable cerca.

—Sé lo que piensas de mí, pero te ofrezco algo. —Me adelanto antes de que piense en colgar.

—Disculpe, pero debe ser un número equivocado.

—Soy Random —aclaró.

—¡Por Dios! ¿Es que tú no tienes límites? —Parece dolida, pero sé que no es por mí.

—Tengo lo que quieres. —En este punto, espero que me cuelgue.

El silencio se apropia del móvil y, por segundos, pienso en aplastar la opción de finalizar llamada.

—¿De qué hablas? —Suena dudosa.

—Tú quieres un dinero y yo te quiero a ti —digo sin rodeos.

—Espera, ¿cómo sabes que necesito dinero?

—Mi misteriosa London. El mundo es pequeño. —Juego un poco con ella.

Vuelve ese perturbador silencio.

—Me voy a ir al infierno por esto —empieza a decir en voz baja como si no quisiera que la escucharan—. Dime qué tengo que hacer.

¿Está dejándose ir tan rápido?

Pensaba que daría guerra, pero debe importarle demasiado su amiga.

—Te quiero en mi cama.

—¿Qué?!

—No es algo tan difícil para ti, después de todo ya estuve entre tus piernas. —La escucho tragar saliva.

—¿Solo eso?

Me río para mis adentros por su incredulidad de pensar que pagaré una suma importante por su cuerpo, así no más, ni que ella lo valiera.

—No. —Alzo mi mano para coger un taxi—. Quiero que todos mis conocidos vean a la mujer que me llevaré a la cama.

—¿Cómo?! No...

—Te quiero en la subasta —la interrumpo.

—Yo...

—No tienes que pensarlo, porque no habrá nadie más que te dé el dinero con tan solo eso. —Un taxi me para y me subo—. Te he dejado una invitación sellada en un papel negro en la

recepción.
Cuelgo.

Capítulo XV

INFIERNO

London

Paso un tiempo frente al espejo, aplicándome rímel y rizándome las puntas de mi cabello. Sé lo mal que está aceptar la invitación de la subasta, pero mi dignidad ha estado luchando en mi interior estas últimas semanas y hoy ha terminado por abandonarme.

Sé el sitio donde tengo que ir, donde él me espera, cómo vestir y qué imagen tener. Por suerte, he pasado el resto de las horas, después de la llamada del idiota arreglando el desastre de Astrid. He logrado controlarla, y después de comer una *pizza*, he conseguido que se fuera a dormir.

Es momento de hacer algo por la única persona que me ha dado su apoyo incondicional desde que llegué esta gran ciudad para estudiar. Si mi padre supiera en que está a punto de convertirse su niña, daría un grito al cielo y me llevaría a rastras a casa con él, a pesar de mi edad. Un hombre religioso que da misa en una iglesia no se puede permitir el lujo de tener una hija que en un par de horas será una puta.

El teléfono del apartamento empieza a sonar, dejo todo a un lado y salgo inmediatamente a contestar. El ruido podría levantar a Astrid, y eso es lo que menos quiero.

—Sí —contesto.

—Estoy esperándote en la entrada del edificio. —Su voz sensual y varonil me sorprende.

—¿Perdón?

—No creerás que voy a dejar ir mi oportunidad de escoltarte a la aventura que estás a punto de vivir —enfatisa de manera clara.

—¿Aventura? —Río sarcásticamente.

—Te espero.

Cuelga.

Debería dejarlo esperando horas y horas... *¡Maldito!* Sin embargo, él tiene lo que necesito y yo lo que él quiere. *Vamos, London. Por lo menos, no es un viejo. Y no es muy difícil para ti, ya te dejaste caer por su cuerpo y sus besos como una adolescente con hormonas descontroladas. Esto debe ser como una de las experiencias de la vida por la cuales te está tocando pasar.*

Mi sesión mental para aumentar mi autoestima dura unos segundos cuando veo a Astrid parada en la puerta de su cuarto, observándome.

—¿Con quién vas a salir? —cuestiona.

Podría negarlo, pero es inútil. Mi maquillaje llamativo y su instinto de detective la llevan a la conclusión que acaba de exponer, la cual es más real que Derek de *Teen Wolf* me hiciera su loba. *¿Es en serio, London? Te estás acordando de tu serie favorita en vez de centrarte en tu realidad.*

—Un chico de la universidad me invitó a salir, así que acepte —digo astutamente.

—¿Ah? —Alza sus cejas.

No te está creyendo, London.

—Es que ya lo he rechazado varias veces —aclaro.

No le mientas.

Hazlo, es necesario.

—Solo ten cuidado. —Sonríe de manera forzada. Su rostro aún se ve triste y cabizbajo.

Asiento.

Sin embargo, al instante recuerdo algo.

No tengo vestido un apropiado.

—Astrid, ¿podrías prestarme un vestido elegante, sexy y discreto al mismo tiempo? —Me encojo de hombros.

—Espera, tengo uno que te vendrá excelente. —Me da la espalda, pero no da ningún paso hacia dentro—. ¿A qué tipo de lugar irás?

Me pregunta sin moverse de donde está parada, respondo rápido, porque si tardo demasiado, ella sabrá que oculto algo. Pienso en todas las posibilidades de lugares que se asemejen a un *look* cercano para asistir a la subasta, y resuelvo decir:

—Una recepción en un lanzamiento de libros. —*Pero ¿qué cosas pasan por tu cabeza?*

—Está bien, entonces ya sé cuál. —Entra en su habitación.

Se lo cree, y por qué no, si la lectura es lo mío. Espero unos segundos y ella sale con un vestido rojo en sus manos. Me acerco a tomarlo, y me sorprende lo suave de la tela, lo extendiendo para verlo mejor, y es realmente hermoso.

—Tiene escote en la espalda —anuncia—. Porque ese es tu punto fuerte.

Me guiña un ojo al terminar.

—Gracias —digo totalmente emocionada.

Parece que ese sentimiento se esfuma enseguida al recordar para qué quiero verdaderamente el vestido.

—Bueno, cógelo ya, porque te conozco y sé que tardas horas en arreglarte. —Me deja parada en medio del pasillo. Está evitando abrazarme o darme esas locas muestras de cariño corporales, y todo por su enfermedad, debe creer que puede contagiarme.

Tendré una charla seria con ella después, porque ahora no debo retrasarme.

—Sé fuerte. —Me doy aliento en voz baja mientras empiezo a colocarme el vestido y los últimos detalles para estar «presentable».

Una vez lista me salgo del apartamento. El ascensor se vuelve eterno, es como una tortura o, más bien, como si el infierno me esperara abajo cuando las puertas se abran. Y no, no creo estar equivocada.

Esto no es un libro erótico más donde la protagonista se enamora de un hombre malo a primera vista y acepta su mundo con el fin de que él cambie por ella. Mi caso es diferente, estoy a punto de ir a un sitio solo por dinero, estoy a punto de ser de alguien por dinero, estoy a punto de ver la realidad solo por dinero. *Dinero, a eso se resume todo.*

No estoy enamorada del hombre que me va a hacer suya, solo soy culpable de dejarme llevar por un deseo fuerte que sentí una noche al estar entre sus brazos, tal vez, porque era el momento de abandonar mi castidad. El vaso de vodka que me tomé hizo un efecto de éxtasis o fueron las putas hormonas por estar siempre fantaseando con mis personajes literarios, y él tiene el aspecto perfecto de ser uno de ellos. Pero solo son fantasías y ahora, casualmente, él es mi salvador, aunque sé que también mi destructor.

Las puertas del ascensor se abren, camino hacia la salida y él está ahí, con los brazos cruzados sobre su traje negro de talle elegante cerca de su coche. Justo es el automóvil donde me subí el día que quise verme «decidida a todo por un juego» y terminé jodida.

—Entra. —Abre la puerta del copiloto.

¿Ni siquiera me va a decir que estoy hermosa?

Entro y me abrocho el cinturón de seguridad. Él rodea el coche y se sube. No me mira, no me dice nada, solo está callado, y arranca. Miro hacia los edificios y suspiro frustrada, porque pronto estaré expuesta a unos degenerados que no tienen otra cosa que hacer más que gastar su dinero en mujeres para que chupen su pene sin queja.

Y a mi lado, al parecer, tengo a uno.

—Hemos llegado —anuncia.

Echo un vistazo hacia él, pero su mirada y una conjugada sonrisa se tornan oscuras al darse cuenta de que lo observo. Bajo del coche sin su ayuda, ambos caminamos a una distancia prudente del otro, sin rozar la mano o nuestros cuerpos, somos como dos extraños. Entramos por el callejón que recuerdo haber pisado con rabia cuando él me dejó a la suerte con mi tobillo lastimado.

—Entra en por puerta. —Una chica con camisa y *jean* negro sale del lugar—. Ella te llevará a la subasta.

—¿Y tú? —Trato de no sonar asustada. No quiero que piense que dependo de él en su totalidad.

—Estaré entre el público cuando sea tu turno te elegiré. —Se gira para alejarse de mi lado.

No protesto. Entro acompañada de la chica, quien me lleva por un pasillo oscuro que no puedo reconocer porque la última vez no tuve idea de cómo logré encontrar la salida.

De pronto, aparece una luz clara, una especie de entrada. La chica me lleva en dirección a ese sitio y lo que veo me desconcierta.

—Sitúate en medio de la fila, porque tú eres la tercera en subastarse. —Con nervios, obedezco. Unas mujeres, realmente hermosas, están esperando a ser vendidas por una noche a su mejor postor.

Ellas me observan como pensando, *¿y esta qué hace aquí?*

No hay luz más que en el sitio donde están las mujeres formando una línea horizontal. Estimo que bordean mi edad, porque se ven jóvenes. Respiro hondo y espero mi tortura. *Lo hago por ti, Astrid.*

Las luces se encienden y se ve completo el lugar. Es un salón. Hombres elegantes están sentados en mesas decoradas con el más sumo cuidado. Busco entre ellos la imagen de él, pero no lo veo. No está y mi corazón entra en pánico.

Una revisión visual completamente minuciosa hacia el fondo de todas las mesas me hace dar con su paradero. Su mirada se impregna en la mía, y me hace deducir algo importante: soy la víctima que todo cazador quiere en estos momentos.

Una manipulable.

Capítulo XVI

DECEPCIÓN

London

—Es momento de la subasta. —La voz de un hombre de edad me sobresalta.

Empieza a hablar y no presto atención porque solo puedo pensar en que esto pronto acabará. Sale una chica al frente y los hombres serios con trajes de pingüino se convierten en tiburones hambrientos. Ella es elegida por un tipo joven de talle alto, y muy guapo. ¿Por qué pagará un chico como él por una chica cuando puede tener a la quiera con ese aspecto?

Sale la otra y mientras se la pelean, recuerdo que la siguiente soy yo.

—La siguiente es un pedido especial —dice el subastador, refiriéndose a mí.

Doy un paso adelante.

Escucho que las chicas murmuran, preguntándose para quién seré. Un hombre da una cifra alta, y eso no es lo que esperaba, se suponía que el idiota me elegiría a la primera. ¿Se supone que así será? Miro hacia su asiento y él está sonriéndome como si le provocara alegría lo que está pasando conmigo.

—¡Cincuenta mil! —grita un hombre apuesto, pero de mirada oscura.

Miro a quien se supone debe elegirme, pero sigue con la misma expresión.

¡Maldito!

No despego mi mirada de él.

—¡Cien mil! —grita un viejo que se encuentra a lado de él.

—¿Alguien ofrece más? —pregunta el subastador, y nadie dice nada— Vendida.

Aquella última palabra me rompe.

¿Él ha jugado conmigo?

Estoy hipnotizada viéndolo perderse entre la oscuridad del fondo mientras desaparece por una puerta.

—Vamos que, esta noche, serás mía. —El viejo al cual soy vendida aparece frente a mí, me coge de un brazo y me saca del lugar.

Estoy ida.

Entro de nuevo por el pasillo oscuro en medio de los pasos llego a una entrada con la puerta abierta que da a una habitación que tiene como luz a los rayos de la luna y pasan a través de las ventanas amplias. Logro observar una cama como la de los hoteles de lujo.

—Adentro. —Me entra de un empujón, escuchando cómo cierra la puerta a su paso.

Me giro para encararlo.

El viejo, asqueroso y regordete, sonrío.

—Quítate el vestido —ordena.

Trago saliva.

No, esto no es lo que prevenía.

—Me tengo que ir. —Trato de empujarlo hacia un lado, pero no se mueve.

—Tú no vas a ninguna parte. —Me empuja, haciéndome perder un poco el equilibrio—.

Debes saber qué les pasa a las que pierden el dinero y no satisfacen a su cliente.

Lo miro confundida.

—Quítate el vestido —exige.

Se me acerca y, mientras una estúpida resignación se apodera de mí, escucho unos pasos en la esquina del cuarto.

Es él.

—Puedes irte. —Le ordena al viejo y éste sale de la habitación.

Mis piernas tiemblan y me inmuto al verlo acercarse a mí.

—Eso ha sido divertido —declara con un tono de burla en sus palabras.

¿Él lo ha planeado todo?

Me arde el rostro de la furia que siento. No aguanto más, y le suelto un manotazo en su rostro.

—Eres un imbécil —digo furiosa.

Se recupera del golpe, llevándose una mano a la mejilla afectada.

—Tú debes saber que no puedes confiar en nadie —suelta.

Un golpe bajo para la seguridad que estaba recuperando al golpearlo.

—Solo quería conseguir el dinero... —Me dirijo a la ventana, porque siento que mis lágrimas quieren salir y no lo voy a permitir el gusto de verme llorar.

—Ten. —Me giro para verlo y en sus manos me extiende un papel—. Son los primeros cien mil dólares.

—¿Los primeros?

—¿No pensabas que te iba a dar un millón de dólares solo por una noche?

Sí.

No respondo.

—Ya que no respondes, tienes que saber algo. —Se acerca a mí—. Yo no soy multimillonario, London.

—Pero...

—Solo tengo el dinero suficiente para vivir cómodamente —me interrumpe—. Así que, sí, te daré el millón que necesitas, pero en partes.

Me aprisiona entre sus brazos, apegándose a la ventana.

—¿En partes? —murmuro.

—Sí. —Su mirada atrapa la mía.

—Necesito el dinero ahora —empiezo a decir—. Matarán a mi amiga si no lo obtengo.

Inclina su cabeza acercándose a mi cuello para darle un fugaz beso haciendo que mi piel se erice.

—Tengo conocidos en la subasta, hablaré con un socio para que les den el plazo necesario de pago. —Siento su respiración acariciando mi cuello.

No sé si eso me tranquiliza, pero siento que en lo que me estoy adentrando es algo de lo que me costará salir. No lo empujo, porque ahora él me tiene en sus manos.

—¿Qué tengo que hacer? —Alza su rostro para verme.

—Ser mía durante un tiempo. —Me observa expectante.

Capítulo XVII

PELIGROSAMENTE ADICTIVO

Random

Sonríó de lado.

Ella está preparada para lo que viene, al menos eso cree. No sabe a qué se está arriesgando, así que, tiro el cheque en la cama mientras me desprendo de mi chaqueta.

Está tan sensual con su vestido rojo, ella tal vez desconoce que su cuerpo resulta peligrosamente adictivo al desnudo. Verla furiosa despierta en mí una excitación y un deseo ahogado por consumir cada pieza de su suave y perfecto cuerpo.

Antes de que pueda acercarme más a ella, me detiene con sus manos.

—¿Qué sucede? —digo sofocado.

—No quiero que me transmitas alguna enfermedad, así que, si no vienes preparado no dejaré que me toques —dice determinante.

Su determinación me excita a un nivel alto. Me gusta que no sea una mojigata y que sepa una de las reglas del juego: la protección.

—Siempre me cuido, ¿crees que dejaría que una aventura dañe mi vida? —Se queda perpleja por mi arrogancia.

Miro hacia la mesa que está recostada en una esquina y me da una idea.

—Ven. —Le agarro la mano y la llevo cerca de la mesa.

Se deja llevar sin protestar.

—London, te haré mía en este tiempo de las diez formas posibles de tener sexo. —Mi voz se vuelve ronca.

—¿Diez formas de tener sexo? —Da unos pasos hacia atrás quedando contra la mesa.

Por instinto, da una rápida mirada para ver con qué se choca.

—Cada vez que cumplas con una, te daré los cien mil más. —Acerco mi cabeza hasta que nuestras frentes se topan.

—¿Y esta es una? —pregunta en voz baja.

—Sí —le confirmo—. Se llama sexo *quickie*.

Antes de que articule alguna palabra, me adelanto en aclararle qué significa.

—Es un sexo rápido, sin preparativos y con la ropa puesta. —Rozo sus labios sin llegar a besarla—. Solo hay una regla. —Repito mi acción, pero chupo levemente su labio inferior—. Discreción sobre todas las cosas. No valen los jadeos, los gemidos o los gritos. Disfrutas en silencio, es parte del encanto.

Asiente.

Le doy la vuelta, no espero su aprobación o algo más, apoyo mi mano en mitad de su espalda, inclinándola sobre la mesa. Tengo una maravillosa escena de su trasero expuesto para mí, separo sus piernas con mi pie. Me inclino hacia delante y rozo mi protuberancia sobre ella, aprovecho para susurrarle al oído.

—No te muevas.

Asiente.

Entonces, retomo mi postura y llevo mi mano por debajo de su vestido, rozando delicadamente su piel en el camino. Su braga se interpone entre mi mano y mi objetivo. Decidido, aparto hacia un lado la tela, encontrándome con sus labios y la abertura dónde está ese punto excitante para toda mujer: su clítoris. Lo froto y un gemido se le escapa.

—No rompas la regla —ordeno.

Deslizo dos de mis dedos un poco en el interior de su suave estrechez. Se estremece, pero no le hago caso, y los introduzco, esta vez, profundamente. Siento lo mojada que está, empiezo a deslizarlos dentro y fuera. Está estrecha como la última vez que mi pene se enterró en ella.

No aguanto más y saco de mi bolsillo el preservativo. Bajo mi cierre y expongo mi pene para cubrirlo con el condón. Alzo su vestido a la altura de su cadera y hago a un lado su braga, que descubro es de encaje blanco.

La penetro de un solo golpe, deja escapar un pequeño gemido roto. Sé que debe dolerle, porque esta es una de sus primeras penetraciones, pero estrecha me gusta más. Muevo mis caderas acomodando mi miembro en su interior.

Apoyo mi mano en la mitad de su espalda y empiezo a follarla. Sin piedad tan rápido como puedo, porque quiero ver en qué momento deja de desobedecer mi regla. La veo que recoge sus manos en puños, está aguantando cada embestida.

Su interior palpita, y se pierde entre la palpitación de mi pene. Siento que me corro, entonces doy un paso atrás saliendo de su interior para dejar escapar el último chorro. Me quito el condón y lo lanzo por la ventana que se encuentra semiabierta. Me acomodo mi miembro hacia dentro, y me acerco a ella, que sigue en la misma posición en la que la he obligado a estar. En ese instante, sé que es la mujer que he estado buscando.

—Levántate. —Lo hace—. Date vuelta.

Su vestido cae cubriendo su trasero desnudo, que hace minutos lo poseía con gusto. Recojo de la cama mi chaqueta y el cheque para entregárselo.

No habla, solo me mira, pero por la poca luz que hay en la habitación igual logro ver lo desconcertado de su rostro. No entiende la experiencia que ha vivido, pero puedo asegurar que en el fondo le ha encantado.

—Ten. —Le extiendo el cheque.

Ella lo acepta y mira la cifra.

—Puedes hablar —digo.

—Lo siento, solo que... —No termina de hablar.

—¿Quieres irte?

—Sí. —No alza su cabeza a verme.

—Vamos. —Tomo su mano.

La saco del lugar hasta llegar a mi coche para llevarla a su casa. En su cara se refleja vergüenza, confusión y miedo, no es el mismo rostro de las demás, llenos de esperanzas y de querer algo más. En el trayecto para llegar a su edificio, echo un vistazo hacia ella, que evade verme mirando los edificios que pasamos. No le hablo, ni su ser lo hace.

Estaciono y bajo para abrirla la puerta, pero ella se baja antes de hacerlo.

—¿Cuándo será el siguiente encuentro? —pregunta seca.

Me detengo al escucharla.

—Yo te llamaré para que estés preparada.

—Está bien. —Se da la vuelta—. Adiós.

Y se va dejándome parado, viéndola con su espalda desnuda perderse en el interior del

edificio.

Capítulo XVIII

INESPERADO

London

Me despierto con el sonido molesto de la alarma en un intento de salir de la cama con el aburrimiento encima de saber que tendré que ir a clase. Al tener mis dos pies colocados en el suelo, me dispongo a levantarme y a arreglar la cama, pero me llevo una sorpresa al ver entre mis sábanas celeste, una gran mancha roja que cubre todo el centro. Me paso la mano en mi entrepierna y, al sentirla mojada, grito.

—¡London! —grita Astrid, detrás de la puerta, tal vez mi reacción la asusta un poco.

—Una cucaracha —miento para justificar mi grito.

Escucho el sonido de sus pisadas desaparecer fuera de mi rango.

—¡Qué mierda! —expreso, al saber que me vino la regla.

Me acerco para ver el calendario que se encuentra sobre la mesita de noche y verificar la fecha. Se me ha adelantado, pero aun así me cercioro de qué día es. Porque, por más que lleve el control de mi menstruación, siempre hay un mes que se descontrola y me cae de sorpresa; por suerte me ha ocurrido en casa esta vez. Lo peor sería que fuera en la calle, en la universidad o en cualquier otro lugar donde esté expuesta a miradas extrañas.

—¿Es un castigo? —pregunto hacia el techo con el fin de que Dios me dé una señal.

Ayer inicié algo en lo cual me debo mantener fuerte. No debe existir arrepentimientos, *no*, por lo menos hasta que tenga completo el dinero para Astrid. Nunca imaginé tener mis primeras experiencias sexuales de esta manera. Busco entre los cajones una cajita de tampones y no encuentro nada.

—¡Oh, Dios! Esa es la señal —digo frustrada— ¿Me estás castigando con los tampones?

Astrid, ella debe tener algún tampón.

—¡Astrid! —La llamo a todo pulmón.

—¿Qué? —replica de la misma manera.

—¿Tienes tampones?

—¡No!

—¡Gracias!

¡Mierda!

Me meto al baño para darme una ducha, quitándome toda la ropa al paso para dejarla a un lado y así después poder meterla en la lavadora. Quito cada mancha de sangre en mí y olor desagradable que tengo en mi cuerpo. Me lavo los dientes como es mi habitual aseo. Nada exuberante, poco convencional, diría que hasta aburrido.

Pero ahora viene la parte más divertida. Tomo la toalla, envolviéndola a mi alrededor. Desenrollo un poco de papel higiénico, una ayuda que durará por un rato. Salgo para ver mi vestimenta, busco mi ropa interior, una vez elegida, me empiezo a vestir. Cuando estoy a medio encontrar mis bragas, recojo el trozo de papel para usarlo como una toalla sanitaria.

¡Bien, London!

Termino de arreglarme, me dispongo a salir para ir hacia la cocina y veo a Astrid con platos en la mano.

—London, preparé un par de sándwiches. —Miro mi reloj de mano, y es justo lo que necesito comer, porque voy tarde para la universidad.

—Dame. —Cojo el sándwich, pero no el plato.

Dejo a Astrid con las manos extendidas.

—¿Vas tarde? —Recuerdo que tengo que hacer una parada en una tienda para comprar una cajita de tampones.

—Sí —confirmo.

Me doy la vuelta para ir al cuarto y recoger mis cuadernos, pero me vuelvo cuando veo mi móvil encima del sofá. Astrid se da cuenta de mi reacción y se adelanta a decir:

—Me había olvidado de entregártelo —se excusa—. Ayer, con todo lo que pasó...

Asiento y me apresuro a cogerlo, esquivando a Astrid en el paso. Ella pierde algo de equilibrio que por poco hace que termine su desayuno en el suelo, y me lanza una mirada asesina, de esas de estoy enojada, pero te perdono.

—Lo siento. —Repito mi movimiento.

Camino directa hasta mi cuarto, y mi teléfono empieza a sonar.

Número no registrado.

Acepto la llamada.

—Hola.

—Hoy, te quiero con... —Ni bien termina, y sé quién es, cuelgo.

¿Pero cómo obtuvo mi número?

El número del apartamento me imagino que por el extrabajo de Astrid, pero... *¿mi número?*

Empieza a sonar nuevamente, y salgo del radar de Astrid para que no sospeche nada. Recojo mi bolso con mis materiales de estudio y acelero mis pasos para salir del apartamento.

—Quieta ahí —ordena Astrid a mi espalda.

Actúa bien, London.

—¿Qué ocurre? —cuestiono, sin darme la vuelta para verla.

—¿Conseguiste el tampón que querías? —Exhalo aliviada de que no sea otra pregunta.

Muevo un poco mis caderas por lo incomodo del papel que no durará tanto, pero sí lo suficiente hasta que compre mis tampones de camino a la universidad.

—Sí, adios. —No espero su contestación, salgo del lugar a toda prisa porque el móvil no deja de sonar.

Estando fuera, contesto.

—¿Acabas de colgarme? —se apresura en decir.

Este hombre no tiene límites.

—Sí —respondo descaradamente.

Las puertas del ascensor se abren, entro mientras me miran de manera extraña un par de ancianas que también se disponen a entrar. Las miro con una sonrisa amable, asintiendo, un gesto de cordialidad para no decir buenos días. Sin embargo, ellas no cambian su mirada.

—Te quiero tener esta noche. —Miro a los lados, pensando que han podido escuchar de lo que me acaba de decir.

No pasa nada, porque al parecer las ancianas han empezado una conversación entre ellas. Seguro que es un chisme de alguno de los inquilinos. *¿Será de mí?* Ayer llegué tarde, con el vestido sexy, sin ser escoltada por nadie hasta mi piso. Ese sí sería un tema de comidilla.

—No puedo —enfatico.

Es verdad, no puedo.

Estoy con la regla, que ahora se siente muy oportuna. Sonríó con la idea de saber que no lo veré, pero recuerdo que si esto se termina lo más rápido posible podré obtener el dinero que necesito de la misma manera.

Ahora la menstruación ya no me parece tan oportuna como hace segundos.

—Dame una buena excusa. —Sueno molesto o, tal vez, es mi idea.

Trago saliva, porque no es fácil decirlo.

Sería algo como: ¡Oh bien! Estoy menstruando.

Niego con la cabeza, porque a qué hombre que quiere tener relaciones se le dice «estoy menstruando». Solo a uno con el que no quieras tener sexo o con uno que ya tengas confianza. En este caso, no tengo idea.

Pero...

—Estoy menstruando —suelto.

Escucho toser a las ancianas. Quiero reír, pero solo estoy esperando qué dice él ante eso.

—No importa —susurra, con una voz seductora que me estremece por sorpresa.

—¿Qué?! —exclamo.

Tal vez cree que es mentira.

—Ya te dije... —Escucho que está empezando a caminar de un extremo a otro, sus pisadas me dan una idea de que ese puede ser su movimiento—. No me importa.

—Es antihigiénico —recalco.

—No quiero saber qué te estás imaginando, pero esta noche nos vemos y punto. —Cuelga.

Aprieto fuertemente mi móvil en mis manos. Las puertas del ascensor se abren justo a tiempo, salgo lo más rápido que puedo del edificio. El portero me saluda con un asentimiento de cabeza, y yo hago lo mismo, pero una extraña mirada de él me hace sentir rara. *¿Es por lo de anoche? Si ni siquiera subí con un chico al apartamento.*

Mientras me apresuro a esquivar las personas que se cruzan en mi camino, guardo el móvil en el interior del bolso y aprovecho para ver si tengo mi carpeta de trabajo sobre los diseños de decorado de oficinas que me toca presentar. Un golpe con algo me hace mirar hacia el frente. No es algo, *es alguien.*

—Lo siento. —La voz del chico que tengo enfrente suena a calidez.

No aparto la mirada de sus bellos ojos color avellana, tienen algo atrayente y, sobre todo, la sonrisa que me está regalando. Es discreta, pero tiene jovialidad, aunque podría decir que seductora por los fugaces hoyuelos que se forman en su mejilla.

—No... —Trato de modular la frase—. No pasa nada.

Sonríó.

—Deberías estar más atenta a tu alrededor. —Es alto, lo suficiente para que pueda mirarlo a los ojos sin alzar tanto la cabeza.

—Llego tarde. —Me encojo de hombros.

Lleva un traje de piloto de aerolíneas. Lo cual me hace deducir su profesión, pero no pregunto.

—¿Te puedo acompañar? —empieza a decir— Puedes tener un accidente, tal vez, te rescate de uno.

Logra hacerme sonreír.

Sin embargo, mi sonrisa se acaba cuando recuerdo que voy tarde para las clases.

—No, gracias. —Lo esquivo para continuar mi camino.

—Al menos, dime tu nombre. —Su voz tiene algo de entusiasmo impregnado en ella.

No cometeré el error de dar mi nombre verdadero a un extraño, pero digo el primero que se me ocurre.

Me giro.

—Rachel.

—El mío es Frank. —Asiento, dejándolo atrás para seguir con mi complicado día.

Una cajita de tampón por comprar.

Un trabajo universitario por presentar.

Una cita esta noche por...

Capítulo XIX

CHICO BUENO

Random

Le envío el mensaje a London de dónde nos encontraremos, no me imagino la cara extraña que debe tener al revisar la dirección de nuestro punto de encuentro. Y tampoco, no me imagino qué cara ha de haber puesto cuando la he llamado a su móvil.

—Aquí estoy —anuncia Frank mientras cruza la puerta del apartamento.

Entro en la cocina y abro el refrigerador. Dejo mi zumo de avena y banana sobre el estante del medio.

—¿Anulaste mi contrato con el hotel? —pregunto.

—Sí —confirma.

Me dirijo hacia la sala para verlo sentado en el sofá con una expresión en su rostro poco usual. Eso solo me lleva a deducir una cosa. Cojo el mando, que se encuentra sobre la mesa auxiliar y enciendo la televisión para ver algún canal en el cual den una programación entretenida.

—Te hechizaron de nuevo —comento, haciendo alusión a su expresión.

Sin embargo, sigue con esa cara extraña y sus pensamientos, al parecer, están en otro lado. Le tiro el mando a distancia para ver si reacciona y lo esquivo a tiempo. Su ojo se salva del moretón.

—¿Estás loco?! —frunce el ceño.

—Pensé que morirías de idiotez —me justifico.

Se ríe.

—Pero, ¿qué diablos te hace pensar eso? —Se acomoda su traje de piloto.

—La cara que tenías antes de que te salvara. —Me acerco para sentarme a su lado, después de todo es el único asiento que da frente a la televisión.

—¡Ah, eso! —Vuelve a tener la expresión que había abandonado hace un momento— Conocí a una chica.

Eso no es nuevo.

Empiezo a revisar cada canal con el único objetivo de que entienda que me da igual.

—Se llama Rachel. —Sigue con su conversación invisible conmigo—. La vi salir de un edificio. Me imagino que vive ahí, así que simulé que chocaba con ella por casualidad, para entablar algo de diálogo con ella. Por cierto, si es así, vive cerca del ho...

Pongo los ojos en blanco.

Terminará enamorado y con el corazón roto. Él es el chico bueno del que por alguna razón las mujeres huyen, al menos las que dicen buscar el amor en una idea estúpida de que el sexo tiene el primer lugar en ello. Se camuflan en la idea de querer un hombre que las trate bien, las comprenda, les dé su apoyo, las consienta, las respete, y al final de encontrar a un tipo así, lo tacha de aburrido. Solo eligen a un hombre así cuando ya se han enamorado de un chico malo y el corazón lo tienen herido, justo ahí el tipo bueno tiene su oportunidad.

—Bueno, ¿y a qué hora es tu vuelo? —intervengo en su monólogo.

—A las 18:00 p.m. —Se aclara la voz— ¿Y el tuyo?

—Mañana a primera hora —respondo.

—¿Y cómo vas con...?

—No es tu problema. —Me adelanto antes de que termine su pregunta, porque hay cosas que deben ser secretas, incluso entre amigos. Y esta es una de ellas.

—¡Oh bien! Lo entiendo. —Se levanta sacando del bolsillo de su pantalón un papel doblado que me lo extiende —. Ten, este es el documento que cerciora legalmente la anulación de la reserva en el hotel donde llevabas a tus amantes.

Me echo a reír a carcajadas.

—Dame. —Se lo quito de la mano—. Al menos debías traerlo sellado en un sobre —le recalco.

—Olvidemos la modestia, deberías agradecerme que el favor. —Se gira para dirigirse a la salida del apartamento.

—¿Estás sensible? —pregunto, pero en segundos recuerdo la conversación con London—. ¿Estás en tus días?

—Eres un cabrón —dice, sin darse la vuelta, y se va fuera de mi vista.

Al recordar a London, también recuerdo la cita y al lugar al que iremos, lo que me hace plantearme si parte de mí está preparado para obsequiarle un gesto íntimo y privado.

Capítulo XX

ENTRE LIENZOS

London

Estoy parada enfrente de la cafetería donde se supone me voy a encontrar con él, pero ni siquiera veo su coche. Me acomodo el vestido holgado corto que por el viento que recorre en la avenida se levanta. Parezco Marilyn Monroe cuando su vestido blanco se levantaba ante la vista de los demás, dejando al descubierto su ropa interior. Aunque el mío es floreado y ni cerca estoy de parecerme a ella. Lo único que me provoca el aire violento es un frío intenso en mis piernas y en mi interior la sensación de querer hacer *pis*.

Al menos no te ha dicho que vinieras con un vestido apretado y corto.

Miro el reloj, y ya son las 21:59 p.m.

—Te detesto —resoplo pensando en él.

Acomodo mi chaqueta negra de cuero, que he encontrado idónea para completar mi vestimenta. Entro al local, mirando por encima de los clientes que se encuentran sentados para encontrarlo. Capto su presencia en una esquina oscura del lugar, está sentado, mirándome y no me extrañaría que se haya dado cuenta de mi llegada desde que he pisado la calle. Me dirijo hacia él con ímpetu, porque cuanto más desperdicie el tiempo, más tarde llegaré a casa.

—¿Y bien? —digo mientras me siento en la silla que me posiciona frente a él.

—Ya sabes para qué te he citado, no tengo porqué recordártelo. —No he conocido a una persona que se haga odiar tan fácilmente como él.

—Entonces que sea ya —contraataco—. Quiero llegar a casa temprano.

Me mira fijamente, sonrío de lado, y lo detesto por hacerlo. Desvía la atención de mí para mirar hacia alguien que se encuentra detrás, alza la mano, y sé que debe ser a una de las meseras. Miro mi reloj nuevamente, y esta vez son las 22:05 p.m.

¿Tan rápido pasa el tiempo?

—¿Qué desea? —Una joven de aspecto sensual, con sus rizos pelirrojos y vestida con un traje de camarera color amarillo, se para cerca de mi lado. Está claro que la atención no es para mí, sino para él.

Cruzo los brazos a la altura de mi pecho.

—Puedes darme dos vasos de agua. —Me quedo desconcertada por su pedido.

¿Qué clase de hombre te invita a una cafetería y pide agua?

Uno tacaño, verdaderamente tacaño.

Exhalo pausadamente con la idea de que este circo termine pronto.

—Listo. —Apunta la chica en su libreta, y se retira.

Él le da una mirada de arriba hacia abajo a la joven. Lo sé porque su movimiento de cabeza lo delata y sobre todo la intensidad que hay en sus ojos.

Aparte de tacaño, es descarado.

—Bueno, London. —Ahora su atención es mía y no me gusta—. Hoy conocerás la segunda forma de tener sexo.

¿Va en serio?

—Pensé que era una broma —digo sarcástica.

—Aquí está tu orden, Rod. —Aparece la chica pelirroja en escena, pero me deja perpleja con la familiaridad con la que le habla.

Espera, ¿Rod?

London, ni siquiera recuerdas su nombre. ¿No te das cuenta de que siempre, desde que lo has vuelto a ver, lo llamas él?

Espera, sí recuerdo. Su nombre empieza algo así como Ran...

—Gracias —replica él.

Lo miro confundida.

¡Oh, por Dios! Ni siquiera recuerdo bien su nombre.

—¿Qué sucede? —inquire, tratando de saber qué me está pasando.

Pienso en decir: *nada*.

Pero si teniendo sexo me pide que diga su nombre..., no le diré: *no lo recuerdo*.

—¿Por qué la chica te ha llamado «Rod»? —Sueno a una celosa, pero esa no es mi intención.

Empieza a reírse. *¡Maldito!*

—Pues, mi misteriosa London... —Me preparo para escuchar posiblemente su nombre completo, porque Rod es una abreviación o ¿no? —. Mi nombre es difícil de pronunciar en este país, así que es común que las personas decidan llamarme así.

¡Mierda!

¡Mil veces, mierda!

Ni siquiera me dice su nombre.

No pasa nada, con preguntarle su nombre a estas alturas, ni que le afectara ese detalle, pero recuerda, London: *ya van dos veces que tienes sexo con él*.

Ahora maldigo esa parte donde olvido los nombres de las personas. Lo único que me rescata es pronunciarlo a diario, pero en este caso ni que quisiera recordarlo a él todos los días.

—¿Cuál es tu nombre completo? —suelto.

Me mira confuso, y también diría que algo extrañado.

—Random —contesta llevándose el vaso de agua a la boca para tomar un fino sorbo.

No digo nada más, y la incomodidad de estar con él se vuelve más grande a cada segundo.

—Mejor levántate y acompáñame. —Se levanta de su mesa y se dirige a una puerta cercana a donde estábamos, que asumo es de los empleados.

Lo sigo para alcanzarlo, paso la puerta y me doy cuenta de que estoy en un vestidor, pero Random se acerca a otra puerta más que está en el otro extremo.

—Espera, idiota —me quejo.

Se detiene casi cruzando la puerta y la sostiene con sus manos para mantenerla abierta. Acelero mis pasos para toparme con su rostro, que me observa con la sonrisa maliciosa que odio.

—¿No tienes otra sonrisa? —pregunto deliberadamente.

—No —se limita a decir, dejando que la puerta se cierre en mi cara.

No tengo ganas de discutir, así que abro la puerta y lo sigo viendo que se interna en un pasillo que tiene las paredes de bloques. Me hace pensar que ya no estamos en la cafetería.

—Sígueme —ordena.

Con la poca luz del lugar, logro ver que él baja una escalera de emergencia que se encuentra al final del pasillo y se sube en ella. Al final, entra por un hueco que simula ser una entrada sin puerta. Hago lo mismo, pero mi tacón del zapato se traba en uno de los escalones de hierro.

—Estoy atascada. —Miro hacia arriba, y él asoma su cabeza.

—Te espero arriba —puntualiza.

Agarro con fuerza cada barra extrema de la escalera por la rabia que él me provoca. Muevo el pie con cuidado y logro acomodarme para subir sin complicación. Una vez, arriba, veo la decoración más hermosa que todo diseñador de interiores sabe que no debe faltar en ningún lado: *cuadros en la pared.*

La habitación tiene grandes cuadros de pinturas que no reconozco a qué autor pertenece. Son hermosas, realmente tiene un toque oscuro y seductor a la vez.

—Acércate. —La voz de Random me hace volver a la realidad.

Doy unos pasos adelante, y él se encuentra cerca de una de las ventanas que me imagino dan a la calle. Registro con mi mirada una mesa llena de vasos de pinturas y lienzos a unos pocos pasos, pero lo que llama más mi atención es el caballete con el lienzo en blanco y la sábana blanca que está en el suelo.

—¿Qué es todo esto? —pregunto con sorpresa, acercándome.

Toco con delicadeza cada material.

—Hoy, tú serás mi musa —recalca con voz seductora.

Se acerca a mí, haciéndome sentir extraña debido al lugar en el cual estoy, y por lo que acaba de decir, pero debo saber que eso es normal para él. Random tiene la habilidad de no ser predecible, pero con él todo termina en una sola palabra.

Sexo.

Lo que me recuerda.

—¿Vamos a tener sexo? —digo con cuidado para no sonar que deseo hacerlo.

—Vaya que eres directa. —Su voz seductora aparece—. Sí, London, pero no de la manera en la que piensas.

¿Qué yo pienso?

Sí ni siquiera sé qué pensar.

—Entonces, ¿esta será la segunda forma de tener sexo?

—Sí, y no sabes cómo será.

Sus manos empiezan a desprenderme de mi chaqueta.

Capítulo XXI

MUSA

Random

London conoce este lugar. Y ni siquiera tiene idea de que acabo de compartir con ella parte de mi intimidad. No se lo haré saber, ni tampoco estoy feliz por elegir traerla aquí. Puedo oler el aroma de su pánico mientras la desprendo de la chaqueta. No hace contacto visual conmigo con el fin de ignorarme, pero no quito la mirada de sus ojos para ver cuánto resiste no verme. Su prenda cae al suelo, y delicadamente tomo las tiras del vestido para que solo quede su piel rosada expuesta.

—¿Aún estás determinado a tener sexo así, en el estado en el que me encuentro? —dice en voz baja.

El vestido resbala por su cuerpo, dejándome con la imagen de su sencillo sujetador y braga azul marino que la cubre. Está realmente sexy con la combinación de su ropa interior junto a sus zapatos negros de tacón.

—No voy a tocarte —reitero.

Al escucharme, me mira rápidamente a los ojos.

—Tú serás mi lienzo —menciono, antes de que saque alguna deducción irracional.

—¿Tu lienzo? —Me niego a escucharla.

La dejo parada, con la duda que se va formando en ella y que su rostro la refleja. Me dirijo a la ventana, estando cerca, escucho el sonido de los coches pasar, y me atrae a mirar a través del cristal para ver el vacío callejón que da a la calle principal. Solo un par de bunkers y un gato buscando algo de comer. Se siente una tranquilidad diferente a la de mi apartamento en Manhattan.

Dejo de mirar para posar mis ojos en London, porque no quiero perder más tiempo.

—Ven —exijo.

No se niega ante mi exigencia. Cada paso que da directo hacia mí se hace como una tortura a mi visión por lo embriagador que resulta su cuerpo.

—Espera, no me gusta que me trates así. —Cruza sus brazos a la altura de su pecho.

¿Está molesta?

Lo que hace disminuye mi excitación.

—¿Así, cómo? —Su actitud me confunde.

Se para frente a mí con su rostro lleno de una seriedad palpable.

—No me ordenes qué hacer. —Se lleva una mano a la cabeza, pasando sus dedos por el cabello.

Siente frustración, pero *¿de qué?* Sabe a qué viene, no es algo que no tenga claro.

—Solo te indico qué hacer, eso es muy diferente —recalco.

Se ríe de manera sarcástica.

—Es lo mismo. —Alza una ceja—. Te anuncio que no quiero ser una especie de sumisa.

Ahora soy yo quien se ríe, pero a carcajadas.

Cruzo los brazos a la altura de mi pecho y la miro seriamente para darle credibilidad a lo que voy a decir.

—No, ¿de dónde sacas eso?

—De la forma en la que me ordenas hacer cada movimiento.

Frunzo el ceño por la idea loca que se le está pasando por la mente.

—Si hablas sobre el estilo de vida sexual del sadomasoquismo... —Pongo los ojos en blanco porque me aburren las conversaciones justo cuando estoy a punto de querer tocar su cuerpo—. Pues, no.

Le agarro su cadera con una mano, de manera desprevenida, y la otra la paso por su espalda, girándola para arrinconarla contra la ventana.

—Escucha, London. —Me pego a su cuerpo de manera que no quede un espacio entre los dos—. Yo las prefiero salvajes.

Nuestras miradas son como cargas de electricidad que, si se pegan más, explotan por la intensidad sobrecargada que los dos estamos dejando salir a flote.

—Bien —se limita a decir.

Aprovecho el tenerla acorralada para llevar mis manos atrás de su espalda y desabrochar su sujetador. Pego su frente con la mía.

—Te voy a decir una frase que nunca debes olvidar. —Rozo con mi mano uno de sus pezones rosados. Arquea su espalda ante mi acción—. Los hombres prefieren a una mujer que es dama fuera de casa, pero una puta en la cama.

Al acariciar sus hombros, hace un pequeño sonido de asfixia en la parte superior de la garganta. Inclino mi cabeza para besar su cuello, pero termino por chupar algo de su piel en el proceso.

—Con eso te dejo claro lo que quiero —susurro, haciendo que el aire que sale de mi boca roce su cuello.

La siento asentir.

Me aparto de ella para ir a agarrar un pincel, que se encuentra en la mesa, y sumergirlo en pintura roja.

—¿Qué haces? —Su curiosidad capta mi atención.

La miro y no le respondo. Una vez que el pincel se ha remojado totalmente, me acerco a ella.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta mirando el pincel.

—Este es el sexo tántrico, pero con una modificación mía. —Deslizo el pincel desde la punta de su barbilla hasta su cuello, en línea recta—. Con esta práctica se busca disfrutar con todo el cuerpo, disfrutar con cada poro, con cada caricia. —Termino el trazo antes de llegar a sus pechos desnudos—. Los encuentros son sin sexo genital y sin eyaculación.

Se estremece suavemente.

—Ahora entiendo que no te importara mi estado. —Sé a qué se refiere, pero omito seguir con cualquier tema que quiera tratar, así que le sello la boca con un fugaz beso.

Mi movimiento la toma por sorpresa.

—No te muevas, London. —Retomo con el pincel hasta donde me había detenido y empiezo a trazar la línea hasta su ombligo—. Quiero acariciarte sin tocarte.

Regreso a la mesa para limpiar el pelo del pincel y remojarlo ahora en blanco. Lo consigo y vuelvo hacia London. Nuestros cuerpos guardan distancia, ella casi rozando la ventana y yo buscando los centímetros necesarios para captar su cuerpo como mi lienzo.

Hoy es mi musa.

Trazo una línea horizontal en su cadera rozando por encima de su braga. Se estremece, es como un delicioso escalofrío de anticipación para su creciente excitación. Tal vez me odie, pero no se puede mentir a sí misma que estar así la excita.

Trazo otra línea un poco más arriba.

Ahora centro mi atención en su cuello y acerco el pincel a ese punto para trazar una doble línea horizontal, como si cortara su yugular. En cada roce que hace la pintura en su piel de manera delicada, London da un leve respingo. El tacto del líquido en ella le resulta una desbordante sensación de placer, lo puedo ver en sus ojos cuando se cierran al roce.

Termino mi diseño.

—Terminamos —anuncio.

—¿Eso es todo? —suelta.

—Es un preparativo para la tercera forma de tener sexo, pero hoy no será —aclaro.

Me doy la vuelta para dejar el pincel en la mesa e ir a la repisa que está cerca, para coger mi cámara fotográfica Polaroid, que se encuentra entre unos libros de fotografías profesionales. Una vez en la tengo, me encamino hacia donde está London, pero su expresión suave cambia a asustada.

—¿No pensarás tomarme fotos? —Da un paso atrás y termina por arrimarse a la ventana.

—Sí, pero es para ti. —Sonrío—. Para que la tengas como recuerdo.

—No, no, no... —Niega con la cabeza—. No me vas a tomar fotos.

Se cubre el rostro con las manos, así que decido gastarle una broma. Doy unas pisadas haciendo alusión a que me retiro de mi posición y digo:

—¿Quieres *pizza*? Porque he comprado y debe estarse enfriando. —Aparta sus manos y me ofrece una sonrisa, tal vez porque sabe que eso es algo estúpido para llamar su atención. Sin embargo, es un éxito, porque logro mi objetivo: robarle la mirada y un gesto de su cara.

En ese mísero segundo capto su imagen en el lente.

Tengo su fotografía y su sonrisa eclipsa mi atención en el papel fotográfico, que está imprimiéndose.

—Eres un idiota. —Se acerca a mí con pasos decididos.

Alzo mis manos sosteniendo en una la cámara y en la otra la fotografía. Ella empieza a alzar las suyas para quitarme su foto, pero me muevo esquivándola.

—Cálmate. —Me río.

Mientras trato de ganar, de repente, siento que mi zapato se desliza en el suelo, provocándome perder equilibrio y caerme, pero London da un mal paso y cae conmigo. Su cuerpo encima del mío se siente como fuego, y eso que la siento a través de mi ropa.

—Soy un hombre indefenso, no me violes —expongo, en forma de broma, tratando de sonar asustado.

Se ríe y me guiña un ojo.

Por segundos me desconcentro de mi objetivo. Siento un vacío en una de mis manos, lo cual me hace concluir algo.

—La tengo. —Se levanta, dejándome acostado.

—¿No te vas a aprovechar de mí? —digo sarcásticamente.

El minuto de diversión entre los dos se empaña por la mirada sin expresión que me lanza.

—Olvidalo. —Recoge su vestido y la chaqueta del suelo y, mientras se viste, a pesar de estar manchada de pintura, dice—: Quiero irme a casa.

No discuto con eso.

Me levanto y dejo la cámara sobre la mesa. Sacudo un poco la ropa, notando que mi camisa está manchada de pintura, hago caso omiso, y del bolsillo de mi pantalón saco el cheque.

—Ten. —Se lo extiende y lo coge.

—Ya no quiero estar aquí. —La chica sonriente de hace rato, definitivamente, ya no está.

Asiento.

Ella se abstiene de darme esa parte dulce suya, pero yo estoy dispuesto a robársela como pueda. Quiera o no: *caerá, tarde o temprano.*

Capítulo XXII

MÁS QUE CASUALIDAD

London

Lo que menos quiero es que me vea sonriendo de manera sincera y lo ha logrado. Random no es más que una transacción para mí.

¿En qué persona me está convirtiendo?

No él, sino todo esto que estoy viviendo.

—No, no dejaré que me descontrolé —declaro mientras corto en rodajas la cebolla.

Preparar el almuerzo me está resultando toda una odisea. Las comidas rápidas son historia con el presupuesto que ahora ambas manejamos. Me he olvidado por completo de hablar con Astrid seriamente sobre su enfermedad. Debo decirle que se puede tratar y obtener resultados positivos, porque no tiene sida como ella dice, sino VIH, y eso aún es controlable si se detecta a tiempo para que el virus no mute y se convierta en la palabra que la escucho balbucear cada vez que piensa que no me doy cuenta de su presencia.

Sida.

Mis ojos empiezan a arder, dejando expuestas lágrimas incontrolables.

—London, ¿por qué lloras? —Astrid me toma por sorpresa.

No lloro por nuestra situación: *ella con su enfermedad y yo vendiendo mi cuerpo.*

Lloro por el olor que emana la cebolla.

—Es la cebolla —respondo dejando a un lado todo para lavar mi rostro en el fregadero.

Arde, no puedo ver bien.

—Pobrecita. —Escucho reír a Astrid tras mis espaldas.

—Esto arde, no te rías —me quejo.

—Pues si vas lavando la cebolla a medida que la vas cortando, llorarás menos.

Un consejo que llega muy tarde.

—Pásame un trapo —suplico.

Cierro el grifo y me giro para verla. Mi visualización es opaca y nublada, no puedo mirarla, pero siento que me sostiene la mano para darme el trapo. No espero más y me seco el rostro. Unas últimas lágrimas se escapan y logro recuperar la vista.

Astrid abre un armario para coger una taza, donde seguramente se preparará su café. Algo habitual en ella cuando se siente estresada.

Yo lo detesto.

—¿Vas a tomar café? —inquiero.

—Sí. —Coge el tarro del azúcar.

Llena la taza con agua y coloca dos cucharadas de café y de azúcar. La piel se me pone gallina, porque ella es capaz de tomar la bebida fría o caliente, le da igual mientras sea la que quiere.

—Vete a estudiar que yo termino el almuerzo —empieza a decir mientras salgo de la cocina —. Por cierto, le di una hojeada a tus libros a ver si son tan prometedores como para tenerlos asegurados en un baúl de debajo de tu cama.

No aguanto la risa ni ella lo hace.

No se me hubiese ocurrido la idea de guardar mis libros eróticos en un baúl, pero cuando empecé a leerlos tenía quince años y aún vivía con papá, supe que ese sería el único sitio para respaldar la seguridad de cada ejemplar, y la mía sobre todo. Si él se enteraba, tendría asegurada la palabra pecadora en su boca y misa durante todos los días de mi existencia, y más de veinte avemarías por día.

Sin embargo, Astrid sabe esa historia, así que lo dice por molestarme.

—Espero no haber dañado tu frágil mente —digo, sin darme la vuelta.

—Espera, London. —Astrid se aclara la garganta con nerviosismo—. Tenemos que hablar de algo.

¡Oh, no! ¿Me ha dañado algún libro?

La miro.

Algo pasa.

—Me llamaron de mi extrabajo para decirme que me dan más tiempo para el pago. —*Ya lo sabía, Astrid*, quiero decirle, pero me callo—. Como estamos escasas de dinero, pues nos vamos a cambiar a un apartamento muy..., pero muy barato.

No tengo problema, ya me parecía que debíamos hacerlo hace tiempo.

—¿Has encontrado uno?

Niega con la cabeza.

—Quería que me acompañaras a buscarlo cuando termines de estudiar.

—Ayer estuve por la avenida Greenwich, donde creo que podemos encontrar uno —suelto.

Recuerdo la zona donde tuve el encuentro con Random.

—Entonces, ¿salimos en un par de horas? —Sonríe agradecida por mi idea—. Ahora vete a estudiar.

—Sí, jefa. —Llevo la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien, haciendo el saludo militar.

Cuatro horas más tarde...

—London, llevamos un rato dando vueltas por esta calle y no hemos encontramos ningún apartamento en alquiler —se queja Astrid.

Resoplo, frustrada.

Me siento en la acera. La poca gente que circula por la avenida se me queda observando de manera curiosa. Recojo las piernas y bajo la cabeza. El calor me mata y eso que falta poco para anochecer.

—¿Rachel? —Esa voz de hombre me resulta conocida.

Alzo la cabeza para mirar quién habla en dirección a mí.

Cruzando la calle y mirando a ambos lados del camino veo al chico con quien me tropecé ayer a las afueras del edificio, justo cuando me disponía a ir a la universidad. Su rostro enmarca una gran sonrisa, como si verme le hubiera alegrado el día. Lleva el mismo traje de piloto, pero esta vez arrastra una maleta de viaje.

No recuerdo su nombre.

Eso no es novedad, London.

Me levanto sacudiendo mi *jean*. Astrid me lanza una mirada analizadora, en este momento,

debe estar preguntándose quién es el tipo y por qué me llama Rachel. Claramente sabe que es a mí a quien el tipo le está hablando. Se apoya contra una de las rejillas de una casa. Está esperando a que conteste para sacar sus conclusiones.

—Hola. —Sonrío.

—Hola, Rachel. —Extiende su mano libre a modo de saludo.

Correspondo con un apretón.

—Esto es raro, pero ¿qué haces aquí? —digo, confundida—. No es normal que me cruce contigo, y con tu misma vestimenta, dos días seguidos.

Mira su vestimenta. Su actitud es rara, y asumo que es por lo que acabo de decir.

—Acabo de volver de un viaje corto de ida y vuelta —dice, mirando hacia Astrid, porque se debe sentir vigilado—. Además, vivo cerca de aquí, justo ahora me disponía a ir a mi apartamento.

Ahora las cosas empiezan a cobrar sentido.

—Ah...

—Debe ser el destino. —Se encoje de hombros—. ¿Y tú, que haces por aquí?

Mira hacia sus lados.

—Yo...

—Espera, ¿me estás acosando? —me interrumpes.

Su rostro se ve serio, pero dudo que lo que acaba de decir sea en serio.

—No —digo de manera rápida.

—Es broma. —Ríe, pensando que es gracioso—. Tranquila.

Si es broma, entonces, el tipo es agrio. Lo que hace que su simpatía se esfume ante mis ojos. Y eso que parece uno de esos hombres que son divertidos, y sabes que algo que dirá te robará una sonrisa.

Apariencias.

—Disculpa —interviene Astrid—. ¿Sabes de algún apartamento económico que estén alquilando por aquí?

Acaba de salvarme, y se lo agradezco con una mirada de complicidad que las dos tenemos.

—Hola, soy Frank. —Se presenta con una voz segura ante ella—. Solo sé de uno que se encuentra enfrente de mi apartamento.

¡Qué casualidad! ¿O no?

—No importa, necesitamos uno urgente —comenta Astrid.

Y ahora acaba de hundirme.

¿No importa?

¿Y es que ella piensa escoger un lugar cerca de donde vive un chico con el que «misteriosamente» me he cruzado dos veces y dos en partes diferentes de la ciudad?

Respira, London.

Controla tus emociones.

—Espera, Astrid. —La miro—. Él puede ser un acosador —digo sin rodeos, y sin preocuparme de si Frank lo escucha.

Astrid ríe.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —cuestiono.

—Pues que creas que es un acosador —responde Astrid—. Tal vez sea el destino que os ha cruzado nuevamente para que él nos ayude.

¿Es en serio?

¿Desde cuándo Astrid se fía de alguien?

—No voy a discutir. —Devuelvo mi atención a Frank y lo apunto con el dedo—. Si es verdad lo del apartamento, espero que sea uno económico, bonito y que tenga buena vista, o si no olvídate de que me conoces.

Pone los ojos en blanco.

Tal vez esté exagerando, pero suficiente tengo con el acosador de Random.

—Entonces, creo que nos llevaremos bien —dice decidido.

Capítulo XXIII

AMY

Random

Odio los vuelos cortos.

Me dejo caer en el sofá de mi apartamento por lo pesado que siento mi cuerpo. Una de las cosas me gusta de volver a New York es saber que tendré a London a mi disposición. Llevo dos días sin verla, y me urge sentir su cuerpo al límite de su placer.

Miro al techo.

Si tuviera que escribirle un mensaje sincero, le diría:

Querida, London.

Debes aprender que hay chicos buenos, chicos que aparentan ser malos y chicos que aparentan ser buenos. Sin embargo, también están los chicos que en realidad son malos y no hay nada que los cambie.

No puedo decirte cuál de ellos soy, pero cuando termine todo, lo descubrirás.

Mi móvil empieza a sonar inoportunamente, lo cojo de la mesa auxiliar para verificar quién es. El nombre que marca en la pantalla es el de Frank. Le mandé por mensaje la fecha de mi vuelta para que no me molestara, pero ahí está.

Acepto la llamada.

—Dime —me adelanto en decir.

—¿A que no sabes a quién tengo como vecina de apartamento? —dice, entusiasmo.

—¿A quién? —Sigo su juego.

—A la chica que te conté. —Trato de recordar la última conversación que tuvimos juntos—.

Si se te olvidó, pues te recuerdo, se llama Rachel.

¿Rachel?

¡Ah, sí!

Recuerdo lo poco que dejé que me contara de su encuentro con ella, pero ¿vive cerca de él?

—¿Es tu vecina? —pregunto confundido.

No me extrañaría que utilizara sus medios económicos para tenerla cerca. Él tiene el dinero suficiente para poder hacerlo, pero su obstinación por no gastar el dinero de su padre lo lleva a vivir en un barrio menos exclusivo, cuando se puede dar el lujo de pagar por apartamentos más caros que el mío.

—Sí —confirma—. Creo que la vida me quiere cerca de ella.

Río por sus palabras.

—¿Es broma? Dime que te has equivocado en las últimas palabras. —Con esfuerzo pronuncio cada palabra, porque la risa crece en mí, y se quiere volver carcajadas.

—Ja, ja, ja... —enfatisa cada «ja»—. Deberías estar feliz ahora que yo también tengo una chica en la cual concentrar mi atención como tú lo haces con la tuya.

—No te equivoques —aclaró—. Tú buscas una relación, pero yo no.
—Como quieras. —Su voz cambia a pagada.
De pronto, la conversación entre los dos me hace recordar un pedido que debo hacerle.
—Frank, necesito dos entradas para la subasta VIP.
—Sabes que no me gusta involucrarme en el negocio de mi padre, pero te ayudaré con eso.
—Hace una pausa—. Recuerda que eso es un favor que me debes.
—Sí, y no seas chantajista —Cuelgo.
Muy pronto, London.
Muy pronto te tendré como yo quiero.
Dejo el teléfono en la mesa auxiliar, pero antes de que toque el cristal, vuelve a sonar.
¿Otra vez, Frank?
Contesto de una para mandarlo a la mierda.
—¿Puedes dejar de joder? —pregunto ofuscado.
—Random, soy yo. —La voz joven de mujer con tono familiar me congela—. Solo llamo para decirte que esta la noche iré a tu apartamento para quedarme un par de días.
—¿Vendrás con Amy? —logro preguntar.
—Sí, ella está a mi lado. —Escucho la voz de mi pequeña al otro lado de la línea—. ¿Si quieres te la paso?
—Sí. —Mi corazón se emociona al saber que escucharé su voz.
—Hola. —Su voz tierna me roba una sonrisa.
—Hola, mi pequeña. —Me levanto del sofá para ir hacia los ventanales—. Me alegra escuchar tu voz.
—Quiero helado. —Esa vocecita alegra mi día.
—Tendré preparado un gran tarro de helado.
—Adiós. —La escucho emocionada.
—Adiós, bebé.

Capítulo XXIV

NUEVO APARTAMENTO

London

El timbre de la puerta suena y Astrid da un brinco, haciendo caer la caja que en su interior contiene utensilios de cocina. Frunzo el ceño mientras nos miramos.

—¿Estás esperando a alguien? —cuestiona Astrid.

Me encojo de hombros. Me imagino que debe ser Frank para darnos la bienvenida como vecinas. Solo nos falta desempaquetar un par de cajas. El apartamento es pequeño, tiene buenas vistas y, sobre todo, es económico, pero lo que realmente nos hace estar aquí es saber que ambas tendremos nuestro propio cuarto. La privacidad lo es todo para nosotras, aunque a veces no respetemos nuestros espacios.

Me acerco a la puerta y desbloqueo la cadena y el cerrojo. Demasiada seguridad, pero al estar en un lugar nuevo, donde aún no conocemos a los inquilinos del pequeño edificio, nos asusta la idea de un loco entrando sin permiso. Giro la perilla y me asomo por la rendija de la puerta.

—Frank —digo sin parecer sorprendida por el pequeño pastel de chocolate que sostiene.

—Hola, he venido a daros la bienvenida y a traeros este detalle. —Mira el pastel.

Sonrío.

Me quedo observando su presente y trato de averiguar si aquello tiene segundas intenciones. Un hombre con detalles como ese no es habitual.

—Y bien, ¿puedo entrar? —Sus ojos se mueven alrededor.

No me gusta meterlo en el apartamento, pero si ya está aquí, que al menos nos ayude en algo.

—Sí, claro. —Aclaro mi voz.

Abro la puerta por completo para que tenga espacio para pasar, y que no sufra un lamentable accidente con el pastel. Parece delicioso, con las pequeñas frutillas encima.

¡Oh, no!

Me desanimo porque tiene el ingrediente al cual soy alérgica.

—Puedes poner el pastel en la mesa auxiliar —dice Astrid, mientras recoge las cucharas que se han escapado de la caja.

Frank lo hace y termina por sentarse en el sofá. Me alegra que nuestros cuartos no estén a la entrada del apartamento como el anterior, están al costado derecho de la sala, en un pequeño pasillo que conecta frente a frente cada uno, y en medio está el baño que debemos utilizar ambas. Y lo mejor es que en el lado izquierdo está la cocina.

—Ves que no mentía. —Apoya sus manos sobre sus piernas.

Observo mi alrededor para mirar con paciencia cada espacio del lugar. Las ventanas grandes que abren hacia el pequeño balcón me entusiasman.

Sí, él, verdaderamente, tiene razón.

¿Y si es como dice Astrid? El destino me ha cruzado con él para que nos ayudara con esto.

—Bueno, he terminado —comenta Astrid ante el silencio que se está formando entre los tres. Ella me hace un gesto con la mirada para que atienda a Frank, así que decido sentarme a su lado

para hacerle compañía.

—Gracias, por el pastel —señalo, sin saber qué más decir.

¿Qué me pasa?

Astrid entra en la cocina, así que eso al parecer le da valentía a Frank para hablarme.

—Esto se está poniendo incómodo. —Me mira—. ¿Verdad?

Asiento.

—Creo que mejor me voy —menciona.

Se levanta y no lo detengo.

¿Quiero que se vaya?

Está a unos pasos de la puerta.

—Espera... —Aparece Astrid—. ¿Te vas?

Él se gira para mirar Astrid. En su rostro se ve algo de decepción, tal vez, porque esperaba que fuera yo quien lo retuviera.

¡Idiota, London!

Él te trae un detalle y terminas por rechazarlo.

—¿Qué tal si nos ayudas con algunas cajas que nos falta vaciar? —intervengo, sonando alegre para que se le olvide ese mal rato.

—Son muchas —comenta Astrid, señalando las cinco cajas grandes que están cerca de las ventanas que dan al balcón.

Él empieza a reír.

—¡Oh, bueno! ¿Por qué siento que me estáis utilizando? —Su voz es burlona.

Astrid tose mirando en dirección a mí y comenta:

—Díselo a Lo... —Se detiene a mitad de mi nombre cuando se da cuenta que por casi me deja al descubierto.

Mis ojos se ponen en blanco.

—Díselo a la loca —corrige—. Sí, a la loca que tienes en esa esquina.

Me señala.

Sonríó en dirección a él como si nada hubiese pasado, y luego la miro a ella con una expresión del rostro para que le quede en claro que la voy a matar.

Comenzamos a ordenar cada cosa que se encuentra en cada caja. Por suerte, su contenido es de detalles de decoración para la sala, la cocina y el baño. La colaboración de Frank nos hace fácil la labor, siento su mirada observarme por segundos cada vez que tiene la oportunidad, pero evito hacer contacto con sus ojos. Se levanta del suelo junto a Astrid, terminando con la última caja para llevar un par de objetos al baño.

La vibración de mi móvil en mi parte trasera me interrumpe. Lo tomo del bolsillo de mi *jean*, que resulta ser demasiado apretado para mi gusto. Me cuesta un poco sacar el aparato telefónico, así que me levanto y sacudo mi trasero para lograrlo. Sin embargo, mi cara empieza a enrojarse cuando capto que Frank está observándome desde el pasillo de los cuartos.

Me hago la despistada y reviso la llamada.

Random.

Hoy es el tercer día sin saber de él, pero ahí está.

—Hola. —Trato de bajar la voz lo máximo posible mientras me dirijo a la salida del apartamento para no ser escuchada.

Salgo y cierro la puerta al paso.

—Esta noche. —Al escucharlo sé de qué va todo sin tener que mencionar alguna otra palabra.

Esta noche tiene como traducción para mí: sexo con él.

—¿A qué hora? —pregunto.

—Eso te lo mandaré en un mensaje junto con lo que tendrás que ponerte y el lugar dónde nos veremos. —Su melodiosa voz seductora y arrasadora eriza mi piel.

No sé si es por la forma misteriosa en que me habla, pero con todas mis fuerzas trato de eliminar cualquier sensación de excitación fuera de la que tengo cuando me posee. Ya que en esa circunstancia sé que es básicamente trabajo.

—Listo —enfático.

Cuelga.

En ese instante, escucho la puerta abrirse y enseguida me doy la vuelta para ver quién es.

—Frank —suelto.

Debo sonar como si me acabara de atrapar en algo malo, porque me mira con curiosidad, aparte de observar el pasillo que da a los otros departamentos.

No me gusta su actitud, me hace sentir acosada.

—Pensaba que te había pasado algo.

—No, solo he salido a contestar una llamada muy importante.

¿Muy importante?

Sí, claro.

—¡Oh, bueno! —Pasa por mi lado para dirigirse a su apartamento—. Tengo que prepararme para salir de viaje.

—¿No se te hace pesado tu trabajo? —Trato de iniciar una conversación en la cual él no termine ignorado o despreciado.

Lleva una mano a su cabellera de color miel. Apoya su cuerpo en la puerta de su apartamento y me mira con unos ojos de expresión dulce.

—No —replica—. Amo lo que hago.

Es tan lindo.

Si no fuera por mi trato con Random me daría una oportunidad de conocerlo más. Soy la que se está convirtiendo en una chica mala, y no creo que él quiera a una de mi tipo.

—Que te vaya bien, Frank. —Le sonrío y hago un gesto de despedida con la mano.

—Igualmente —dice al abrir la puerta y desaparecer en el interior de su piso.

Respiro profundamente.

Entro en mi apartamento, pero me toma por sorpresa ver a Astrid, esperándome a unos pasos con los brazos cruzados a la altura de su pecho y levantando una ceja. Quiere la explicación de algo, pero ¿de qué?

—¿Y ahora qué he hecho? —me defiendo.

Su expresión cambia a una sonrisa enorme y corre a abrazarme. Me deja atónita.

—¿Y eso? —pregunto confundida.

Me suelta y me mira.

—Tú le gustas.

Me guiña un ojo.

—¿Qué?! —inquiero sin comprender.

—Tú le gustas a Frank —empieza a decir—. El tipo babea por ti, pero me resulta divertido por lo mala que eres al no decirle tu verdadero nombre.

No contiene su risa.

—Es que...

Empieza a caminar hacia la cocina.

—El tipo cree que te llamas Rachel. —Me interrumpe—. ¿De dónde sacaste ese nombre?

Trato de recordar por qué elegí ese nombre y entre la confusión de mis pensamientos por encontrar respuesta, llega luz. El nombre es de uno de los personajes de los libros de Colleen Hoover, donde el protagonista es un piloto de aerolínea que su pasado lo atormenta y todo se resume a su vida con Rachel.

—Por un personaje de un libro —informo.

Voy hacia donde está para ayudarla en lo que falta, pero mi móvil suena con el timbre de mensaje, que probablemente sea de Random con sus indicaciones. Miro la pantalla y certifico que es de él, pero no lo leo todavía, quiero que Astrid no esté cerca.

—Vamos a ver una película esta noche. —Astrid salta delante de mí.

La veo entusiasmada, pero esta noche estaré ocupada. No sé cómo decirle que no podré. Guardo mi teléfono en el bolsillo y tomo valentía para mentirle.

Me duele hacerlo, pero es por ella.

Es por ella, me repito varias veces mentalmente.

—Debo realizar un trabajo con una compañera que vive en Manhattan, y no sé a qué hora regresaré.

Asiente desanimada, me la la espalda y se interna nuevamente en la cocina.

Lo único en lo que no miento es en la parte de no saber a qué hora regresaré.

Capítulo XXV

SEDUCTORAMENTE MORTAL

Random

Entro en el club nocturno para encontrarme con London. Esta reunión se convierte en un juego peligroso. Me detengo a ver cómo los hombres que se percatan de su presencia no dejan de observarla. Está sentada a la barra con un Cosmopolitan que sostiene en sus manos. El *barman*, mientras atiende a sus clientes con habilidad, es otro que cae bajo la seductora imagen de la mujer que me asombra que todavía se pueda mantener firme ante nuestras deliciosas citas.

Oculto su cabello corto negro bajo una peluca de cabellera larga rojiza. Su vestido negro ceñido al cuerpo y sus maxibotas hasta las rodillas la hacen parecer una vampiresa. Mi pene palpita desesperado con solo saber que saborearé cada parte de ese mortal cuerpo.

Me acerco de manera cautelosa hacia dónde está.

No me ve, no sabe que estoy minutos antes de la hora acordada.

Yo quiero más. Deseo tenerla al borde de desear que la penetre sin piedad, que me lo ruegue, pero para eso debo ser paciente.

Me vence la lujuria por ella y la sorprendo con un beso en un espacio de desnudez de su cuello. Se sobresalta y retrocede. Se gira hacia mí para mirarme con una expresión de confusión.

No, London.

Esta noche descubrirás que el placer también consiste en ser otras personas.

—¿Por qué vistes así? —En sus ojos puedo ver la confusión de verme así, y aparte de eso, también el que yo le escribiera para venir a este lugar y vestida como está.

Visto de policía, y lo inusual es que llevando este uniforme me dejen entrar en cualquier sitio sin pagar y sin problemas. Me inclino hacia ella agarrando su barbilla para darle un beso en sus labios rojos que harían pecar hasta al más inocente.

—Esta es la tercera lección. —Le agarro la mano para guiarla fuera del club nocturno, donde los que la observaban se intimidan al ver quién la tiene agarrada.

Ahora sus pensamientos deben estar reemplazados por:

Ella es una prostituta y yo su cliente.

Ella es una mujer fácil y yo el hombre casado que la vuelve su amante.

En una pequeña cantidad, ella es una mujer que cometió un delito y yo el policía que la apresa.

El último es un absurdo pensamiento, pero mentes son mentes.

—¿A dónde vamos? —dice con un tono de voz de querer la respuesta sí o sí.

Camino por la vereda mientras los transeúntes nos observan.

—A un callejón —respondo.

—Dime qué haremos ahí —demanda.

¿No es obvio?

Veo el callejón que está entre una tienda de ropa y una de dulces. Entro con London a la oscura entrada para ver los dos bunkers que están al final y hacen una especie de pared. La llevo

detrás de ellos, donde somos imperceptibles al ojo de algún curioso. Es el lugar idóneo para asesinar a alguien, solo la luna sería testigo del macabro hecho, pero ahora será testigo de una escena llena de placer.

Pego su cuerpo a la pared y la aprisiono con mis dos manos a sus lados.

—Estás hermosa —le susurro.

—Podría decir lo mismo de ti, pero no me apetece.

Agarro su barbilla de manera sorpresiva y la obligo a mirarme a los ojos.

—Estamos vestidos así porque aprenderás sobre el sexo *role-playing*.

—Juegos de rol —suelta sin apartar sus ojos de los míos.

Pego mi cuerpo al suyo y la otra mano que tengo libre la paso por debajo de su vestido llegando poco a poco a su entrepierna para sentir lo suave de su entrada.

Sin bragas, tal como le he exigido, porque yo hago lo mismo, no llevo el bóxer.

—Entonces, sabrás que ahora somos otras personas. Olvida quién eres y conviértete en la perra que quiero.

Los ojos de London buscan algo de cordura en los míos, pero sabe que es inútil.

—Me va a arrestar, señor —dice seductoramente.

Sonrío con malicia, porque lo ha entendido.

—Usted, ha infringido la ley. —Modulo mi voz de manera seria.

Dejo de tocar su cuerpo y doy dos pasos atrás.

—Date la vuelta, pega tu rostro a la pared y lleva tus brazos hacia atrás —ordeno.

Lo hace.

Saco de mi bolsillo trasero las pequeñas esposas que son precisas para sus delgadas muñecas.

—Queda arrestada. —Le coloco las esposas. Al asegurarlas, giro a London para tenerla frente a frente.

—¿Cuál será mi castigo? —habla como una chica inocente que no sabe lo que sucede, pero todo es parte de la actuación— ¿Me llevarás a la cárcel?

—No, señorita.

—¿Entonces?

—Haré que te corras sin piedad —puntualizo con una voz oscura y perversa.

La empujo contra la pared, anclo mis manos en su cintura y la levanto con ferocidad. Su instinto la hace aprisionar sus piernas en mis caderas.

—Quiero oír cada gemido tuyo. —Me pongo duro con tan solo imaginar escucharla.

Sostengo su cuerpo con una mano mientras pego mi cuerpo al de ella aprisionándola contra la pared para que no resbale. Ágilmente saco el preservativo de mi bolsillo y con la boca lo rasgo, desabotono mi pantalón y bajo el cierre, haciendo que este resbale y quede a la altura de mis rodillas. Mi hinchado pene está expuesto para colocarme el condón. Al estar listo, no dudo en deslizarme dentro de su húmeda abertura. Sus labios acarician mi miembro mientras se sumerge poco a poco.

Una vez dentro de ella me mantengo inmóvil, y los músculos de London palpitan. Vuelve su cabeza hacia un lado y cierra los ojos como esperando mis embestidas, pero no. Juego un poco con ella, moviéndome a manera que mi pene acaricia delicadamente cada fibra de su interior.

Suave y lento.

Aprisiono su cintura con mis dos manos.

—¿Cómo se siente? —susurro en su oído.

En vez de palabras, un gemido casi ahogado que London suelta es mi respuesta.

—Quiero escucharte decir: fóllame duro —le digo mientras beso su cuello.

—Fóllame duro —susurra. Esas palabras en su voz de niña buena son como un detonante a mi creciente excitación.

No dudo más e impulso mis caderas hacia arriba, una y otra vez, para que mi pene entre en su interior lo más profundo. El deleite de su dura estrechez me vicia mientras cada embestida se convierte en un impacto estremecedor.

—London —gimo su nombre al borde de mi perdición.

La escucho jadear una y otra vez. Siento sus músculos internos contraerse, y el agarre alrededor de la hinchada cabeza de mi miembro es apretado y firme. Sus pechos duros palpitan a través de la tela de su seductor vestido negro. La humedad en su interior aumenta.

Los músculos de mi cuello se tensan al sentir el arqueado de su espalda, tratando de correrse. Siento tensarme por completo y sé que es el momento de explotar. Agarro más fuerte su cuerpo para darle las últimas embestidas sin piedad, con una rápida velocidad de la cual no hay regreso.

Un último gemido de ella sella mi eyaculación, quedando los dos sin aliento.

En sincronización, suelta su agarre, mientras yo me deslizo fuera de ella. Baja su mirada a mi pene que está algo aguado por lo debilitado que me deja al hacerla mía. Saco el condón y lo tiro dentro de uno de los bunkers. Me subo el pantalón sin dejarla de mirar cómo se acomoda la ropa y el cabello.

—Date la vuelta —demando.

Obedece, y saco del bolsillo delantero de mi pantalón la llave de las esposas. La libero, y las tiro al suelo. Antes de que se marche aprovecho para sacar el cheque que debo entregarle con la cantidad acordada.

—Ten. —Se lo extiendo.

Y como siempre ella lo coge y se marcha.

Capítulo XXVI

FAMILIA

London

—London, despierta. —Escucho a Astrid mientras siento que me sacude con la mano.

Trato de abrir los ojos, pero el cansancio me puede hasta que la palabra clases se posa en mi mente.

—¡Oh, mierda! ¡Llego tarde! —Salto de la cama que me parece increíblemente cómoda—. Tengo que prepararme para ir a la universidad.

Astrid se levanta para colocarse frente a mí frunciendo el ceño, como si mi forma de actuar fuera irracional.

—¿Qué? —cuestiono mirándola de manera seria.

Alza una ceja mientras cruza sus brazos a la altura de su pecho. En sus ojos se enmarca un enrojecimiento y una pequeña hinchazón, como si hubiese estado llorando. Cuantas veces me he repetido que hablaré con ella de su problema, pero los trabajos extra que hago en la universidad por la falta de dinero y las salidas con Random me consumen.

No puedo creer que la persona por la cual estoy luchando esté frente a mí simulando ser fuerte, y a pesar de que no quiera mostrar su tristeza, aparentando ser la Astrid de antes de su tragedia, la estoy abandonando. No hemos pasado tiempo valioso juntas como esas noches de chicas, salidas locas o una simple conversación de chismes mientras caminamos viendo tiendas de ropa, de las cuales nos es imposible adquirir una prenda por su elevado costo.

—Es sábado —afirma.

¿Sábado?

Por un momento me pongo a pensar en lo que dice, y después caigo en la cuenta de que sí. Efectivamente es sábado, y ya estaba desesperándome porque pensaba que tenía clase.

Día libre.

Sonrío al pensarlo. Se me ocurre una forma efectiva de pasar tiempo con Astrid de manera relajante y, al mismo tiempo, sentir el ambiente de la transitada Manhattan, nuestro antiguo hogar. No me quejo de Greenwich, pero nada se compara a estar en Central Park. Un solo obstáculo, coger el metro. Aunque deteste tomarlo como todas las veces que me toca ir a clase.

—Tengamos un día de chicas —anuncio mi idea con una enorme sonrisa.

Al escuchar eso, en su rostro se empieza a dibujar la felicidad que hace que mi corazón dé saltos de emoción.

—¿Te apetece? —digo esperando la respuesta, que es obvia.

Salta hacia mí, abrazándome fuerte como es normal en ella.

—Dime —insisto—. Por cierto, me estás dejando sin aire.

Suelta su agarre.

—Sí, sí quiero.

Su chillido suena en mis oídos.

—Bien, porque yo tengo pensado ir a Manhattan —recalco.

Camina hacia la cama y se sube encima.

—¿No pensarás? —suelto, pero es demasiado tarde porque empieza a brincar en el colchón.

—¡Vamos a Manhattan! —grita—. ¡Vamos a joder!

Me río cada vez que se ríe, es simplemente tan contagiosa.

Como dicen: si no puedes con el enemigo, pues únete a él.

Me subo a la cama y, al igual que Astrid, empiezo a saltar en el colchón haciendo rechinar los muelles con cada salto. Me agarra las manos y las entrelaza con las suyas. Amo este momento, ser un par de chicas maduras que son niñas a la vez.

—No olvides nunca que eres como una hermana para mí —dice, y no puedo evitar la tela de emociones que provoca en mi interior saber eso.

—Tú también eres como una hermana para mí —replico.

Mis ojos se llenan de una estela de lágrimas crecientes. El escape de una por un rabillo de uno de mis ojos da comienzo para que se escapen más.

Estoy llorando y Astrid también, pero ella es más astuta y pasa su mano por su rostro para que no haya rastro alguno de la melancolía que deja nuestra declaración.

—Te pones fea cuando lloras —declara con la intención de que deje de hacerlo.

—Tú igual. —Me limpio el rostro con la camisa de pijama.

Astrid baja de la cama y me lleva con ella.

—Entonces, si tenemos un día de chicas... —empieza a decir mientras cruzamos la puerta de mi cuarto para salir a la sala—. Tenemos que desayunar, ducharnos y ponernos guapas.

Hacemos cada paso para estar listas, todo con apuro, porque no queremos que se nos haga tarde para regresar. Salimos del apartamento quedando frente al de Frank, lo cual me hace recordar lo poco agradecida que he sido por ayudarnos a encontrar un lugar para nuestra estancia y decido hacer algo especial para agradecerle su ayuda.

—Camina —ordena Astrid mientras se adelanta por el pasillo para bajar las escaleras.

Una espiral larga de tablonces que da con cada fila de bloques de apartamentos. El edificio es pequeño, solo de tres pisos, pero está tan desolado porque la mayoría de los inquilinos son estudiantes universitarios o solteros que pasan mucho tiempo fuera de su apartamento. Al menos, ese es el dato que nos ha proporcionado la arrendadora en una de sus conversaciones, que no son más que chismes diarios, y eso que solo llevamos dos días.

Durante nuestro recorrido por el metro no hago otra cosa que pensar en conseguir un trabajo de mediodía para ayudarnos con la comida, el alquiler, el pago de la mensualidad de la universidad y otras cosas necesarias.

¿Pero qué trabajo daría para tanto? Lo de Random es exclusivamente para pagar el millón de dólares que debe Astrid, y solo llevo trescientos mil dólares.

—Hemos llegado —anuncia Astrid.

—Bien, entonces a divertirnos —declaro.

Caminamos por todas las calles, mirando cada aparador de tiendas de ropas con increíbles diseños expuestos, pero con los precios elevados, como siempre. Estamos a finales de noviembre, así que falta poco para las «maravillosas ofertas» que nos dan la oportunidad de adquirir alguna prenda que antes no podíamos.

Paramos en una heladería, a una calle de Central Park. Miro los rascacielos mientras Astrid compra los helados. El clima es perfecto, otoño dulce otoño, y pronto será invierno, frío invierno.

—Ten. —Me ofrece mi helado de cono de vainilla.

Pruebo el delicioso sabor que se derrite en mi boca instantáneamente.

—Vamos, que quiero dar una enorme vuelta por el parque —expresa Astrid mientras camina

hacia el frente haciendo caer un pequeño pedazo de helado en su zapato de tacón.

Me preguntaba por qué decidió venir así, pero está claro que su glamour no se lo quita nadie.

—¡Ugh! —dice con repulsión.

Sacude el pie y sigue adelante.

Entramos al parque y las hojas naranjas, por el pronto lejano otoño, caen al suelo acercando el invierno que está tan cerca. La brisa fresca que revolotea las hojas por el lugar es una escena de tranquilidad. Personas mayores sentadas en los bancos y niños corriendo por el camino mientras unos cuantos deportistas hacen su rutina de cada mañana.

—Esto es vida —escucho a Astrid, con entusiasmo.

Acelera sus pasos con agilidad y se sitúa frente a mí para caminar de espaldas.

—Te vas a tropezar —le advierto.

Niega con su cabeza.

—No, porque tú me vas a decir que me gire antes de que tropiece con alguien. —Su voz suena confiada.

—No deberías confiar mucho en mí —suelto burlona.

Ella tiene razón, no la dejaría tropezar con alguien. Desvío mi concentración de ella para mirar al frente, por si alguna persona no se da cuenta de su camino y tropieza con su cuerpo. Aunque mis ojos no están preparados para lo que ven.

A unos cuantos pasos, Random alza una niña pequeña de piel morena y cabello rizado negro de unos cuantos años mientras una chica de piel morena y cabello rizado, realmente guapa por lo fino de su rostro y su estilizada figura que se ve a la distancia, está sentada en un banco, observándolos y riéndose junto a ellos. No puedo dejar de mirarlo, y es probable que mi cuerpo esté quieto sin dar ningún paso hacia delante.

¿Tiene esposa e hija?!

¿Estoy saliendo con un hombre casado?!

Me siento aturdida y avergonzada, porque no me imagino ser la amante de un hombre de familia.

¡Por Dios, London!

¿Qué esperabas? Él solo te tiene como una puta remunerada.

No sé nada de su vida, pero tampoco me interesa. Sin embargo, me lo imaginaba como un hombre soltero que es un mujeriego y que le gusta comprar mujeres por placer.

—¿London? —Escucho la voz de Astrid, pero la siento tan lejana—. ¿London?

Random le da una vuelta a la niña hasta que, por desgraciada, me ve. Sus ojos se cruzan con los míos y miro hacia la chica para ver si no se da cuenta de que él me observa. Baja a la pequeña y se la entrega a la joven mujer.

—¡London! —grita Astrid, sacudiéndome con las manos en mis hombros.

La miro, y no puedo decir nada por segundos.

—¿Qué has visto? —Me asombra que acierte.

Se da la vuelta y luego se vuelve hacia mí.

—¿Es por el tipo de esa vez? —Asiento— Entonces, mejor vámonos, porque él viene directo hacia aquí.

Esas palabras me despiertan de la hipnotización de verlo de esa manera.

—¡Oh, sí! —confirmo.

Me doy la vuelta y camino con paso acelerado fuera de la vista de él. Sin embargo, una mano que reconozco agarra la mía, obligándome a detenerme.

Es él.

Me observa expectante.

Pero ¿quién soy yo para pedirle alguna explicación? Yo no comparto mi vida con él ni él la suya conmigo. Aun así, siento mi corazón entumecerse por saber que soy parte de la destrucción de una familia.

—Lo siento, tengo que irme —le digo, no sé si dolida, confundida o quién sabe qué más.

Capítulo XXVII

OTRO PEDAZO DE INTIMIDAD

Random

Me confunde escucharla dolida.

—No es lo que piensas —suelto.

Mi presa está a punto de escaparse de mis manos si no le aclaro la situación.

—Bueno, creo que aquí sobro —interviene su amiga, alejándose de nosotros para irse a sentar en un banco a unos cuántos pasos.

—Suéltame —exige London moviendo su mano.

Deshago mi agarre enseguida, ni siquiera me había dado cuenta de que aún la sostenía. No entiendo su coraje o, tal vez, su impresión. Después de todo, ella solo es sexo. Debería no importarle si tengo una familia o no.

London cumple con mis tres reglas que toda mujer que he tenido sabe de mí: una noche, una cita y un solo polvo. Excepto que, en su caso, esa regla se repite en cada encuentro, no como las otras mujeres diferentes a ella, con las cuales no hay repeticiones, solo las desecho.

London debe recordar que le pago muy bien por eso.

—¿Cuál es el problema? —cuestiono.

—Ninguno —miente.

Su cara la delata por el tono escarlata que está adquiriendo mientras me mira.

Está enojada o, ¿está celosa?

Descarto lo último, porque no me ha mostrado el deseo de querer querirme, de desear más que sexo por dinero... Con ella no he tenido una excusa para que se vaya cuando todo acaba, porque es la primera en retirarse fríamente una vez que todo se consume. No la puedo descifrar, es como un total misterio para mí, y eso es lo que me hace cuestionarme si aprenderá la lección como yo quiero.

—Entonces, ¿por qué tu intento de esquivarme? —pregunto con una media sonrisa.

—Porque esto —apunta su dedo en mi pecho y luego a ella— es solo de noche y por sexo. No hay salidas a pasear o encuentros fortuitos, porque de la «cama» para fuera somos simples desconocidos.

Punto bajo.

—¿Crees que estoy casado? —La abordo con mi pregunta por sorpresa.

London da un vistazo por encima de mí, como si mirara hacia mi pequeña Amy y su mamá.

—Sí —dice finalmente, volviendo a mirarme.

—Si eso fuera cierto, ¿cambiaría algo? —No dejo de ver sus ojos azules.

Dime, London.

Parte de su respuesta me dará la pista para saber si está cayendo en mi red.

—No —confirma.

Algo me dice que miente, pero lo dejo pasar.

Se niega a aceptar que eso cambia en algo nuestro trato. No es de las mujeres que salen con

hombres casados por dinero, lo sé. Cuando la hice mía se debía imaginar que soy un hombre soltero y mujeriego, que la compra solo por placer o por una obsesión a su piel... En parte, *no se equivoca*.

—¿No me estarás mintiendo? —Frunzo el ceño.

Ella va a hablar, pero se detiene y su rostro palidece justo cuando siento que unos pequeños bracitos abrazan mi pierna.

Amy.

—Tío, ¿qué haces? —Lo que sale de la delicada voz de Amy es como un calmante para London, porque recupera el color rosa de su rostro.

—¿Tío? —suelta London.

Asiento.

Es normal que reaccione así, porque no se imaginaría que la mujer de piel oscura sea mi hermana.

¿Qué pasa con las personas de este siglo?

Dicen ser modernas, pero si ven diferencias de piel o etnias entre ambos sexos piensan que son pareja o amigos. Todo menos familia.

—Random, ¿qué ocurre? —Escucho a Emma, detrás de mí.

Me abro paso para presentarlas, pero el agarre de Amy me impide moverme rápido. Así que me muevo como pingüino y a ella le gusta. Su risa de niña me contagia y me hace reír.

—Lo siento —me excuso—. Emma. —La miro y luego a London—. Ella es London.

—London, ella es mi hermana.

—Un placer. —Emma extiende su mano en saludo a London. Y ella corresponde.

—¿Y a mí? —interviene Amy, captando la atención de todos.

Le sonrío.

—London, ella es Amy. —Amy se apura en extender su mano en saludo—. Mi más gran tesoro.

—No hables así de ella, Random —se queja Emma—. Se puede volver engreída.

Emma sonrío hacia London.

Veo en el rostro de mi presa que ahora sus mejillas empiezan a enrojecer. Debe sentir una especie de vergüenza o culpa de pensar de manera retrógrada.

—Lo siento, tengo que irme porque debo comprar algunas cosas —se excusa London, dando media vuelta y se llevándose consigo a su amiga.

La veo perderse en medio de la gente que viene a disfrutar del parque. Acabo de darle otro pedazo de mi intimidad sin pedírmelo, pero no pasará mucho para que lo haga.

Esta noche es momento para dar el primer paso.

Capítulo XXVIII

MENTIRAS

London

—¿Y qué ha sido todo eso? —me encara Astrid.

Mis ojos se amplían ante su sorprendente pregunta.

No me ha hablado desde que me he despedido de Random hace un rato, pero ahí está ahora, encarándome a unas calles de llegar a casa, en medio de las tiendas pequeñas que nos rodean, el sol que está por ocultarse y los niños que aún juegan en la vereda de sus casas, esperando a ser llamados para la cena.

Siento aún la vergüenza en el rostro por imaginarme primero a Random con un historial de hombre casado al verlo con la chica y la niña, sin saber que eran su hermana y su sobrina. Obviamente, ¿cómo iba a saber eso?

Random es una caja de sorpresas que debo mantener cerrada. No preguntar de su vida íntima, así de simple. Eso no me importa, no me incumbe y no me debe interesar.

Respiro profundamente antes de actuar como una estúpida.

—Tengo que confesarte que le di mi número sin pensarlo aquella vez. —Ahí estoy, mintiéndole tan estúpidamente—. No pensé que me escribiría, pero lo hizo. Y desde ese día, he estado evitándolo.

—Ajá, sí —Pone los ojos en blanco—. Tú te has visto con él antes para que te trate con esa familiaridad. No os he escuchado, pero he visto que te estaba presentando a una chica y a una pequeña.

¡Oh, Dios!

Caeré.

¿Qué le digo ahora?

Mi corazón empieza a latir a ritmo acelerado.

—Bien, me atrapaste. —No se me hace difícil simular que estoy atrapada—. Salí con él aquel día que me prestaste un vestido para el lanzamiento de un libro.

En parte, no miento, me prestó el vestido y salí con él. ¡Ah! Pero sí miento en la parte del lanzamiento de libro y, también, la que estoy por inventar si me sigue abordando con algún detalle más.

¿Cómo se le miente a tu mejor amiga?

Si existiera una ley contra eso, ahora estaría pagando la pena de muerte.

—Y no me dijiste nada. —Suena dolida.

Se gira y empieza a caminar sin detenerse.

—Solo fue una cita —me justifico falsamente.

Acélero mi paso para alcanzarla.

—Está casado —le comunico al alcanzarla y situarme frente a ella.

No es mentira hasta antes de saber la verdad.

—Por eso en el parque querías irte. —Asiento. Bueno hasta ahí, eso es cierto—. ¡¿Y el

hombre tuvo las pelotas de presentarte a su esposa?!

Asiento.

La conciencia no me deja tranquila.

Bien, dicen que la hija de un pastor resulta ser la más pecadora cuando cae. Al menos, en mí se está volviendo cierta esa teoría.

—Dejé que lo hiciera y me retiré tranquilamente para que su esposa no se diera cuenta. — Hago mi mejor actuación de estar herida.

Astrid apoya sus manos en mis hombros.

—¿Quieres alcoholizarte? —Asiento para seguirle la corriente.

¿Hasta dónde llegaré?

—Bueno, como no tenemos dinero para ir algún club nocturno —empieza a decir—. Pues, compraré un trago en una tienda.

—Sabes, mejor no. —Trato de tirar para atrás mi «ingeniosa» decisión.

—¡No! —exclama— Te adelantas al apartamento que ya voy con los tragos.

¿En qué me he metido?

No discuto con Astrid porque sería una pérdida de tiempo. La dejo atrás, encaminándome a casa. Mientras camino por la escasa transitada avenida, me pregunto cómo le diré a mi amiga la verdad, porque tendré que decírsela una vez que junte el dinero en su totalidad.

¿Y si le dijera que he ganado la lotería de la noche a la mañana?

¡Hey! Espera, esa sería una buena idea.

Al llegar al edificio me recibe la señora del alquiler. Oculta su gruesa compostura con vestidos holgados que le llegan hasta la rodilla. Las arrugas en sus ojos, en el borde de sus labios y en su cuello delatan su vejez, aunque se tiña el cabello de rubio.

—Niña, el chico de su piso. —Hace una pausa—. El piloto. Ha estado llamando a su puerta y creo que tiene un detalle para alguna de ustedes dos.

¿Un detalle?

Me entra la curiosidad y no espero ni un segundo para subir al apartamento.

—¡Gracias! —grito para la señora mientras subo las escaleras.

Llego al piso y veo al final del pasillo a Frank frente a la puerta del apartamento, con un ramo de rosas rojas. Viste su uniforme de piloto, y a un lado está su maleta de viaje. Ha esperado para entrar a su apartamento y dejar sus cosas, porque al parecer ha preferido estar primero en el mío.

Tranquila, London.

Sé dulce esta vez, después de todo, se lo merece.

—¿Frank? —Me acerco con cautela.

Él se gira a verme y le sonrío cálidamente.

—Esto es para ti. —Me extiende el ramo que recibo con agrado.

El hermoso aroma envuelve mis sentidos en una fragancia exquisita.

—Gracias por esto. —Bajo mi mirada al ramo y luego llevo mi atención a él.

—Yo... —empieza a titubear—. Esto... Quería invitarte a salir esta noche.

¿Esta noche?

¡No! No quiero que sea como Random.

¿Te estás traumando?

Frank interrumpe mis pensamientos agitando su mano de arriba hacia abajo frente a mí.

—¡Hey! Tierra a Rachel. —Se burla él. Sacudo la cabeza y lo miro.

No puedo seguir más con esta situación, debo decirle mi nombre verdadero. Aunque ahora

sigue siendo divertido, aun así, decido decírselo en nuestra futura cita.

—Sí, pero que sea en el día —le informo—. En la noche no, porque me voy a dormir temprano.

—Perfecto. —Su mirada se ilumina—. Entonces, ¿qué te parece mañana a mediodía?

Escucho detrás de mí que alguien se acerca rápidamente.

Astrid.

Su agarre por detrás, apretando mi cintura con un fuerte abrazo, confirma su presencia. Sobre todo, la bolsa que veo, que claramente resalta las tres botellas dentro, que no distingo si son de vodka o whisky. Frank se da cuenta y disimula mirando hacia otro lado.

—Hola, Frank —saluda Astrid, acercando tanto su cabeza a mi hombro que su alocada voz resuena en mi oído.

La noto más eufórica, diría que hasta alegre. Un olor a alcohol en su aliento me dice que se ha adelantado en beber y que esta etapa de chica contenta es producto de la bebida alcohólica.

—Hola, Astrid —replica él.

La mano de Astrid se pasa a mi ramo y, de manera sorprendente, se desprende de mí. Se da cuenta del detalle que sostengo.

Me rodea para ponerse a mi lado.

—¡Qué hermoso! —exclama Astrid, rozando con su mano las rosas.

Me lanza una mirada en complicidad, pero niego con la cabeza fugazmente. Ella debe pensar que Frank es el galán perfecto para mí, y no lo niego, pero...

—Bueno, ¿y qué dices, Rachel? —pregunta Frank refiriéndose a la cita.

A medida que mi cerebro puede procesar las palabras y encuentra la capacidad de hablar otra vez, yo asiento con la cabeza.

Él sonríe ante mi eminente respuesta.

—Sí —le confirmo.

—Bien, bien... —interviene Astrid—. Entremos al apartamento, que tenemos una misión por cumplir.

¿Entremos?

Bueno, debe referirse a las dos, porque hoy es día de chicas.

—Me despido. —Frank me da un beso en la mejilla y se vuelve a Astrid quien ahora abre la puerta de nuestro hogar—. Adiós.

—¿Y no vas a entrar con nosotras? —pregunta ella, sin darse la vuelta.

¡Te mato, Astrid!

Toso con el fin de que sepa de mi disgusto. Estoy tratando de procesar lo que está sucediendo. Espero que sea una broma, porque la dejaría plantada con su genial idea y me iría a cualquier lado.

—Es broma. —Se burla—. Adiós, Frank.

¡Oh, gracias a Dios!

Él se retira y yo empujo a Astrid dentro del apartamento una vez que me doy cuenta de que la puerta está abierta. Sin embargo, es tan hábil que sale corriendo directa a la sala, dejándome parada en la entrada. Cierro la puerta y respiro profundo, porque no vale que me queje de algo insignificante. Me dirijo directamente hacia ella para juntarme a su lado. Opta por sentarse en el suelo y saca las botellas de whisky, una claramente está por la mitad. Lo que me temía. Dejo a un lado el ramo de rosas y me siento a su lado.

—Estoy muy cansada —me quejo de lo pesado que siento el cuerpo.

Meto las manos por debajo de la blusa, llevándolas hacia atrás para quitarme el *brasier*, que

siento que me aplasta los senos. Me libero de la prenda, y es una sensación totalmente satisfactoria. Nada como llegar a casa y liberarte del *brasier*, es la parte más increíble del día. Astrid saca el seguro de las dos botellas de whisky que faltan por abrir.

—Toma, una para ti. —Me la coloca cerca de donde estoy—. Y otra para mí.

Miro mi reloj de mano. Son las 17:00 p.m.

—Terminaremos en la mierda —advierdo.

Empieza a reír a carcajadas. En su efusividad, me lanza un manotazo a mi espalda.

—¡*Auch!* —me quejo.

Astrid aprovecha mi descuido para beber un enorme trago de whisky.

—Ya sé, juguemos a... —Me mira con picardía—. Yo nunca.

Yo nunca.

Cada jugador dice la frase «Yo nunca...», seguida por algo que no haya hecho nunca. Los jugadores que sí han hecho alguna vez lo que dice la frase, beben. Si ninguno de los jugadores ha hecho nunca lo que dice la frase, bebe solo el que la ha dicho. Hay una regla más, si alguno de los jugadores sabe que el que ha dicho la frase «yo nunca...» en realidad sí que ha hecho lo que dice la frase, sólo bebe el que la ha dicho.

¿Por qué pienso que Astrid no se ha tragado el cuento de Random?

—Está bien, juguemos. —Sonrío, pero en el fondo sé que esta es otra ocasión para aumentar más mi lista de mentiras.

Astrid analiza mi mirada.

—Yo nunca he hecho un trío. —Ahora soy yo quien la mira fijamente de pies a cabeza con el fin de analizarla.

Niego con mi cabeza.

Yo no lo he hecho, y no sé si me atrevería a hacerlo.

Astrid bebe otro trago de whisky, porque, si ninguna de las dos lo ha hecho, debe beber. En el instante que termina llevarse el líquido a la boca, empieza a querer regurgitar lo bebido. Se levanta y sale corriendo hacia el baño.

—¡Astrid! —le grito mientras corro a socorrerla.

Al llegar a mitad de camino, la veo vomitar en el inodoro. Ahí está, después de esa fase vienen sus ganas de dormir, porque se siente extrañamente cansada. Esa es la razón, porque la cual evito beber más de dos copas. Y ella, se ha tomado casi una botella entera.

Le sostengo el cabello para que no se le ensucie de vomito.

—Tus senos son deformes —dice con dificultad.

Pero ¿qué tienen que ver mis senos aquí?

Definitivamente, está ebria.

Igual me entra la duda de lo que acaba de decir, así que con una mano reviso mis senos. Los siento bien, no son dos grandes melones, pero tampoco dos limones. Yo diría que son naranjas.

¿En serio estás pensando en frutas en este momento?

Ahora la que parece ebria eres tú, y sin beber.

—No hables, solo deja que todo salga —ordeno.

Ella limpia su boca y retrocede para mirarme. Al notarla más calmada, suelto su cabello. Sus ojos se ven tan desorbitados que me anuncian su seguro pasaporte a la cama.

—London, siéntate a mi lado. —Obedezco—. Quiero decirte que no olvides que eres como mi hermana. —Arrastra las palabras con dificultad—. Solo me quedas tú en esta vida. Ya nadie querrá enamorarse de mí.

Me duele escucharla hablar así.

Decido que es momento de que se dé un baño, y es mejor que termine en la cama que al lado del inodoro desahogando sus penas. La tomo con las manos, levantándola y apoyando su cuerpo en el mío para meterla a la ducha. Pesa, pero trato de que al menos el agua recorra su cara y moje su cuerpo para que cuando despierte se pueda asear como es debido.

—Quítate la ropa, Astrid. —Empieza reírse—. Te voy a traer una toalla para que te seques.

Salgo del baño rápido y entro en su cuarto para coger su toalla. Al regresar, la cubro y la llevo para su cama. Cojo una camisa larga para ponerle. Mientras lo hago, sus ojos se van apagando hasta que finalmente se queda dormida. La tapo con la sábana para que la abrigue y salgo de su espacio personal viendo cómo mi mejor amiga se ha convertido en una frágil persona.

Recojo todas las botellas y las vacío en el fregadero para después tirarlas a la basura. Pero, mi móvil suena. No, no tengo que adivinar quién es. Es él, lo sé sin ver la pantalla. Y algo con lo que no cuenta es con que no quiero verlo hoy.

Acepto la llamada, pero espero a que él hable.

—Esta noche —dice con su típica voz seductora.

—No, hoy no —puntualizo.

—Entonces, no querrás que te dé los cuatrocientos mil dólares que tenía pensado darte. —Su voz se vuelve susurrante y oscura.

¡Cuatrocientos mil dólares!

Con ese dinero llegaría a setecientos mil y podría romper con todo lo que me une a Random, porque Astrid debe tener el resto de dinero para completar el millón.

Empiezo a emocionarme, hasta que me fijo que cuatrocientos mil dólares no pueden ser tan fáciles,. No me los dará nada más que por una noche de sexo.

Debe haber una trampa en todo eso.

—Sé que por una noche no me darías esa cantidad —recalco—. Dime, ¿Cuál es la trampa?

Escucho al otro lado de la línea que se le escapa una risa.

—Eres inteligente, no esperaba menos de ti —empieza a decir—. Te quiero esta noche y todo el día de mañana.

—¿Todo un día? —suelto desconcertada.

—¿Hay algún problema?

Sí, lo hay... quiero decir, pero me abstengo de hacerlo.

Le fallaría a Frank con la cita, dejaría sola a mi amiga, que al despertar no me encontraría, y menos sabría de mí al día siguiente. Sin embargo, son cuatrocientos mil dólares. Está claro que me tocará confesarle la verdad a Astrid cuando vuelva a casa.

—Lo haré.

—Entonces, como siempre te enviaré un mensaje con las instrucciones. —Cuelga.

Termino de arreglarlo todo, dejo el ramo en un florero y le escribo una nota a Astrid de que mañana hablamos cuando llegue.

Capítulo XXIX

SOLITARIA

London

Aquí estoy, parada frente a un enorme, elegante y moderno rascacielos, esperando a que aparezca Random al abrirse las majestuosas puertas de cristal de entrada.

—Imposible —murmuro entre dientes cuando lo veo salir del edificio agarrando la mano de la pequeña que he tenido el placer de conocer esta mañana.

Está guapísimo con su ropa informal. Camisa blanca, *jean* y tenis.

Espera un momento, London.

¿La cita es en su hogar?

Acomodo los tirantes de la mochila, en la cual llevo todo lo necesario para mi aseo y vestimenta para el día... No caería en eso de utilizar cosas ajenas o ponerme la ropa de «mi chico» porque no tengo nada de vestir. No lo niego, sí lo haré con el hombre que me robe el corazón sin tener que pasar por la cama primero.

Y ahora, está él aquí ,citándome en su hogar, y eso es darme algo de su intimidad sin habérsela pedido. No lo acepto, pero solo es cuestión de veinticuatro horas para terminar con todo lo que me ata a su lado.

Resiste un poco más, London.

—¡Hola! —grita la niña, corriendo hacia mí.

Soy incapaz de reprimir la sonrisa que se dibuja en mi cara. Solo espero que Random no lo malentienda. Mi emoción es por ver a la pequeña sonreír con entusiasmo al acercarse. Me gustan los niños, pero ajenos. Definitivamente, en mí no hay planes de tener uno. Ni hoy, ni en el futuro. La realidad es que no sería una buena madre. Y, en parte, porque amo la soledad en cierto grado.

—Hola, pequeña. —Me acuclillo para saludarla.

Sus hermosos rizos se notan algo húmedos, tal vez, por un reciente baño debido a su olor de frutas que su piel emana.

—Hola, London —interviene Random. Su voz suena tranquila y, hasta cierto punto, amistosa. Lo cual no me gusta, porque estoy aquí por mi trabajo y no para entablar una ferviente relación de amistad.

Me levanto para saludarlo.

—Hola, Random —digo con sequedad, porque debo dejar clara mi posición ante esta cita.

Sin embargo, él me sorprende al cambiar su expresión amigable a una seria y renuente.

—Bien, vamos —se limita a decir, dándome la espalda y cogiendo la mano de la niña para entrar en el edificio.

Los sigo a una distancia prudente.

Un señor en la entrada se me queda observando unos segundos, pero me sonríe con amabilidad. Le respondo por igual. Ojeo el vestíbulo un poco. El aire es fresco y limpio. Cuando los veo entrar en el ascensor adelanto mis pasos para no quedarme atrás. El lugar es impresionante, cada espacio del edificio está arreglado con el fin de que se vea modernista y

vanguardista a la vez.

—¿Qué esperas para entrar al ascensor? —Las palabras de Random me sobresaltan. Salgo de mi burbuja de expectación y entro, ubicándome en una esquina lejos de él.

Mencionó que no es millonario, pero vivir en un lugar como este resulta algo costoso. Mi conclusión llega a que en su trabajo, el cual desconozco, gana lo suficientemente bien, o que tiene más dinero de lo que dice tener.

Eso no es tu asunto, London.

Las puertas se abren. Caminamos por un pequeño pasillo donde hay cuatro puertas, cada una lejana de la otra, que tienen enmarcado un número en la parte superior. Sin embargo, Random se detiene en una puerta que está al final del pasillo y que no tiene número y es de un decorado especial. Es blanca y tiene una caja a su lado, en la cual él pasa una tarjeta.

Dentro la vivienda no es tan amplia como esperaba, pero las ventanas grandes de cristal que tiene alrededor son alucinantes. Me recibe la sala, un pasillo en una esquina, donde hay puertas que determino son las habitaciones. Y la cocina a un costado del recibidor, con un pequeño comedor, en el cual, se encuentra su hermana sentada, observándome de pies a cabeza.

—Vamos a dormir, Amy —dice la chica de manera dulce y encantadora.

La pequeña corre hacia ella. Random va directo al sofá, donde se sienta a coger un mando a distancia que se encuentra en la mesa auxiliar. No me mira, solo se limita a observar la pared, en la cual me imagino debe estar la televisión.

—Buenas noches. —La saludo desde lejos.

La chica asiente. Le habla en voz baja a la pequeña, dejo a un lado mi acoso visual al lugar y a ella para irme a sentar a lado de Random.

¿Espera que hagamos algo con su hermana y su sobrina en el apartamento?

Aparto el pensamiento de mi cabeza.

Titubeo un poco al acercarme a su lado, pero, sin más, me siento.

—¿Y por qué estoy aquí? —pregunto sin rodeos.

No me mira, sus ojos siguen dirigidos a los canales que constantemente cambia.

—Porque quiero. —Su actitud egocentrista me hace querer golpearlo, pero me reprimo.

Cruzo los brazos a la altura de mi pecho. La mochila estorba un poco al apoyar mi espalda al sofá, pero rehúso quitármela. Si comete un error, no dudaré en salir de aquí, para eso debo tenerlo todo cerca.

—Buenas noches —comenta su hermana, pasando cerca de nosotros para adentrarse en el pasillo. Supongo que se irá a dormir, porque se acerca la medianoche.

Miro mi reloj para cerciorarme, y efectivamente es muy tarde.

—Hasta mañana —replica Random.

—Hasta mañana. —Hago lo mismo, pero, a diferencia de él, miro en dirección de ella y la pequeña con una sonrisa.

De pronto, me siento observada. Giro para verlo y me encuentro con sus ojos azules examinándome. En el silencio que abraza a los dos, noto su fragancia a hierbas que envuelve mis sentidos de una manera fresca. Me doy cuenta de que esos detalles no los noto con él cada vez que nos vemos, porque mis pensamientos de terminar rápido en el momento que me hace suya nublan cualquier sentido.

—¿Puedes olvidar por un momento a qué vienes? —Su comentario me toma por sorpresa.

Parpadeo varias veces tratando de entender a qué se refiere con eso. Solo estoy aquí por un trabajo que debo cumplir y él debe pagarme.

—Necesito que terminemos rápido con esto. —Contraataco.

Sus ojos se apartan de mi mirada.

—Tranquila que dentro de minutos estarás completamente desnuda para mí. —Sonríe de lado, estoicamente, como si estuviera ganando.

No te tenses, London.

De manera desafiante, digo:

—Estoy preparada. —Trato de reflejar algo de sensatez en mis palabras.

—Mientes —suelta.

Antes de que me dé cuenta de lo que sucede, su cuerpo lo tengo prácticamente encima del mío. Sus manos viajan por debajo de mi blusa haciendo que mi piel se erice. Se detiene antes de llegar a mi *brasier* y únicamente mantenemos el contacto visual. Nos miramos sin apartar ambos las miradas.

Mira a otro lado, London.

¡Hazlo!

Lo empujo, haciéndolo caer al suelo, y logro sentarme de un salto. Se me escapa una risa nerviosa, que se vuelve una carcajada al ver su cara confundida. Me llevo la palma de la mano a los labios para contenerme.

—¿Crees que soy un payaso? —Arquea una ceja.

Intenta levantarse, pero me muevo fuera del sofá con el fin de apartarme de su lado. Mis ojos vagan a los ventanales que reflejan las calles de la ciudad y las luces de los edificios, en los cuales aún hay actividad. Las personas se ven como hormigas.

—¡Mierda! —se queja. Me giro para mirarlo y mueve su cuerpo en una sesión de movimientos de estiramiento.

Le doy la espalda, pero mis oídos escuchan sus pisadas cortas acercándose hacia mí.

—¿Por qué no terminamos con esto rápido? —le cuestiono.

—Porque no me dejas hacerlo —responde.

Su presencia está tan cerca de mí que su juego de apartar mi corto cabello de mi cuello hace temblar cada parte de mi ser. Está siendo seductor, simplemente, está siendo el Random que conozco: seductor, arrogante, calculador y sin sentimientos. Es mejor así, no debo dejar que me robe una pizca de mi alma sin dársela.

—Deja aquí la mochila que no la vas a necesitar —susurra cerca de mi cuello mientras me desprende de mi mochila.

Esta cae al suelo.

Este es el momento que he estado esperando desde que vine. Él me enseñará otra forma de tener sexo, me dejaré llevarme por su tacto y, al final, terminará pagándome.

—Tendremos sexo acuático —empieza a decir—. No es necesario que te lo explique, porque es más que obvio cómo será.

Giro para quedar frente a frente.

Sí, lo sé.

Sexo en el cual el principal elemento es el agua. Mi pregunta es dónde querrá que lo hagamos. La ducha, una tina de baño o quién sabe lo que se le ocurra.

—Tengo algo para ti. —Interpone entre los dos algo que su mano sostiene, y que realmente no esperaba.

Un collar, al parecer de oro, que tiene un colgante pequeño en forma de corazón.

¡Oh, no!

¿Qué pretende?

Sin esperar mi respuesta, o algo que indique mi sorpresa, me coloca el collar alrededor de

mi cuello, asegurándolo.

—No quiero que te lo quites. —No suena una orden, es más bien un ruego.

—¿Por qué lo haces? —Busco respuestas en su mirada.

Ese obsequio empieza a confundirme. No debo aceptarlo. Es que, ¿un corazón? Algo así solo se da a los amigos, familiares o parejas, pero a una simple extraña, con solo sexo en común, no.

—Porque no has pedido nada de mí más que solo el trato que tenemos.

¿Cómo respondo a eso?

Trato de quitarme el collar, pero sus manos me detienen.

—No lo hagas. —Estoy viendo a otro hombre frente a mí—. Hazlo cuando lo nuestro termine, mientras no.

Me resigno.

No me desprendo de su obsequio, pero el silencio que nos rodea y las pautas que nuestras miradas nos dan, me confunden. Me atrapa de alguna manera y temo que esto se vuelve algo extraño y diferente.

No puedes sentir nada por él.

Simplemente no puedes.

—¿Sabes que tu obsequio es confuso? —No es necesario decir más, porque sabe a qué me refiero.

Sin aviso, se pega más a mí y rodea mi cintura con sus manos. Su mirada no se aparta de la mía, es la primera vez que siento que esto es personal, algo como entre él y yo, sin que intervenga el objetivo que me hace estar a su lado en estos momentos.

—Es un recuerdo que olvidarás. —Ágilmente me da media vuelta y me guía a una escalera que no se ve a primera vista cuando uno entra en el apartamento, porque la pared y la esquina en la que se encuentra, son imperceptibles.

¿Tiene un segundo piso el apartamento?

Subimos la escalera entre el sello de dos paredes que la componen y forman su camino. Una vuelta y estamos ante una puerta de cristal que claramente deja a la vista lo que hay en el interior.

Una piscina pequeña.

Tras un pitido, la puerta se abre y sigo a Random al interior del recinto. Me quedo admirando lo que deberían ser dos bloques de paredes, de frente y a la izquierda, pero que en realidad son grandes ventanales de cristal que dejan expuesto el lugar a las personas que ocupan los otros edificios.

No soy buena nadando.

¿Eso te preocupa, London?

Debería preocuparte si te desnudas y alguien más ve que lo haces desde algún sitio de los otros edificios adyacentes.

La salpicadura de agua que cae a mis pies me hace salir de mis pensamientos para ver a Random dentro de la piscina, sumergido con toda su ropa puesta.

—¡Tírate! —vocifera.

¿Quiere que me tire con ropa y todo?

Empieza a desprenderse de su ropa, dejándola en el borde de la piscina. Verlo hacer eso me calma. Debo desnudarme para tirarme. Me acerco un poco al borde de la piscina para ver su profundidad, pero no soy muy buena en determinar lo profunda que es. Así que expongo mi miedo de ahogarme a Random.

—No sé nadar —suelto preocupada.

Empieza a reír, pero su cuerpo completamente desnudo hace que pierda mi concentración y

hasta mi miedo. Nada hasta donde estoy y apoya sus brazos cruzándolos en el borde.

—Ven que no es tan profunda —me asegura con una mirada de picardía.

Su sonrisa discreta me dice que no confíe en él, pero si termino ahogada lo acusarían de asesinato.

A veces, no sé de dónde sale tantas ideas en mi mente.

—Desnuda, por cierto —aclara, antes de que me atreva a dar un paso adelante.

Me desprendo totalmente de todas mis prendas de vestir, lo hago sin que Random aparte su mirada de mis movimientos. Totalmente desnuda, expuesta a él. Las anteriores veces siempre llevaba alguna prenda y me hacía sentir que estaba de algún modo como protegida.

—Ven. —Me extiende su mano.

Y al darle la mía, me agarra por la muñeca y, como si fuera una broma de adolescentes, me empuja hacia dentro de la piscina. Sin visión de saber lo que pasa, mis pies tocan suelo y me estiro hacia la superficie. A la vez que siento las manos de Random que me ayudan a estabilizarme.

—Lo siento. —Lo escucho decir mientras mi visión se aclara.

Cuando me recupero, no dudo en darle una bofetada que lo toma por sorpresa.

—¿Y eso por qué? —cuestiona.

Casi me ahogas, estúpido.

—Porque quiero. —Sonríó hipócritamente al decirlo.

No pelea en palabras, sino con acción. Me acorrala, empujándome con su cuerpo hacia atrás hasta que topo con el borde de la piscina. Su mirada salvaje se sella con una sonrisa que me intimida. Trato de mantener equilibrio, lo que se hace muy difícil por mantenerme en puntillas tocando el suelo.

—No te lo has quitado. —Su voz es ronca y profunda.

Toma el colgante en sus manos.

—No lo hice porque como tú dijiste, al final éste es un recuerdo que olvidaré. —Mis palabras matan su expresión, porque se vuelve seria.

—¿Te has enamorado alguna vez de alguien? —dice, invadiendo algo que es personal para mí.

Sí, Random.

Sí me enamoré de alguien, pero solo fue uno de esos amores que pasan por tu vida y son difíciles de obtener por no ser valiente y no tener confianza.

—Sí —confirmo con sinceridad.

Como si eso fuera algo tóxico para él, crea una barrera invisible entre los dos que termina con cualquier momento íntimo.

—Esta noche no va a pasar nada. —Se separa de mí para verlo alejarse y salir de la piscina, incluso del lugar.

Me deja en medio de la noche solitaria que no resulta perfecta para mí. Mi corazón late de una manera extraña, y es que sé que es el amor. Lo sé, no puedo equivocarme. Y eso no es lo que siento por Random. Claro que no hay ninguna pizca de aquello entre los dos.

Me quedo admirando la luna que se asoma por un extremo del paisaje que ocupan los rascacielos. De improviso la canción *Human*, de Christina Perri, empieza a sonar en mi cabeza. Y no veo que tenga cabida ante lo que estoy experimentando. Sin embargo, resuena una y otra vez en mi mente, insistentemente.

Capítulo XXX

FRAGMENTOS DE SU PASADO

London

—¡Hey! Despierta. —Escucho la voz de la pequeña.

Estiro los brazos por encima de mi cabeza y bostezo. Me doy cuenta de que estoy acostada en el sofá de la sala. Y justo ahí, recuerdo por qué estoy aquí, porque no deseaba estar cerca de Random. Los ojos miel de la pequeña me observan con entusiasmo. Me logro sentar y me percató de que una sábana cubre la parte inferior de mi cuerpo. La aparto y me levanto, estirándome un poco más.

—¡Por fin despertaste! —Veo a la hermana de Random sentada en el comedor, sonriendo con unos platos de panqueques y vasos de zumo de naranja sobre la mesa.

Aparte de estar en un lugar ajeno, te levantas tarde.

—Buenos días —digo con una sonrisa.

Debe pensar que soy una aprovechada.

Yo lo pensaría.

Miro a la niña y le guiño un ojo. Tomo fuerzas para preguntar por Random, porque no me va a tener en este lugar sin hacer nada y va a gastar mi tiempo sin pagarme.

—¿Dónde está Random? —le pregunto a su hermana mientras me acomodo mi arrugada ropa.

La blusa está fatal y el *jean* me fastidia. Mis pies desnudos tocan lo frío suelo y me estremezco, lo cual da como resultado una piel de gallina.

—Ha salido —comenta.

—¿Eres la novia de mi tío? —pregunta la pequeña mientras sale de mi vista.

No, definitivamente no.

Sin embargo, no sé qué decir, porque no sé qué habrá contado Random de mí. Decido no responder, es lo mejor.

—London, mi hermano dijo que vayas a su cuarto para que cojas lo necesario para tu aseo y cambio —me comunica.

Decido no mirarla, porque siento vergüenza. Es mujer, y sabe que un hombre no se comporta así a menos que le esté dando algo a cambio. Obviamente, no mi amistad, sino mi cuerpo.

—¿Dónde es su cuarto? —pregunto con cuidado.

—Amy te lleva —indica.

La pequeña aparece con una velocidad de relámpago frente a mí.

—Vamos. —Estira su pequeña mano.

Cojo mi mochila, que está a un costado del sofá, y la dejo guiarme. Antes de entrar al pasillo de los cuartos le doy una mirada a la chica.

—Gracias —agradezco sonriéndole.

Mientras soy guiada por el pasillo, llegamos a la última puerta, que la pequeña abre. Su interior es de decorado monocromático, propio de un gusto de un hombre moderno y elegante. Negro, gris y blanco son los colores claves del sitio. La cama tiene una sobrecama negra que

conjunta con almohadas del mismo tono. Cerca de la cabecera, se encuentra un cuadro grande de pintura que mezcla los tres colores en divertidas explosiones.

Las paredes blancas mantienen el equilibrio de los marcos negros de los ventanales, que se encuentran frente a mí. Noto que el exhibicionismo es parte de él, porque las transparencias de los cristales exponen su intimidad.

Tan reservado no es.

Al meno, en este aspecto.

—Gracias —hago una pausa— Amy.

Me siento en el borde de la cama y ella hace lo mismo, pero con dificultad.

—¿Quieres a mi tío? —Me sobresalto por su curiosidad. Ahora hay otra pregunta que tampoco puedo responder.

Sé la respuesta, pero no estoy en condiciones de decirla.

—¡Amy! —Nos interrumpe oportunamente su madre.

La pequeña sale corriendo del cuarto. Aprovecho eso para cerrar la puerta. Y coloco mi mochila sobre la cama para coger lo necesario para mi aseo: mi champú, mi mini jabón, mi toalla y mi vestimenta.

Me desvisto para irme a duchar. No es la primera vez que me ducho en hogares ajenos, pero sí en la de un hombre extraño. Encuentro la puerta del baño y veo el cubículo de cristal para ducharse. Me interno dentro, llevando conmigo lo necesario y dejando fuera el resto. Sonríó al ver que tiene el indicador para ducha caliente.

Mientras la tibia agua roza mi piel, recuerdo que hoy tendría la cita con Frank, que no se va a dar. Me ducho y enjabono cada parte de mi cuerpo.

Cierro los ojos y dejo que me abrace el agua como consuelo. No me percató del tiempo, pero unos brazos familiares, que desprevenidamente abrazan mi cintura detrás de mí, me estremecen. Sé que es él, pero dejo que dé el primer paso, después de todo, siempre lo da.

—Te vas a arrugar como una pasa. —Apoya su cabeza en mi hombro. Suena dulce, y eso es confuso, como su regalo y todo lo que está pasando desde su cita en este lugar.

Me gira, dejándome frente a él. Está vigorosamente desnudo. Un pensamiento prohibido que se activa en mi cabeza me hace bajar la guardia.

Estoy deseando ser suya.

Ya he estado entre sus brazos, he sido de él de maneras locas, pero esto es diferente. Y no sé por qué.

—Quiero salir de aquí —digo mirando a sus ojos.

—Ayer dejamos algo inconcluso. —Sonríe, mostrando su perfecta sonrisa.

Quita ese pensamiento de verlo perfecto.

Me peleo entre mis sentimientos y mi deber. Pero dejo de hacerlo cuando su boca invade la mía y en cada movimiento me llena de un frenesí explosivo y adictivo. Sin embargo, poco a poco, el beso pierde fuerza y se vuelve tierno. Me asombro a mí misma al envolver mis brazos alrededor de su cintura, bloqueando mis manos en su espalda.

Es tan relajante estar así con él que no quiero que esta sensación se vaya.

¿Qué estás haciendo?

—¡No! —grito empujándolo.

Se golpea contra el cristal. Mi conciencia se llena de culpabilidad. Lo miro a los ojos azules y mi corazón se derrite en mi pecho. Mi mente me dice que no deje que esto se vuelva algo tierno, pero mi corazón es incapaz de contenerse.

—¿He hecho algo mal? —Recupera equilibrio.

No respondo.

Me abstengo a hacerlo.

Repentinamente, su agilidad para agarrar mi mano y sacarme de la ducha me deja en blanco por segundos.

—¿Qué quieres hacer conmigo? —demando.

Atravesamos la puerta y me lleva a la cama sin responderme. Caigo acostada en esta. No me siento asustada, pero su imaginación sexual es algo nuevo para mí. Y no sé cuál será su siguiente paso.

—Dime —exijo.

Random se abalanza sobre mí, aprisionándome antes de que pueda salir de la cama. Veo en su mirada deseo, pasión y oscuridad. Acerca su rostro al mío, haciéndome temblar por lo impredecible del momento. En todos he estado preparada mentalmente. Ahora estoy sin saber qué me espera.

—Estás temblorosa —susurra.

Él toma con sus manos mi rostro y termina besándome en la frente para alejarse de mí. Y consigue darme la espalda para empezar a vestirse.

¿A qué está jugando?

No dejaré que revuelva mis pensamientos, así que exijo lo que me motiva a estar aquí.

—Estoy aquí por un dinero que se supone debes darme. —No dice nada ni tampoco me mira—. Pero ni siquiera te has atrevido a poseerme.

Si no hubiera dinero de por medio parecería que le estuviera rogando una sesión de sexo. Solo lo observo vestirse con un pantalón de tela y una camisa larga. Diría que eso con él no va, pero me da igual.

Espero unos minutos a que se digne a decirme algo, enfrentándome a su renuente forma de evitarme, pero no lo hace. Se encuentra listo, mientras yo sigo desnuda en la cama. Cuando estoy por darme por vencida, él se da la vuelta solo para mirarme, serio.

—Vístete, porque mi hermana te tiene desayuno. —Camina directo a la puerta—. Vengo por la noche, y ahí te daré lo que quieres.

Al terminar sus últimas palabras, se va. Es simple para él dejarme así, pero duro para mí. Está haciéndome sentir la misma sensación extraña que cuando me dejó en la piscina anoche.

Con rabia, me levanto y voy al baño a buscar mis cosas. Me visto lo más rápido que puedo y ordeno todo en mi mochila para no dejar nada en la habitación. Al salir, me encamino al comedor, donde efectivamente me espera la hermana de Random con el desayuno. La pequeña está sentada en el sillón viendo un programa de niños. Me siento en la silla y ella me observa curiosa. Empiezo a comer, pero me doy cuenta de mi descortesía por no decir gracias o algo antes de haber metido un bocado de comida a mi boca.

Random logra ponerme furiosa.

Pero una cosa es él y otra su hermana.

—Lo siento, es que estoy molesta —me excuso con honestidad.

Apoya sus brazos en la mesa.

—Él tiene la habilidad de hacer enojar a las personas fácilmente —me informa.

Llevo un bocado de panqueque a mi boca. Sí, ella no miente. Random es así, odioso, detestable e incomprensible. Parece que lo conozco muy bien, pero lo poco que he visto de él es suficiente para llegar a esas conclusiones.

—¡Ah, no! —Trato de sonar sorprendida— Estoy así por otra cosa.

Claro que él me tiene así.

—Te doy un consejo.

Frunzo el ceño.

—Sí, dime. —Bebo un poco de zumo.

—No te enamores de Random. —Me mira fijamente esperando a ver qué le digo a eso.

—No, eso no pasará —confirmo.

Suelta una risa forzada.

—No lo digo porque no sea un hombre a quien no se debe amar. —Detengo mi actividad de comer para mirarla expectante—. Lo digo porque el amor puede dañarlo.

Y es la primera vez que escucho que a alguien el amor puede dañarlo.

Es que ella no conoce a su hermano, si cree eso, pues él está a salvo, porque solo es un idiota en busca de sexo.

Sin nada de vergüenza en mí, le informo:

—Lo de nosotros es solo sexo. —Se la ve sorprendida por mi sinceridad.

Jaque mate.

En su rostro empieza asomar una sonrisa cómplice.

—¿Y tú lo crees?

Obvio.

Empieza a disgustarme el giro que da la conversación.

—Sí —puntualizo.

—Debes saber algo, London. —*¿Y ahora qué?* —Cuando uno se entrega a una persona más de una vez, quieras o no, se lleva algo de ti.

Claro, mi dignidad, en el caso de su hermano.

—Lo sé.

—¿Cuántos años tienes? Pareces muy joven —pregunta muy curiosa. Me recuerda a su hija en esa actitud investigativa.

Sé que sin maquillaje parezco de dieciocho o menos.

—Veintidós años.

Termino de comer.

—Mi hermano tiene veinticuatro —suelta.

No necesito más información de su vida. Y ahora sé hasta su edad.

Espera, veinticuatro años.

Parece mayor. Habría apostado que tenía treinta por la dureza de su rostro. Su altura y su contextura lo acompañan. El dato me obliga a estar en la mesa y no moverme.

Bueno, ya sé parte de su vida por qué no saber más.

—¿Por qué le hace daño el amor? —pregunto.

Su expresión evidencia que es una sorpresa mi pregunta.

—Te lo diré, pero promete no mencionarlo con mi hermano —susurra.

Bienvenida, información.

Algún día puedo necesitarla para extorsionarlo.

Me río en mis adentros por las ideas que se me ocurren.

—Sí —confirmo cruzando los dedos por debajo de la mesa.

—En el último año de preparatoria, Random se enamoró de una chica que parecía buena. Ellos eran inseparables, como esas parejas que uno se pregunta qué hacen para estar siempre felices, pero el día de la graduación cambió algo en él. Regreso a casa con la vestimenta y manos manchadas en sangre. Le rogué que dijera qué paso, y al final me confesó que encontró a su novia, supuestamente virgen, con su mejor amigo, teniendo relaciones en el baño de la escuela. Lo

golpeó hasta dejarlo agonizante y termino el chico en silla de ruedas por un buen tiempo.

—¡Oh, Dios! Eso es horrible —la interrumpo.

Asiente.

—Bueno, a veces las personas no son lo que aparentan.

—¿Y Random fue a la cárcel? —No puedo evitar preguntarle.

—No, mi padre arreglo todo para que eso no sucediera.

Suficiente información, London.

Me levanto de la mesa para lavar los platos, dejando a la chica con la palabra en la boca. Creo que no es razón suficiente para que a Random el amor le haga daño, pero no me imagino que la persona que ames te traicione con su mejor amigo.

Capítulo XXXI

TODO LISTO

Random

Llego a mi apartamento más temprano de lo que esperaba, y no me sorprende lo que veo.

Las tres mujeres que invaden mi privacidad están sentadas en el sofá comiendo helado y viendo algo en la televisión que quién sabe qué será. Están pasando el tiempo alegremente, pero no durará mucho. Con lo que pasará esta noche con London tendrá la opción de terminar todo si quiere. Y no va a ser exclusivamente por los cuatrocientos mil dólares que le voy a dar.

Camino lentamente hacia ellas para ver si se percatan de mi presencia. Están tan concretadas que ninguna me ve, y eso que mis manos no se encuentran vacías. A unos pasos cerca, Amy me detecta. Su amplia sonrisa en el rostro es debido a su previa observación a lo que traigo conmigo.

—¡Tío! —grita mientras deja su vaso de helado en la mesa auxiliar y corre hacia mí.

Al unísono, London y Emma despegan su concentración de la televisión para mirarme. Amy me sorprende por su velocidad al acercarse a mí.

—¡Hey! —Retrocedo, manteniendo agarradas las cajas de regalo, lo suficientemente alto, lejos de las manitos de Amy que empieza a dar brincos con el objetivo de agarrar una—. Tranquila, pequeña.

Con agilidad, tomo la primera caja, que es mediana y de forma cuadrada. Amy debe imaginarse que es para ella el regalo por el obvio decorado de bolitas de colores y el lazo rosa de adorno.

—Ten. —Le extiendo la caja—. Es por ser una pequeña muy especial.

Como si fuera un antídoto para su inquietud, al tener el regalo en sus manos, su curiosidad va directamente a lo que tiene ahora sujeto. Corre de vuelta donde está su madre.

—Gracias, tío —suelta sin mirarme.

—¿Y para mí? —pregunta Emma mirándome con una cara falsamente triste.

—No tienes que hacer dramas. —Me acerco donde está, pero sin mirar a London directamente. Sé que me observa, tal vez se pregunte si las dos cajas restantes son para mi hermana o puede que la sorprenda con un regalo para ella—. Aquí hay uno para ti.

Retengo la última caja en mis manos y miro hacia London, que desvía enseguida su mirada a la televisión.

Quieres seguir siendo fuerte.

Me río para mis adentros por lo difícil que ha sido robarle alguna emoción natural que me indique que esto para ella es algo más que sexo por dinero. Solo sé que es real, en ciertos momentos, el placer arrastrando su cuerpo cuando la poseo, pero el amor por una persona es otra cosa. Sexo y amor se pueden separar fácilmente si son dos extraños que disfrutan del placer sin ataduras solo por una noche. Si hay más que eso, tarde o temprano uno de los dos involucrados termina ilusionado o enamorado inútilmente, porque algo así se rompe con facilidad.

¿Quién iba a saber que eres una presa difícil, London?

Todas caen tarde o temprano.

Tú no eres la excepción.

O tal vez contigo debo emplear otro juego.

—London, te espero en mi cuarto —digo, y me mira enseguida con los ojos totalmente abiertos, como si lo mencionado fuera una indiscreción.

Me giro sin decir nada más y pongo rumbo a mi habitación. No espero que me siga enseguida, pues debe tardar un par de minutos en procesar mi indiscreta invitación. Una vez instalado en mi cuarto, dejo la caja grande de forma rectangular en la cama y saco del bolsillo de mi pantalón lo que en pocos minutos utilizaré.

Retiro todo lo que cubre mi cuerpo, debo darme un baño antes del evento de esta noche, pero efectivamente solo no lo haré. Después de todo, ha quedado inconcluso enseñarle a London lo que es tener sexo con el agua rozando nuestros cuerpos.

Escucho la puerta abrirse detrás de mí.

—¡Oh, perdón!

Me asustaría un poco si fuera alguien más, pero es la voz de London la que escucho decir esas palabras con sorpresa.

¿Es en serio?

—Entra y cierra el seguro —ordeno sin mirarla.

La puerta se cierra.

Me giro para estar frente a ella. Sus ojos tratan de mantenerse fijos observando los míos. Es fuerte y consigue no echar un vistazo al resto de mi cuerpo. Niego con la cabeza por su resistencia. Me alejo de su visión para ir al baño y, mientras me dirijo al lugar, le menciono:

—Coge el paquetito que está en la cama y tráelo al baño contigo desnuda.

La escucho abrirlo.

—¡¿Condomes?!

¿Y qué esperaba?

Dejo la puerta abierta y voy directo al cubículo de la ducha. Elijo que el agua fría me cubra. Cierro los ojos a la espera de que London llegue a mi lado. Escucho sus pisadas y me decido a verla. La tengo frente a mí con su deseable cuerpo. Esta mujer puede partir corazones si se lo propone, pero acierto en pensar que pasa más tiempo ocupándose de los demás que pensando en su propio beneficio.

Aquí la tengo, desnuda para mí, porque soy su comprador, y no porque el dinero sea para ella, sino para alguien más que ha arruinado su vida por no ver claramente que la libertad sexual siempre conlleva un porcentaje de riesgo a ser afectado de alguna manera, si no es física, es emocionalmente, o a veces ambas.

—Saca lo que hay ahí dentro. —Frunce el ceño, pero de manera determinada lo hace. Desgarra el sobre que debe resultarle extraño.

—¿Y esto? No es un condón normal. —Alza su rostro para verme.

—¿No conoces nada sobre los condones para mujeres? —pregunto curioso.

Dejo atrás el agua y me acerco a ella. Cojo el látex en mi mano. Por la cara de London está claro que no sabe de eso. Me pregunto cuántas mujeres más desconocen su existencia.

—N...o —tartamudea.

—Esto lo vas a utilizar tú —puntualizo—. No puedo utilizar un condón en mi pene porque el agua fastidia y terminaría por salir de mí sin darme cuenta.

Asiente.

Agarro su barbilla con una mano, impregnando un beso fugaz en sus labios.

—No queremos que pase eso ¿verdad?

—No —replica.

—Te ayudaré a ponértelo.

—Está bien —acepta dudosa.

Quiero reír, pero me abstengo de hacerlo. Ella debe estar revolviendo sus pensamientos, intentando saber cómo diablos se pondrá eso.

—Ven. —Le tomo la mano—. Salgamos de la ducha para hacerlo.

Salimos y la suelto para buscar en un lubricante, que es necesario para la introducción del condón en su interior.

—Coloca un pie sobre la tapa del inodoro. —Lo hace.

Una vez aplicado el lubricante en la parte externa del extremo cerrado, me acerco a London para introducirle el condón en el interior de su vagina. Aprieto los lados del aro interno, se lo introduzco con mis dedos en su interior lo más profundo que puedo. Ella no se mueve, pero en su rostro se evidencia su incomodidad. Retiro mis dedos y permito que el aro externo sobresalga de su vagina aproximadamente una pulgada.

—Esto es todo —indico—. Puedes bajar la pierna.

—Es extraño —se queja.

—Lo es porque claramente es la primera vez que utilizas uno.

La dejo ahí parada tratando de acoplarse a esa nueva experiencia y me meto nuevamente a la ducha.

—¿A qué esperas? —pregunto porque no estoy para esperarla.

A través del cristal, la veo acercarse. Camina raro y eso hace que suelte una carcajada que retengo enseguida.

—¿Te burlas de mí? —cuestiona una vez dentro.

Me acerco a ella, colocándola donde el agua cae para que deje de hablar.

—No —suelto de manera sarcástica.

La envuelvo entre mis brazos. Siente la punta de sus pezones endurecerse por la reacción del agua fría que cae. Paseo mis manos por su espalda, registrando su piel. Me acerco a su rostro con la única intención de informarle lo que está a punto de suceder.

—Te penetraré de espaldas.

Giro su cuerpo, pegándole mi dura erección, que rozo lentamente por su redondo y exquisito trasero. Un fugaz jadeo se le escapa.

—Apoya tus manos en la pared —le susurro en su oído.

—Bien —dice.

Tenerla en esta postura me hace desear penetrarla por el ano, pero es algo que no haré sin su consentimiento. Agarro sus caderas para mantenerla inmóvil y separo sus piernas con los pies. Puedo escuchar el salvaje latido de mi corazón. Inclino mis caderas, deslizándome en su interior. Aprieto más mi agarre y me empujo profundamente dentro de London.

Un irregular gemido se le escapa. La tomo posesivamente. Gruño y gimo con cada golpe que mi pene da en su interior. Su espalda se arquea por los movimientos, pero me sorprende cuando empuja sus caderas para anticiparse a mi siguiente estocada.

—No te contengas —le susurro con el fin de que se suelte..., *de que sea ella*. La mujer salvaje que sé que es.

Le beso el hombro mordiendo suavemente un poco de su piel. La penetro una y otra vez, los sonidos de nuestros cuerpos encontrándose se hace más fuerte. Mi miembro se pone increíblemente duro. La idea de explotar se vuelve casi irresistible. El agua rozándonos como suaves caricias dadas a nuestra piel me vence. No puedo más, dejo que la excitación me lleve.

Enredo mis manos en su empapado cabello.

London gime, pero conozco muy bien el sonido. Está a punto de llegar al borde de su orgasmo, solo necesito escucharla para acelerar el mío. Me empujo más rápido con el fin de acelerar mi liberación y la suya. En cuestión de segundos, arquea la espalda y me libero dentro de ella.

Salgo de su interior y bajo mi mirada a sus piernas, que están siendo recorridas por mi líquido, que desaparece con el agua.

—Si quieres puedes ducharte conmigo —comento.

Se gira y, con una sonrisa que conozco, dice:

—No.

—Bueno, entonces hazte a un lado para ducharme —contraataco.

No se mueve. Veo algo de vergüenza en ella, y no me imagino qué es, porque hemos hecho esto antes. Así que descarto que sea por el sexo.

—¿Y cómo me quito esto? —dice, finalmente.

Suelto una carcajada.

—No es chiste. —Suenas molesta.

Apoyo mis manos en sus hombros.

—Solo sal, coge el aro que está en tu exterior y con eso sacas el condón completamente.

—Gracias.

No se mueve. En vez de irse fuera, lo hace aquí. Hace lo que le acabo de indicar dejando expuesto el condón con algo de semen en su interior.

—¿Piensas dejar eso aquí? —cuestiono.

De pronto, su mirada se vuelve traviesa. No me gusta lo que veo. En palabras simples, no dejaré que haga eso. La miro con mi mejor expresión de seriedad.

—Tranquilo —empieza a decir—. No haré nada malo.

—Sí, claro —digo, despectivamente.

Al parecer es sincera en lo que dice, porque se aparta de mí para salir del cubículo y va directamente al cubo de la basura del baño, donde tira el condón. Se queda en una esquina parada con los brazos cruzados a la altura de su pecho. Piensa esperar a que termine de ducharme para ella hacerlo después, así que no le quito tiempo a ninguno de los dos y empiezo a enjabonarme.

Durante mi aseo la observo. Su mirada no se despega del suelo. Debe estar pensativa por algo que no me incumbe, pero me intriga. Termino y salgo de la ducha. Cojo la toalla, envolviéndola alrededor de mi cadera. Paso a lado de London y no me ofrece ni una sola mirada. No digo nada, solo salgo. Me doy cuenta de que la oscuridad abraza la ciudad y empiezo a cambiarme para esta noche.

Saco de mi cajón las dos invitaciones para la subasta VIP, ubicándolas en el bolsillo interno de mi chaqueta. Me siento en el borde de la cama a esperar a London, que tarda mucho.

¿Por qué las mujeres tardan tanto tiempo en ducharse?

Ni bien termino de pensarlo, ella aparece.

—Me he dejado la mochila en el salón, ¿puedes ir por ella? —Me sorprende que me esté diciendo eso.

Se encoje de hombros.

—No necesitas nada de esa mochila —le informo—. Todo lo que necesitas está en la caja de regalo que está a mi lado.

London echa un vistazo.

—¿Todo?

Asiento.

—Claro que el maquillaje no, pero eso lo arreglamos una vez lista. —Me levanto de la cama para sentarme en el sillón que tengo en una esquina, cerca de los ventanales.

London se acerca a abrir la caja y sus ojos se iluminan. Debe gustarle mi regalo. Lo he elegido pensando en ella.

—Vístete que no quiero llegar tarde —recalco.

Capítulo XXXII

SUBASTA VIP

London

El hermoso regalo se arruina con su «vístete que no quiero llegar tarde». Aun así, no dejo de disfrutar del maravilloso vestido blanco de seda de corte V en el pecho por debajo de mis senos, con finas tiras de agarre en el hombro. Es sencillamente espectacular. Giro la prenda para ver la parte trasera.

¡Oh, sorpresa!

El escote no solo es en el pecho, sino en la espalda también. Sin embargo, este es más que un escote en su totalidad, es, claramente, una invitación a ser el centro de atención, porque no hay ningún pedazo de tela hasta el borde de la cadera. Me recuerda a los vestidos de las diosas griegas.

—¿Puedes darte prisa? —insinúa.

Sentado en el sillón, cerca de los ventanales, solo nos divide la cama y unos cuantos centímetros más, no deja de tener esa mirada seria e intrigante que me hace sentir acosada y vigilada. Extraña combinación, pero qué se puede esperar de Random.

—Quieres que me vistiera con esto. —Miro el vestido y la caja, luego a él—. Ahora, me esperas.

La parte de «ahora, me esperas» se me escapa en una voz mandona y autoritaria. No retrocedo con lo que digo, y él ni siquiera dice nada que me dé una razón para retractarme. Los zapatos dorados de tiras, que se encuentran dentro de la caja, son perfectos como complemento.

¿Cómo pueden caber tantas cosas en una caja y, sobre todo, perfectamente arreglado?

Dejo en la cama el vestido y me desprendo de la toalla que había cogido para secarme. Esta cae al suelo cuando recuerdo algo.

¡Oh, no! Mi ropa interior.

—Necesito la mochila —digo.

Lo miro, y no es extraño que siga manteniendo contacto visual en mí.

Alza una ceja estoicamente, al mismo tiempo, una sonrisa de lado se asoma en su expresión perversa. Y es que no es necesario decirle para qué quiero la mochila nuevamente. Lo sabe, mi sexto sentido me lo dice.

—London, no jugaba cuando he dicho que todo lo que necesitas está en la caja de regalo. —Pasa su mano por su pelo, vigilante a no desprender su mirada de mi cuerpo, y luego clava sus ojos en los míos.

Me quiere sin ropa interior.

—No lo haré —reniego.

Se levanta para venir con paso firme hasta mí. Lo observo sin despegar mi registro a sus movimientos. Elegante y masculino, su porte se vuelve un magnetismo a las fibras de mi cuerpo. Solo basta que respire cerca de mí para activar el deseo de querer ser suya. Definitivamente, estoy mal. No debo dejar que el ambiente me perturbe y se apodere de mi razonamiento.

Rodea la cama, colocándose detrás de mí. Lo ha hecho antes, pero en este momento, en su espacio personal, se vuelve una escena de dos novios en un juego seductor. No, nosotros estamos muy lejos de serlo.

—¿Nerviosa? —Recorre con un dedo la línea de mi espalda, que construye la vértebra.

Maldigo los nervios que se encierran en mi estómago.

—No —miento.

Por supuesto que lo estoy, ¿y quién en mis zapatos no lo estaría? Se supone que esta noche termina todo con él, me iré a casa, hablaré con el chico al que he dejado plantado para disculparme y hablaré con mi amiga de lo que he estado dispuesta a hacer con el fin de salvar su vida.

—Debes perdonarme. —Pienso en voz alta.

—¿El qué? —dice sorprendido.

Me ha escuchado.

—Nada —suelto.

Se echa a reír. Me giro para quedarme frente a él y mirarlo seriamente. Sin embargo, mi expresión se pierde cuando veo lo que tiene entre los dos.

¿Por qué ha de ser así?

Cuando quiero enfrentarlo, termina con sorprenderme con algo, siempre lo hace.

—Esto es lo que te prometí —interviene antes de que diga algo.

El cheque.

—¿Por qué antes? —cuestiono.

Me toma la mano y me lo coloca en ella.

—Quiero que sepas que sí cumplo con mis promesas. —Sus ojos viajan por todo mi cuerpo —. Con esto puedes terminar con lo nuestro esta noche si quieres.

No quiero sentirme afectada por el calor de su mirada, pero pasa. Él sabe que tengo esa opción y no está muy lejos de confirmarlo.

—Yo...

No termino de hablar, porque sus labios consumen los míos en un beso que no es previsto. Mi muro defensivo se desploma, cae al suelo y recuerdo las palabras de su hermana al decirme que cuando uno se entrega a una persona más de una vez, quieras o no, se lleva algo de ti. Y con Random, no solo ha sido mi dignidad, sino algo más que no descifro porque me niego a hacerlo.

Estoy deseando que no salga con una palabra que diga esto es sexo y tal... No ignoro mis emociones, porque él siempre es el que ha tomado las riendas de todo. Tiene sexo conmigo, y yo solo me dejo llevar por un instinto sexual que va más lejos de saber qué movimiento hacer, qué decir o qué cosas hacer en el acto.

Por primera vez, quiero ser la que lo envuelva y lo arrastre a la pasión que me provoca su tacto en estos momentos. Tal vez, toda esa sensación sea causa de que no volveré a verlo más, pero quiero probar qué se siente al domar y enredar a un hombre como él.

Llevo mis brazos alrededor de su cuello y lo atraigo hacia mí. Echa su cabeza para atrás, dejando mis labios desnudos.

—Espera, London. —Suena agitado.

Duda con la mirada, pero es tarde, estoy deseándolo y no quiero que pare. No lo dejo decir nada más, porque me abalanzo sobre él en un beso profundo. En su lucha por contenerse y no dejarse llevar, hace crecer mi deseo por ser quien rompa su resistencia.

Caigo sentada en la cama, sin quitarle los brazos del cuello, mientras nos acoplamos sobre ésta. Sus manos mueven el vestido y la caja hacia un lado. Abro las piernas para llevarlas a la

altura de sus caderas. La electricidad de su cuerpo se transfiere al mío

—Eres jodidamente excitante —susurra entre dientes.

Si tenía alguna duda de dejarme llevar, eso la elimina. Trato de desprenderlo de su chaqueta, pero el agarre de sus manos en mis muñecas me detiene.

¿Y ahora qué?

Se despega de mí y se levanta para arreglarse el traje.

—Esto lo terminaremos en el lugar al cual pienso llevarte. —Su acción y sus palabras lo arruinan todo.

¡Imbécil!

Me acuerdo del cheque que no tengo en las manos y busco en la cama, a ver si está. Me levanto, lo veo en el suelo y me apresuro a cogerlo. Random se aleja de mí volviendo al sillón. Empiezo a vestirme, descartando cualquier cruce de miradas con él.

¡Maldito moja bragas!

Quiero reír por el insulto que se me ocurre. Solo un par de horas y lo dejaré todo atrás. El vestido de noche me queda a la perfección, pero lo que más me retrasa es acomodarme los zapatos. Las tiras son un problema que soluciono en segundos, siendo meticulosa al momento de introducir mi pie.

—Lista —digo.

Su sonrisa pedante me fastidia. Se levanta, y me aseguro de no bajar la guardia como antes. Lo cual solo había ayudado para que su ego crezca.

—Llamaré a mi hermana para que te ayude con el peinado y maquillaje —comenta mientras camina por mi lado para cruzar la puerta.

—No te olvides de la mochila —insisto en fastidiarlo con ese tema.

Resoplo.

Camino hacia el espejo de cuerpo entero que se encuentra a un lado del sillón donde estaba Random. Miro mi reflejo y me veo como una novia a punto de casarse. El brillo del collar llama mi atención, me había olvidado de que lo llevo.

Me miro de medio lado para ver el escote de la espalda y ahí está. De ese perfil me veo como la mujer que va a una cita con su amante.

Sí, ese lado es el mío.

—London, estás guapísima. —Alzo la mirada y veo a Emma.

Dejo a un lado mi análisis sobre la vestimenta. Y me acomodo para recibirla con una sonrisa.

—Gracias.

Se acerca a mí con sus manos hacia atrás, ocultando algo.

—Bueno, estoy aquí para arreglarte. —Deja ver lo que oculta.

Mi mochila y un pequeño maletero.

—Siéntate en el sillón, que voy a arreglarte —informa.

Asiento.

Me entrega mi mochila, donde guardo el cheque y dejo que me engalane. Saca del pequeño maletín cada material que utiliza en mí. Es rápida con su trabajo, porque solo le bastan unos minutos para dejarme lista.

—Bien, terminamos —confirma.

Ni bien voy a decir algo, Random entra en la habitación. Sus ojos se amplían con sorpresa.

—¿Qué? —pregunto mirándolo.

—Nada. —Lleva sus manos a los bolsillos de su pantalón—. Es hora de irnos.

—Un gusto conocerte, London —interviene Emma. Mi atención va a ella—. Te dejo, pero no olvides lo que hemos hablado esta mañana.

¿A qué se refiere?

Empiezo a encajar su comentario en algún recuerdo de esta mañana. Sí, lo recuerdo. Su íntima conversación conmigo sobre Random.

Asiento.

Random nos observa curioso a ambas. Debe imaginar que debimos hablar de él, y no está muy lejos de la realidad. Emma sale del cuarto, dejándome con su hermano.

—Te espero fuera —puntualiza Random.

Solo para eso entra.

Se retira, e intento no desplomarme con la espiral de emociones que me desbordan. Cuento mentalmente hasta treinta mientras voy hacia la esquina donde está la ropa que me he quitado antes de ducharme. La guardo sin dejar nada olvidado. Camino fuera de la habitación. Al llegar a la sala veo a Emma con Amy paradas al final, mirándome con una gran sonrisa. Miro de un lado a otro para ver a Random, pero él no está.

—¿Y Random?

—Te espera fuera del edificio —anuncia Emma.

—Gracias. —Asiento, e inspiro con profundidad—. Adiós.

—Adiós, London. —La pequeña vocecita de Amy despidiéndose me causa ternura.

Hago un gesto de despido con mi mano y salgo al rellano. Vóy directo al ascensor con la mochila en mano. No es glamurosa, pero no pienso dejar nada atrás que me pertenezca. Mientras desciendo, saco el móvil y me lo coloco en el pie, sujetándolo con las tiras de los zapatos. No dejo de pensar dónde iremos, pero el ruido de las puertas al abrirse me devuelve a la realidad. Siento que al fin voy a ser London y no una máscara con la cual he tenido que lidiar.

Me topo nuevamente con el portero, que me mira pestañando rápidamente. A lo mejor no se cree que sea la mujer que entró veinticuatro horas antes. Salgo del edificio y ahí está él, dentro de su Ferrari, con las luces encendidas en su interior, mirándome seductoramente.

Me apresuro a acercarme y subir al coche, en el asiento del copiloto. Tiro la mochila a los asientos de atrás. Ni una palabra de Random ante mis acciones. Me acomodo y arranca. No sé a dónde iremos, pero una cita con él es sinónimo de rareza.

Enfila por la calle central, hasta desviarse por una de las secundarias donde se encuentran los teatros. Entra dentro del *parking* de un edificio de una compañía artística o algo por el estilo. Sin embargo, por hay coches de lujo y las personas que bajan de ellos van vestidas elegantemente, pero tienen todos algo en común: *un antifaz negro*.

Random aparca y saca del bolsillo de su pantalón dos antifaces negros, iguales a lo que llevan los demás.

—Póntelo. —Me extiende uno.

—Fiesta de disfraces —bromeo.

Se coloca el suyo mientras que yo me pongo el mío.

—No, mejor que eso —replica.

Sale del coche para abrir la puerta del copiloto. Me da su mano para apoyarme en ella. Acepto con la intriga de saber qué sorpresa me tiene. Cierra la puerta y asegura el Ferrari. Mantiene su mano entrelazada con la mía mientras caminamos hacia una puerta donde entran las personas, la cual está protegida por dos sujetos corpulentos y armados. Random entrega una especie de tarjetas negras a los hombres.

¿Dónde estoy?

Un lugar respetable no necesitaría a sujetos así.

Entramos, sorprendiéndome el interior de un teatro con sus sillas y escenario. Sin embargo, las luces tenues y las velas en sitios estratégicos, me llevan a pensar que esto no es una función normal.

No aguanto, así que pregunto.

—¿Dónde estamos?

—En la subasta VIP —responde de inmediato.

¿Subasta VIP?

¡Oh, por Dios!

Sé que no es normal un sitio así, pero la palabra subasta me recuerda al tipo de prostitución al cual estoy expuesta. Y, claramente, este lugar debe ser algo como eso. Nos colocamos en los primeros asientos, teniendo de primera vista el escenario.

—Estás a punto de saber qué es el sexo *voyeur* —susurra cerca de mi oído.

La música empieza a sonar, el sonido es sensual, atrayente y diría que hasta erótico. Las luces iluminan el escenario y no es lo que espero. Una caja de cristal grande, con una cama con sábanas rojas que simula ser una habitación en su interior. Pero no hay puerta, simplemente la entrada está en la parte de arriba.

—Dime qué es —exijo antes de que empiece la subasta.

—Es encontrar la satisfacción o el placer sexual observando la intimidad de los otros.

De pronto, una luz enfoca el techo, donde un hombre y una mujer, con alas de ángeles y vestidos con una tela fina blanca, casi transparente, que deja expuesto sus cuerpos, están sujetos a un arnés. Ambos descienden dentro de la caja, hasta llegar a la cama. La música empieza a sonar con más intensidad. Los tonos de luces se vuelven rojas, haciendo referencia al deseo, al placer y al sexo.

Sexo en vivo.

Ni bien logro deducirlo, miro a Random, quien no deja de observar la escena.

No puedo hacer esto.

—No quiero estar aquí —digo, pero él no me mira.

El hombre de la caja, con su cuerpo definido, envuelve el de la chica para arrancarle las alas, tirarlas a un lado y caer sobre ella, rozándole el cuerpo en manera pausada, en una especie de baile sensual; se dejan llevar por la música. Él le rompe la ropa, dejándola desnuda. Ver todo me resulta morboso, pero atrayente. Es adictivo ver cómo el sujeto posee a la chica con ferocidad.

Mi móvil empieza a vibrar, y no sé si contestar. Miro a mis lados y todos están concentrados en la exótica pareja. Me agacho para cogerlo, pero cuando veo que es un número desconocido dudo en contestar. Pero quién impide al final que conteste es Random al cogerme la mano.

—¿Qué haces? —Sueno molesto.

La llamada se detiene.

—Pensé que me llamaba mi amiga —me excuso.

—Guárdalo —ordena.

No lo guardo, simplemente, lo mantengo sujeto en mi otra mano. Miro hacia el frente, y ahora es la chica quien posee al hombre, sentada encima de él, moviéndose agresivamente. Se pueden escuchar sus gemidos en todo el lugar. Están disfrutando hacerlo o, tal vez, eso es lo que quieren hacernos creer.

El teléfono empieza a vibrar nuevamente, no hago caso, pero una vez que se corta vuelve a hacerlo. Es tan insistente la llamada que no dudo en contestar.

—Hola —digo dudosa.

Random me mira furioso, pero hago caso omiso de su expresión.

—Rachel. —La voz de hombre me suena familiar, sé de quién se trata.

Además, a la única persona a la que le dicho ese nombre es a...

—¿Frank? —suelto.

No escucho respuesta, porque el móvil ya no se encuentra en mis manos. Random me lo ha arrebatado, y lo miro furiosa por hacerlo.

—¿Estás hablando con otro hombre? —cuestiona.

—Sí —empiezo a decir—. ¿Qué hay de malo?

—Que eres mía.

¿Está celoso?

¡Oh, sí!

Tengo que aprovechar eso para fastidiarlo, por imbécil.

—Si mal no recuerdo, tú nunca exigiste exclusividad.

Mira de un lado a otro para ver si alguien más nos escucha, pero es imposible por lo concentrados que están todos viendo la escena sexual.

—¿Te acuestas con otro?

Este es el momento en el que puedo quitarle el ego de macho alfa, pero lamentablemente soy una puritana que se vuelve una cobarde. No respondo, pero le quito el móvil de las manos y me levanto, dejándolo atrás. Camino por donde vinimos, saliendo del sitio.

—¡London! —grita, detrás de mí.

¡Oh, no!

Ahora querrá que le devuelva el cheque o, ¿qué?

Me giro para enfrentarlo.

—Respóndeme, ¿te acuestas con alguien más? —Se acerca a mí.

El sonido del teléfono nos interrumpe. Por segundos, dudo por la expresión dolida de Random, pero termino aceptando la llamada frente de él.

Capítulo XXXIII

CORAZÓN PARTIDO

Random

No responde a mi pregunta, simplemente se limita a aceptar la llamada. Su actitud daña todos mis planes. No dejaré que lo haga, manejo mis sentimientos en una línea de control total, pero ella desorbita mi mundo como le da la gana. No es una chica «buena», solo es una más que aparenta serlo.

Me quedo observándola. Empiezo a sentir que ella no es una presa en mi círculo de cacería, sino una cazadora. London no es frágil, no es vulnerable, solo es una mujer que está a mi lado porque tengo la llave para salvar la vida de su amiga de ser asesinada.

—Frank, ¿qué ocurre? —dice mientras mantiene su móvil pegado a su oído. Se gira para darme la espalda.

¿Frank?

Irónico que se llame como el fastidioso de mi amigo. Puede que esté exagerando en pensar que está teniendo sexo con otro, pero si junto todas las señales de por qué ella me rechaza y ha rehusado entregarme su corazón, no descarto que eso esté sucediendo.

Olvidalo, Random.

Es tuya, solo con tocarla lo sabes.

—¡Ay, no! —grita London con voz entrecortada. Siento dolor en ese grito, algo raro sucede.

Empieza a caminar sin saber a dónde ir, llevándose las manos a la cabeza, sujetando con una su teléfono. Se quita el antifaz y lo lanza, cayendo este debajo de un coche. Camino para alcanzarla y logro agarrarle la mano, justo cuando se deja desplomar en el suelo. La tomo para levantarla, su cabello se aparta de su rostro y veo lágrimas desprenderse de sus ojos.

¿Qué está pasando?

—London, ¿qué ocurre? —pregunto.

Su mirada se encuentra perdida. Algo está pasando, y todo por la llamada que acaba de recibir. Ágilmente agarro su cuerpo y la cargo entre mis brazos para llevarla al Ferrari mientras me las arreglo para desbloquearlo. Siento a London en el asiento del copiloto. Sigue ida, sin dejar de agarrar su móvil. Cierro la puerta, rodeo el Ferrari y me subo. Una vez dentro, me quito el antifaz y lo guardo en el bolsillo del pantalón.

Pongo mi atención en London, y una vez más le pregunto:

—London, ¿qué ocurre? —Se gira para mirarme y trata de decirme algo.

Mi corazón malditamente palpita desesperado por descubrir el motivo de sus lágrimas, porque no soy yo quien las provoca. Ella no lloraría así por mí, ya me lo ha dejado claro. La maldita llamada que ha irrumpido en nuestra noche también ha irrumpido en su alma.

—Llévame a casa, por favor —logra decir en un tono de súplica, mirando.

Asiento, aún sabiendo que ella no me ve.

Salgo del *parking* para entrar en las ruidosas y transitadas calles de Manhattan. Recuerdo el edificio donde vive ella y tomo la calle secundaria como atajo para llegar rápido.

—Espera, ¿qué haces? —Me encara.

Miro cauteloso que no haya ningún coche que me pueda causar un accidente por ponerle atención a ella, cerciorándome de que no hay peligro.

—Estoy llevándote a casa. —La miro confundido.

—Ya no vivo en Manhattan —empieza a decir—. Vivo en la avenida Greenwich.

¿Greenwich?

Conozco esa avenida, es justo por donde vive Frank. Una lágrima rueda por el rabillo de su ojo y alcanzo con mi mano a quitársela. Un instinto del cual no me arrepiento. Sus ojos se abren en sorpresa y un suspiro se le escapa.

—Conozco esa avenida —informo—. Me avisas cuando estemos allá, qué calle he de tomar.

Le sonrío para que deje esa cara triste, pero no lo hace. Sus ojos vuelven a perderse en el paisaje de enfrente. Conduzco durante todo el trayecto aprovechando los semáforos para observarla. Algo la tiene rota y me angustio por saber qué.

La velocidad del Ferrari nos ayuda a llegar rápidamente a Greenwich.

—¿Por cuál calle vamos? —pregunto.

Miro las pequeñas tiendas, recordando que en la segunda calle queda el edificio donde vive Frank.

—Toma la segunda calle —suelta.

Lo hago.

Estoy cerca del lugar donde vive mi amigo, que no descarto en visitar, porque recuerdo que hasta hoy tiene libre en su sección de piloto. Al girar veo que a unos metros, justo en el edificio de Frank, hay policías y una ambulancia.

¿Qué pasará ahí?

—¡Oh, no, no...! —suelta angustiada London.

La miro y luego al frente. Ella intenta salir del coche mientras está en movimiento y la detengo con mi mano.

—¡¿Qué estás loca?!

—Ve a ese edificio, ahí vivo. —Hace una pausa—. Por favor, ve.

¿Vive en el mismo lugar que Frank?

Voy hacia allá y aparco cerca. London no espera a que esté apagado el motor para bajar rápidamente. Corre hacia la entrada del edificio y entra.

—¡London! —grito, pero es inútil porque ella desaparece de mi vista.

Apago el motor y bajo del Ferrari con la intención de ir directamente a saber qué ocurre. La desesperación de London se debe a la presencia de los agentes y la ambulancia, algo me dice que definitivamente esa es la causa.

Paso esquivando a las personas curiosas que obstruyen mi camino. Entro en el interior del edificio y veo una señora mayor de cabello rubio, algo corpulenta, hablando con un par de policías. No presto atención porque me desespero por encontrar a London, subo las escaleras hacia donde se encuentra la escena que tiene desconcentrados a todos.

Es todo extraño, coincidencia del destino que London viva en el mismo piso que Frank. Trato de olvidar esa parte para concentrarme en buscarla. Hay un enfermero que está parado en frente del apartamento de mi amigo. Sacan una camilla con un cuerpo tapado con una sábana blanca.

Detrás de eso, veo lo que menos me espero. Frank tiene sujeta a London, que llora desgarradoramente, tratando de dar un paso para ir tras la camilla. Me acerco cauteloso, tratando de entender la escena que rompe con mi propio entendimiento.

¿Se conocen?

Si London está destrozada por el cuerpo que pasa a mi lado, llevado por un par de enfermeros, es porque la persona que se encuentra ahí debe ser *su amiga*.

¡Oh, no!

Voy directo a donde están ellos.

—¿Frank? —digo. Él alza su mirada para mirarme con una expresión confundida. Y no descarto que sea la misma que la mía.

¿Él conoce a London?

—¿¡Ran... Random?! —tartamudea impresionado.

Me acerco a London, que tiene la mirada baja en el suelo, como si las lágrimas se le acabaran y le quedara solo el silencio del dolor.

Yo no quería que esto pasara.

—London, escúchame estoy aquí contigo. —Tomo su barbilla para alzar su cabeza y mirarla a sus ojos.

Ella se separa de Frank, se abalanza sobre mí, llevando sus brazos a mi cuello y descansando su cabeza en mi hombro. Siento sus sollozos, hasta podría decir que su dolor. La abrazo fuerte, sin importarme nada. No sé qué me pasa, pero sentirla destrozada me mata.

Miro hacia Frank y sus ojos expresan sorpresa.

—¿¡London?! —suelta Frank. Se lleva las manos a su cabeza, me mira y luego al suelo. Repite una y otra vez la acción.

No entiendo qué ocurre.

—Se me ha ido mi hermana —interrumpe London con una voz quebrada—. Ha sido mi culpa.

La abrazo fuerte para que sienta que no la dejaré ir. Sin despegar mi mirada de Frank, le digo a ella:

—No te culpes, amor —suelto.

¿Amor?

No entiendo por qué he usado esa palabra. No puedo retractarme, no estando ella así, con el corazón partido y el alma rota. No quiero que entre en lo que creo que es su apartamento, no estaría bien. Pienso en Frank, en que me ayude a darle un espacio en el suyo. No la llevaré lejos de aquí, porque no creo que quiera eso.

—Frank. —Llamo su atención. Sus ojos se encuentran desorbitados, aun así, me mira—. Frank, vamos a tu apartamento.

Asiente.

Se dirige a abrirme la puerta. Cuando quiero hablarle a London siento su cuerpo perder equilibrio. La cargo en mis brazos y al mirarla los ojos, los encuentro cerrados. Se ha desmayado, me apresuro entrar al apartamento de Frank y acostarla sobre uno de sus sofás. Él me ayuda.

No soy médico, no sé qué hacer.

—Frank, ayúdame —pido.

Asiente.

Me acuclillo cerca de ella y miro su rostro. Cuando salimos del lugar pensaba que London no podía ser una chica frágil, y ahí está, derrumbada por el dolor.

¿Qué habrá pasado con su amiga?

¿Por qué está muerta?

—Ten. —Frank aparece con una bolita de algodón húmeda con olor a alcohol—. Pásasela cerca de la nariz para que respire el olor, eso la despertará.

Lo hago y veo que, levemente, London empieza a reaccionar. Dejo a un lado la bolita de algodón y acaricio con una mano su rostro. Abre sus párpados para verme.

—Se la han llevado, ¿verdad? —susurra.

Asiento.

—Descansa. —Acaricio nuevamente su rostro, ella cierra los párpados.

La impresión la ha dejado tan débil que es fácil que el sueño la consuma. No ha comido, se supone que después de la función la iba a llevar a cenar. Me levanto para hablar con Frank, que no deja de mirarnos impresionado, sentado en el otro sofá. Necesito aclarar las dudas y saber qué es lo que en realidad ha ocurrido con la amiga de London.

Me acerco para sentarme a su lado.

—Esto es confuso —confieso. Señalo a London y luego a él.

—Créeme amigo que yo estoy más confundido que tú.

No sé si creerle, pero me arriesgo a escuchar las respuestas que me dará ante el interrogatorio que pienso hacerle.

—¿Qué le ha pasado a su amiga? —Es lo primero que debo saber.

Cruza las manos y con la cara cabizbaja dice:

—Se suicidó.

—¿Cómo?

—Al parecer con una sobredosis de pastillas.

—¿Y cómo se han dado cuenta de lo ocurrido?

—Según los paramédicos, su cuerpo lleva más de veinticuatro horas sin vida. —Hace una pausa—. Vi su cuerpo porque la puerta estaba abierta todo el día, lo cual me resultó sospechoso.

Eso ha debido pasar justo cuando London y yo nos encontrábamos en mi edificio.

—¿Por qué te ha sorprendido verme con London? —Alza su mirada para encararme.

—Porque ella es Rachel —suelta.

—¿Rachel?

Se levanta y camina directo a su cocina. Lo sigo, porque no puede dejarme con la duda. Ese nombre me suena, pero en este momento no logro pensar más que en London y su realidad.

—Dime, ¿qué Rachel? —exijo.

Saca una gaseosa personal del refrigerador. La destapa y toma un sorbo para responderme.

—Es la chica que te dije que me gusta. —Frunzo el ceño—. La que he estado conquistando porque la quiero para mí.

—¿Por qué crees que se llama así? —cuestiono.

—Porque ella me dio ese nombre.

Miro hacia London, y justo ahí recuerdo lo que Frank me contó de la supuesta Rachel. Siento como si me tiraran agua fría en todo mi ser.

¿Ellos son amantes?

Me giro hacia él y, con la furia encima, lo agarro desprevenido por el cuello de su camisa.

—¿Sois amantes? —Quiero una respuesta.

Titubea un poco hasta que finalmente dice:

—Sí.

Lo suelto.

Tengo la necesidad de golpearlo, pero no tiene lógica que repita algo de mi pasado. London no se merece que pelee por ella. No volvería a cometer el mismo error de adolescente, y menos que mi padre intervenga en mi vida una vez más.

Respiro profundo.

—Quédate con ella. —Lo que en pocos minutos me unía a London, en segundos se desprende.

Me voy lejos del lugar sin mirar atrás.

No quiero saber nada, jodidamente nada, de esa mujer.

Solo es un tiempo que he perdido. Ella no aprenderá ninguna lección, porque nunca ha estado vulnerable a mí. Me da igual romper su corazón, porque ahora lo tiene así y no ha sido por mí.

Capítulo XXXIV

AMENAZA

London

Nunca estás preparado para la muerte, peor la de alguien a quien amas. Y no ha sido por un accidente ni por una enfermedad, sino por un suicidio. Mi amiga y hermana se ha suicidado y ha destrozado mi corazón.

Lo último que recuerdo es ver que se llevaban su cuerpo en una camilla y Random mirándome con una expresión tierna, diciéndome que descansara.

Me he despertado en el apartamento de Frank, y él me ha acompañado todo el día a hacer los trámites de la entrega del cuerpo para el funeral. Algo que me saltaré, porque no conozco a su familia, y como ella decía: soy la única persona que tenía en esta vida.

No había odiado tanto un lunes como el de hoy. Y está por terminar. Miro el edificio antes de entrar y saber que una vez más estaré dentro en el apartamento sola y destruida, porque cada pedacito me recuerda a ella.

—¿Vamos? —dice Frank, sacándome de mis pensamientos.

Me pregunto, ¿por qué Frank, siendo el chico bueno, no hace latir mi corazón fervientemente?

—No, ve tú —le indico—. En un momento te sigo.

Él entra, dándome una última mirada triste. Debe sentir mi dolor, pero no quiero derrumbarme; Astrid no querría eso. Camino hacia el interior, pero la señora arrendataria me intercepta. No tengo ganas de dar explicaciones, me imagino todos los chismes que deben estar circulando.

Trato de esquivarla, pero algo que tiene sujeto en su mano me detiene.

Mi mochila.

Me había olvidado de ella.

—Niña, esto lo dejé un chico está mañana, cuando no estabas —dice cautelosa.

La tomo.

—Gracias —le agradezco con una sonrisa forzada.

—Siento lo de su amiga —comenta.

Asiento y sigo mi camino hacia mi apartamento.

Me siento frágil y no tengo a mi amiga para animarme, porque ella es la causa de que me encuentre así. Ni siquiera me ha dejado una carta de despedida que justifique sus razones, pero recuerdo que nuestro último día juntas se despidió entre líneas. Ahora entiendo su insistencia en que no olvidara que me quería y que me consideraba su hermana.

—¿Estás bien? —escucho a Frank, y me doy cuenta de que estoy cerca de mi apartamento.

Entre las divagaciones de mis pensamientos, no me había dado cuenta de qué hacía.

—Sí —miento.

Él mira directo a mi mochila y frunce su ceño.

—Es mía —me adelanto en decir, antes de que haga alguna pregunta.

Abre la puerta de su apartamento, pero se detiene y me dice:

—Te invito a comer algo. —Sonríe—. Sé cocinar.

Su manera de darme ánimos no me interesa porque quiero estar sola. Necesito mi soledad ahorita más que nada.

—Lo siento, quiero estar sola —admito.

—Está bien, pero si necesitas algo me avisas. —Asiento.

Él entra en su apartamento y yo voy al mío. Saco las llaves del bolsillo de mi pantalón, las introduzco para abrir la puerta y miro con cautela el interior. Es raro sentir que Astrid me va a recibir con un fuerte abrazo o algún comentario fuera de lo común solo por joderme, pero sé que no pasará.

Cierro la puerta a mi paso, yendo directamente a descansar en el sofá. Respiro lo más profundo que puedo.

Ya no más.

Pongo la mochila sobre mis piernas y reviso el interior. Mi móvil está a primera vista y debajo está el cheque de cuatrocientos mil dólares.

Todo por nada.

La ira me invade, y cojo el cheque y lo hago pedazos. No quiero saber nada de ese dinero, es el recordatorio de algo por lo cual luchaba y ahora no tiene sentido. Me levanto para ir directa a mi cuarto, no dudo en coger los otros que tengo escondidos en la mesita de noche. Abro el último cajón, los cojo y salgo a la sala. Aún con los trozos del otro cheque en mi mano, me dirijo al balcón y empiezo romper los otros.

—Eres idiota, London. —Mis lágrimas aparecen—. Tenías que ocupar tu tiempo en esta tontería y no en tu amiga —digo con desprecio.

Cada pedazo de papel cae a la calle. Tiro de una vez por todas los últimos trozos de mi mano. Me dejo vencer en el suelo, cayendo sentada, presa del dolor que me consume.

—Si ves, el imbécil ni siquiera está aquí para apoyarte —suelto con dolor—. Eso era sexo y nada más que eso. —Termino con mi ataque personal.

Recojo mis piernas para ver la luna que se asoma. Por segundos, un pensamiento suicida se me pasa por la cabeza. Sin embargo, soy demasiado cobarde para hacerlo. Sirvo para destruirme en palabras, pero soy débil para hacerlo en acción.

Entre sollozos, recuerdo las locuras en que me involucraba mi loca amiga. Sin eso, mis días hubiesen sido aburridos. Solo es eso lo me queda de ella: *los recuerdos*. Mis ojos se cierran para sentir la brisa que recorre la calles. Pronto será invierno y Navidad, solo pensarlo, mis lágrimas vuelven a parecer.

—Suficiente, London —me ordeno.

Limpio las lágrimas. Trato de coger fuerzas para levantarme, al hacerlo, el sonido de la puerta siendo pateada me sobresalta. Miro consternada al hombre de edad que lleva un traje de gala y los dos corpulentos de piel morena que lo acompañan.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto atónita.

Camino hacia el sofá para rodearlo y estar cerca de la lamparita que está en una esquina, pensando que puedo utilizarla como arma de defensa por si se atreven a hacerme algo.

—Mi estimada niña, vengo a cobrar lo que me deben —dice el anciano con falsa cordialidad.

Los hombres corpulentos me miran de pies a cabeza, me siento violada sin ser tocada. Llevo mis brazos a la altura del pecho. Trato de darles mi mejor cara de seriedad, a pesar de estar temblando de miedo por dentro.

—¿De qué habla? —cuestiono. Sin embargo, al terminar me percato a qué se refiere el viejo.
¡Oh, no!

—Vengo a por mi millón de dólares. —Truena sus nudillos como para dar miedo, y lo está consiguiendo.

Acabo de dañar los cheques.

—Mi amiga está muerta —digo a la defensiva.

El viejo da unos pasos, terminando por sentarse en el sofá que tiene cerca. Me mira serio. De pronto, una sonrisa malvada se dibuja en su rostro.

—Eso a mí no me importa —declara—. Sin embargo, te voy a dar dos días para que me pagues el dinero adeudado o serás quién acompañe a tu amiga bajo tierra.

Está claro que es una amenaza.

Se levanta del asiento. Mi corazón late rápidamente por el coctel de adrenalina. No soy incapaz de ser desafiante y decirle que no pagaré nada. Así que solo me quedo a observar sus movimientos. Se retira del apartamento con sus acompañantes. Uno me da una última mirada, guiñándome un ojo.

¡Qué asco!

Doy pasos cortos para seguirlos y confirmar que se han retirado por completo del lugar. Me quedo en la puerta, observándolos retirarse del piso. Doy un salto de sorpresa cuando Frank abre la puerta y aparece. Me mira y luego a los hombres.

—¿Papá? —suelta.

¿Papá?

Los hombres se detienen y el viejo gira al ver a Frank.

—Buenas noches, hijo —se limita a decir y sigue su camino.

Desaparecen de la vista, y miro confusa a Frank, que se dirige directo hacia mí. Coloca sus manos en mis hombros, mirándome en expectativa.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Responde, London —exige.

Es la primera vez que me llama por mi nombre, sin haberle aclarado esa parte.

—¿Quién te dijo mi nombre?

—Eso no importa. —Baja su mirada por unos segundos al suelo, pero enseguida me encara—. Dime, ¿qué te ha hecho?

—Tengo que pagar una deuda. —Suelto un suspiro.

He dañado los cheques que pagarían parte de esa deuda, y ahora es mi vida la que está en juego. Dudo que el hombre que me los había dado quiera hacerme otros. Se supone que ayer en la noche fue el último día que estaría a su lado, y sí, eso tendría que estar intacto. Pero ¿cómo hago para recuperar ese dinero? Lo único que tengo que hacer es llamarlo y esperar a que crea la torpeza que he cometido.

—London, cuéntame todo sobre esa deuda. —Sus ojos me exigen una respuesta.

Capítulo XXXV

LECCIÓN

Random

Mi estancia en New York se ha extendido más de lo que esperaba. En parte había restado importancia a eso, porque tenía con quién entretenerme. Alguien que ha resultado ser una mentira. Mientras estoy aquí parado, viendo por el cristal las luces de los edificios y fumando un cigarrillo, mis pensamientos afloran sin control, pero llegan a un solo punto.

London es la única que ha echado a la basura mis intenciones. Es la que elige al chico bueno en vez del malo, es la que no necesita ninguna lección y es la que se había acercado un poco a descontrolar mi corazón.

Mi determinación por acorralarla se desplomó en el momento en que me enteré de que London y mi amigo son amantes. Detesto recordar esa circunstancia, dejar que mi ser vacilara, queriendo cegarme con recuerdos de un pasado que he dejado congelado en el tiempo.

Siento una creciente desolación aplastándome. Algo que se ve irrumpido cuando mi móvil suena. Lo saco de mi bolsillo para verificar quién se atreve a llamarme a estas horas de la noche.

En la pantalla se enmarca su nombre.

London.

¿Por qué me llama? Le he dado la oportunidad con los cuatrocientos mil dólares de alejarse de mí, y ahí está, llamando cuando siempre he sido yo quien lo ha hecho.

¿A qué estás jugando?

Doy clic en aceptar y dejo que sea ella quien hable primero.

—¿Random? —La escucho indecisa, algo nerviosa.

Trago mi orgullo para seguir su juego.

—¿Qué quieres? —pregunto, seco.

—Tengo un problema —susurra en voz baja, como si quisiera que alguien más no la escuchara.

Seguro que debe estar con él.

—¿Y qué tengo que ver en eso? —cuestiono.

Mantengo mi dureza al momento de hablarle, no le daré un espacio para bajar mi guardia.

—Rompí los cheques —empieza a decir—. Estaba enfadada y destrocé todos los cheques que me has dado. Mi amiga... —titubea—. Mi amiga era la única razón por la que aceptaba el dinero y tu trato, por eso hice pedazo cada uno, porque no tenía sentido utilizar algo que era para salvar su vida. —Puedo escuchar al otro lado de la línea que se le escapa un suspiro—. Ahora es mi vida la que está en riesgo.

¿Y espera que la crea?

A pesar de que no tiene manera de hacerme darle más dinero. El retiro de este en el banco debe ser bajo mi autorización personal, y no solo por un cheque que tiene mi firma. Sé que no ha retirado nada; no, hasta ahora. Estoy aburrido de su juego, aceptando que es el momento preciso de concluir el mío.

—Lo siento, London. —Exhalo un poco de humo del cigarrillo—. Debes aprender una lección: a un verdadero chico malo no le interesa tu bienestar, no le interesa nada que venga de ti excepto el sexo; te diría que el dinero, pero no lo tienes.

—¡¿Qué?! —suelta.

—Adiós, London. —puntualizo—. olvídate de que existo.

Cuelgo.

Al menos aprenderá que conmigo nunca se debía de haber metido. Solo espero que termine esta semana para marcharme lejos de aquí.

Capítulo XXXVI

CONDENADA

London

—¡Imbécil! ¡Estúpido! ¡Idiota! —Saco todo mi arsenal de insultos para él, pero sé que no me escucha.

Ha colgado.

Ignoro cualquier indicio de raciocinio y lanzo mi móvil sin dirección alguna, pero solo tengo suerte con esa acción, porque cae en el sofá.

—¿Qué ocurre, London? —La voz de Frank me sobresalta.

Se supone que debía irse, pero ha estado parado al pie de la puerta, escuchándolo todo. No le he hablado sobre lo mío con Random. Solo le he mencionado la cantidad que le debo su padre. Ninguna otra información, porque a pesar de que mi amiga no está conmigo, respeto su vida.

—Nada —miento.

Recojo las piernas entre la comodidad del sofá y mi enojo por las palabras de Random.

—¿Puedo entrar? —Su pregunta es irónica, porque está más adentro que fuera.

Asiento sin ánimos.

Solo puedo pensar en la manera de obtener el dinero. Y no sé ninguna. Quiero odiar a Random por comportarse como el imbécil que realmente es, pero me abstengo de hacerlo. Él ha cumplido con su pago. Mi estupidez es la que me tiene así en estos momentos.

Frank se sienta en el sofá que está frente a mí y coge mi móvil. Algo muy atrevido para mi gusto.

Espera, London.

El padre de Frank es el dueño.

—¿A quién le gritabas así? —Irrumpe en mis pensamientos.

—A alguien que debo olvidar.

Me asombro por lo que digo, pero algo se quiebra dentro de mí al hacerlo. Lo nuestro no ha sido una relación para que esté con ansias de derramar una lágrima por recordarlo. Por un instante creo sentir una maldita necesidad de permanecer a su lado. Sin embargo, por muy fugaz que haya sido, pierdo el control y siento mis ojos arder.

Una, dos, tres..., lágrimas se desprenden de mí, y no sé cómo parar esa reacción involuntaria. Cierro los párpados y limpio cada gota con mis manos. Tras hacerlo, otras manos reemplazan las mías dándole una delicada caricia a mis mejillas.

Abro los ojos y ver a Frank casi frente a frente me impacta. Se encuentra en cuclillas y estamos tan cerca que mi corazón se acelera extrañamente, porque ya no sé si es agradecimiento o miedo.

—No llores. —Su ternura consuela algo de mi sufrimiento.

—Tengo mi vida en manos de...

—Yo voy a liberarte de eso —me interrumpe.

Evito que mi mirada se encuentre con la suya.

Es verdad, él puede hacerlo, es su padre el dueño de algo que desapruébo, pero eso no será gratis, lo presiento. Algo querrá a cambio y no estoy dispuesta a ser de nuevo la amante de alguien por dinero.

—Mejor vete —suelto encarándolo.

Se humedece los labios antes de que se curven en una sonrisa. Tiene la misma mirada de Random cuando muestra su lado depredador. Me quedo atónita al darme cuenta de ese detalle. Él se levanta y se va sin volverse, cerrando la puerta a su paso.

¿Por qué siento que es un lobo vestido de oveja?

Random siempre ha sido sincero en hacerme saber lo que deseaba de mí, pero Frank se vuelve un misterio camuflado en ternura. Debo estar equivocada, mi paranoia está superando los límites de mi entendimiento.

Es que, si él es el hijo del dueño del lugar, Random y Frank deben conocerse.

—Es hora de ir a dormir, London —alerto para mí misma.

Me levanto y voy en dirección a la puerta para colocar el seguro. Me dirijo a mi cuarto resignada al silencio del lugar. Veo mi baúl sobresalido en una esquina de la cama. Es muy raro ver eso, pero con lo sucedido en las últimas veinticuatro horas ni sé dónde está una cosa y la otra. Me acerco a introducirlo en el fondo, pero un papel que sobresale en el borde me llama la atención. Lo cojo y me doy cuenta de que es una hoja doblada.

La tomo y me siento en el borde la cama para ver qué contiene. Al desdoblar el papel mi corazón se exprime en dolor al ver la forma de las letras en tinta azul.

Una carta de Astrid.

Me niego a leer, pero agarro fuerzas que no tengo y lo hago.

London, mi hermanita, perdóname por la decisión tomada. No tengo justificación, pero nunca pensé que mis locuras marcarían mi vida de una manera tan horrible. Aunque tú estabas a mi lado apoyándome, me sentía sola. Espero que con mi muerte mi deuda quede saldada. No podía pagarla porque había utilizado el dinero que tenía reunido para pagar el apartamento que dejamos atrás y conseguirte uno nuevo para ti, donde estés tranquila y tengas cómo pagarlo. He dejado pagados seis meses por adelantado; tiempo que te dará para conseguir un trabajo.

Lo siento, hermanita.

No dejes que la soledad te consuma, mira a tu alrededor, porque hay personas que a pesar de ser complicadas, están ansiosas por recibir tu amor. Ya eso me refiero a que te odiaría si te vuelves una solterona por tener miedo de que te pase algo como a mí me ha pasado.

Adiós.

En la palabra adiós la tinta se distorsiona por una lágrima que cae en ella.

—Detesto que me hicieras esto, Astrid. —Me dejo caer para atrás en la cama y miro al techo —. Lo detesto.

Aprieto en mi pecho la carta y lo único que quiero es cerrar mis párpados para dejarme llevar por Morfeo. Ni siquiera he comido, pero da igual. Solo quiero dormir y despertar de esta pesadilla. siendo molestada por Astrid debido a mi tardanza para llegar a clases.

Un día más que se suma a mi condena.

El hambre me levanta antes de la hora de la alarma. Decido preparar un sándwich y un zumo de naranja para desayunar. Tengo minutos libres antes de ir a la universidad. Clico en el reproductor de música del móvil y es aplastante la primera melodía que aparece. *Wildest dreams*, de Taylor Swift. La imagen de Random se me viene a la cabeza, todos esos momentos donde se convertía en un ser salvaje al tener sexo, y tierno al estar atento de que todo conmigo esté bien. Es la mezcla de mis amantes literarios, pero la realidad es que un hombre con esas características perturba la mente y elimina cualquier espacio de raciocinio.

Deja de pensar en él, London.

Empiezo a comer mi simple comida que más que desayuno llamaría un *break*. Siento casa bocado como gloria llenando un vacío. Terminó con el zumo y lo dejo todo limpio antes de marcharme.

Si Frank tiene la llave para liberarme de mi condena, no sé si estaría dispuesta a retribuirle ese favor. Necesito tener las fuerzas necesarias para afrontar todo lo que se avecina. Cojo la mochila y guardo mi móvil en el bolsillo de mi pantalón mientras trato de sacar las llaves de la puerta del otro.

—Vamos, London. —Me doy ánimos mientras abro la puerta.

Últimamente esa ha sido mi constante, darme ánimos para no decaer.

—Hola, mi niña. —Me detengo en seco al ver al padre de Frank con los dos hombres de ayer.

—Todavía no es el día —aclaro temblorosa, sin saber si cerrar la puerta en su cara y gritar ayuda.

—Lo sé, pero al verte y pensarlo muy bien —empieza a decir, mirándome de pies a cabeza—. Prefiero asegurarme de obtener mi dinero.

Miro a los hombres que comparten una mirada secreta y luego sonrían. Entro en pánico y dejo caer las llaves de mis manos. Antes de que pueda decir algo, el viejo da un paso atrás y sus acompañantes me agarran de ambos brazos.

—¡Suéltame! —protesto. Me sacudo para desprenderme de sus agarres, pero la fuerza de ellos es incontenible.

—Deja de quejarte —ordena el viejo. Lo miro furiosa deseando golpearlo.

Me da la espalda y se dirige al apartamento de Frank con solemnidad. Golpea la puerta, apareciendo en segundos su hijo.

—Buenos días, hijo —dice el viejo, ignorando que estoy a unos pasos, sometida por sus hombres.

Frank se queda tan confuso al verlo que una descuidada mirada hacia mí lo hace percatarse de lo que ocurre.

—¿¡Qué te ocurre!?! —reclama Frank, esquivándolo y dirigiéndose hacia mí. Sin embargo, uno de los hombres me suelta y bloquea su paso.

—¡Suéltame! —protesto nuevamente.

Me sacudo fuertemente, pero es inútil. Sigo apresada entre manos tan grandes y fuertes que mis movimientos lo único que provocan es que me lastime ante el apretón que refuerza mi captor.

—¡Déjala! —escucho gritar a Frank.

—Hijo, esta mujer es mi problema —le advierte su padre—. Ella me debe el dinero que tú no podrías pagarme.

¿Se supone que es su hijo?

—Lo sé, padre. —La fortaleza de sus palabras decaen.

Entonces, ¿cómo pensaba ayudarme?

No solo son la fortaleza de sus palabras las que decaen, sino la mía.

—Llévensela —demanda el viejo, que no puedo ver por la enorme espalda que obstruye mi visión.

¿Llevarme?

¿Dónde?

—¡Ayuda! —grito, pero enseguida mi boca es bloqueada por la mano de mi opresor.

A empujones, me sacan del edificio. Nadie parece ver nada o, al menos, nadie quiere ser testigo de lo que me hacen. Tengo miedo, y ya no es a morir sino a que me hagan algo más terrible que eso.

Me colocan una especie de funda en la cabeza y siento que soy metida dentro de un coche. Lo demás es el sonido del motor y las llantas ir por la calzada.

—Irás a la subasta. —Una voz gruesa y varonil, que debe pertenecer a uno de mis captores, me anuncia mi desdicha.

Estoy condenada.

Malditamente condenada.

Y ya no hay quién me salve.

Mis fuerzas se desploman y solo puedo matar mi alma para que a mi cuerpo no le importe el dolor de a lo que posiblemente sea sometida.

Capítulo XXXVII

MALAS NOTICIAS

Random

—Random. —Una mano cálida me agarra el hombro. Emma es la responsable de despertarme.

—¿Qué? —me quejo.

Me doy media vuelta para darle la espalda. Tengo demasiado sueño para atenderla. Todo por desvelarme entre cigarrillo y whisky por recuperar un poco de mi cordura. Tengo un estado de ánimo oscuro y vacío. Hay un dolor de sordo remordimiento detrás de mis ojos, una sensación de pérdida que parece seguirme como una sombra.

—Random —insiste en fastidiarme.

Me muevo para mirarla, perezosamente.

—¿Por qué tanta insistencia? —cuestiono.

Ni siquiera se ha cambiado de ropa, sigue en su pijama.

—Tu amigo Frank se encuentra en la sala. —Se encoje de hombros.

¿Frank?

Me restriego los ojos mientras logro sentarme. La mañana es luminosa y soleada. No puedo creer que después de lo sucedido con London se digne a venir. Miro a Emma, que espera una respuesta. Sus ojos están expectantes. Me deslizo fuera de la cama, sentir mis pies descalzos en el suelo frío eriza mi piel. Extrañamente, siento como si la energía en mí ha sido drenada.

—Puedes irte y dile que en un momento salgo.

Asiente y se retira de mi cuarto.

Tomo de mi cajonera una camisa blanca que cubra mi torso y un pantalón corto. Me dispongo a ir a la sala para terminar con cualquier cosa que él me quiera decir. Destellos brillantes de luz solar atraviesan las ventanas y obligan a mis párpados a cerrarse.

—Random —escucho cómo su voz vacila.

Mi visión se aclara y lo veo parado cerca del sofá. Ha debido de levantarse enseguida al verme. Tengo unas enormes ganas de golpearlo, pero me controlo. Al final, pelearía por algo que no vale la pena.

—¿Qué te trae aquí? —pregunto manteniendo una distancia prudente entre los dos.

Durante largos segundos se queda en pausa mirando al suelo y los lados sin saber qué responder. Hasta que finalmente toma valor y dice:

—Necesito tu ayuda.

¿Mi ayuda?

Tantas veces he escuchado eso de él, pero en ninguna ha tenido la expresión que tiene su rostro ahora. Su temor se expresa de manera tal que comienzo a preocuparme sobre de qué va su pedido de ayuda.

—Dime en qué te puedo ayudar. —Paso mi mano por mi cabello.

Se acerca hacia mí. Intento dar un paso atrás, pero me detengo. Es que no puedo soportar verlo y saber que es amante de una mujer que consideraba mía.

—Necesito un millón de dólares —dice, dejando al final escapar un suspiro como si esas palabras lo estaban ahogando.

—¿Un millón?! —suelto sorprendido.

—No es para mí —aclara.

Me detengo al recordar con eso la llamada de London.

¿Ella lo ha enviado?

No puede tener la dignidad por los suelos para hacerlo. Algo está pasando y debo realmente saber qué es.

—¿Ella te ha enviado? —pregunto, molesto.

—No, soy yo quien está aquí por ella.

Me tiene enredado con sus palabras. Voy a la cocina a por un vaso de agua. Trato de despejar mi mente.

—Dime que puedes ayudarme —suplica.

Regreso con el vaso en la mano y tomo un sorbo de agua. Busca en mi mirada una respuesta que es difícil dar. No tengo el dinero. No de mi parte, pero si la de mi padre. Y eso no lo haría. No tomaría algo de él, porque para eso trabajo duro, sin tener que depender de una herencia sucia.

—Lo siento, no puedo —me sincero.

Se lleva las manos a la cabeza y resopla frustrado. Él sabe que no estoy dispuesto a tomar el dinero y, aun así, está aquí pidiendo una cantidad que solo podría dársela haciendo eso. Camina de un lado a otro mirando en ocasiones al techo. Sin embargo, se detiene y me mira cabizbajo.

—Te mentí —empieza a decir—. London, nunca ha sido mi amante.

Pero ¿qué?!

Tengo ganas de estrellar el vaso en la pared.

—¿Qué te hace pensar que con eso cambiaré de opinión? —Siento una creciente sensación de indignación.

—Ella no es mi amante —declara alzando su tono de voz—. Pero no quería que le hicieras más daño.

Lo veo empuñar sus manos. Está airado, cuando debería ser yo quien esté así por su mentira.

—¿Y eso qué tiene que ver con el dinero? —Mantengo a raya mi voluntad de gritar por la presencia de mi hermana y mi sobrina en el apartamento.

Tomo por completo el resto de agua. Le doy la espalda para dirigirme nuevamente a la cocina. El hambre empieza a apoderarse de mí.

—Mi padre la tiene en su poder. —Me congelo al escucharlo.

Una daga helada de miedo apuñala mi corazón.

Me vuelvo hacia él con el enojo hirviendo mi sangre.

—Repite lo acabas de decir.

—Mi padre la tiene en su poder —repite—. La va a vender en la subasta.

Por un instante nada tiene sentido, entonces, de repente, me siento alarmado. No era mentira cuando ella me había mencionado de lo del dinero. Debe ser muy estúpida para romper los cheques solo porque había sido un dinero para salvar la vida de su amiga.

London, maldita seas, niña.

Eres una mujer, pero no te comportas como tal cuando te olvidas de serlo.

Lanzo finalmente el vaso, que se estrella en el suelo en pedazos.

—Dime cuándo va a ser eso —reclamo.

—Esta noche. —Su voz se apaga.

Capítulo XXXVIII

VENDIDA

London

Ahora es real, no es un juego estar parada en la tarima siendo observada por hombres que han de masturbarse con solo echarme un ojo. Enfermos, perversos y malos son los adjetivos que se me vienen a la mente con solo cruzar una mirada con alguno. Se esconden bajo sus trajes elegantes para no ser percibidos como realmente son.

Seré vendida a uno de ellos y nadie podrá detenerlo. Cuando las luces se enciendan por completo empezará la venta. Rompería en sollozos, pero he dejado mi alma encerrada para darle paso a un mundo oscuro y frío. Conocía a dos hombres: un imbécil y un cobarde. El malo y el bueno, resulta que ninguno de los dos está aquí para rescatarme.

Tienes razón, Random, a un hombre malo no le importará mi bienestar. Es contradictorio, porque tú eres del tipo que tiene máscaras, pero cuidas a los que amas. Solo que no sabes que a un hombre bueno puede importarle mi vida, pero cuando más lo necesito se vuelve un cobarde. Da igual en quien me fije, porque cualquier tipo de hombre me lastima de una u otra manera en mayor o menor grado.

La sala empieza a llenarse, las luces a encenderse y el subastador aparece anunciando el inicio de la puja.

¿Cómo hacen en los libros cuando la protagonista está en una situación de miedo y describe a la perfección cada detalle que la rodea? Porque en mi caso, de lo único que puedo estar pendiente es de la tela fina que tengo por vestido, que me hace sentir desnuda, y ver el rostro de los hombres a los cuales seré vendida.

—Bienvenidos a la subasta, caballeros —empieza a decir el subastador, paseándose con su micrófono de un lado a otro—. Hoy tenemos un regalo especial.

Espero que no se esté refiriendo a mí.

—La mujer que está a mis espaldas, con el vestido blanco en transparencia, ha sido uno de los trofeos de un amigo de la casa —culmina.

Se refiere a Random.

Todos me miran como su puta en potencia y sus ojos se iluminan. Y es que para que el subastador recalque eso, debe ser que Random no es tan querido en estos lares.

—Queremos que sea la primera en ser subastada —exige uno gordo, de unos cuarenta años, con una nariz un poco pronunciada para su pequeño rostro.

Mis piernas tiemblan de miedo.

—¡Qué se haga! —grita un joven que está sentado dos mesas frente a mí. Su rostro es impactante y su mirada matadora; un moreno como esos modelos de campaña para perfumes de hombres vanguardistas.

Miro por el rabillo de los ojos a las otras chicas, que me miran enojadas. Acaparar la atención de sus futuros clientes no está en mis planes y seguro que ellas no imaginan tampoco eso.

—Calma, caballeros —ordena el subastador.

Ruego no ser la primera.

Un hombre joven, de talle alto, mirada misteriosa y cabellera rubia larga, se levanta de su asiento. Me mira fijamente por unos segundos para luego llevar su atención al subastador.

—Ella es mía. —Su voz ronca y sumamente seductora me sorprende—. Doy lo que tenga que dar por esa mujer con tal de tenerla.

Trago saliva.

—Quieto ahí, mi estimado. —El subastador rodea la tarima para subirse al escenario y ubicarse a mi lado. Lo tengo tan cerca que mi piel se pone de gallina por los nervios—. Esta mujer tiene un precio alto.

Bajo mi mirada y doy unos profundos respiros para dejar de temblar.

Siento a alguien que se ubica detrás de mí. Me alerto enseguida, alzo mi mirada para girarme y ver quién es, pero me detengo cuando mis ojos hacen contacto con la imagen del hombre que una vez me había tenido en este lugar por diversión.

Él se pierde en una esquina con las pocas luces que llegan a ese lugar. Lleva traje de gala y sus brazos están cruzados a la altura de su pecho, observándome intensamente con la mirada más seria que he podido apreciar desde que nos hemos conocido.

Random.

—Desnúdala —ordena el subastador.

Trato de captar esa palabra.

¿Es para mí?

Quiero voltear a ver a la persona que está detrás de mí, pero unas fornidas manos me mantienen recta, sin poder hacer un movimiento.

Miro a todos los hombres que saborean sus labios y es el momento más asqueroso que he presenciado. Entonces, siento cómo rasgan la tela a mis espaldas y lo que me cubría se resbala de mi cuerpo. Bloqueo mi mente ante todo sentimiento de pudor. Mi visión divaga de nuevo al lugar donde está Random, que no aparta su mirada de mi rostro.

Tenerlo cerca me ayuda a no sentirme mal por estar desnuda. Solo me concentro en él y los momentos en los cuales exponía mi cuerpo ante sus ojos sin ser juzgada por alguien más.

—Un millón de dólares es lo que vale —suelta finalmente el subastador.

La mayoría de los hombres ya no ven mi rostro, ahora ven mi cuerpo, que se convierte en el deleite de sus más oscuros deseos. Una oleada de ruido y quejas se escucha en el salón. Deben pensar algunos que no valgo tal cantidad.

—Alto —escucho la voz de Frank.

No lo veo hasta que aparece en la oscuridad del fondo y camina hacia mí. Una tranquilidad efímera se apodera de mí y no me importa que él me vea desnuda, porque si viene a rescatarme, la exhibición de mi cuerpo es lo menos que me preocupa.

—Frank —suelto en voz baja.

—Doy el millón de dólares —dice Frank mientras logra estar cerca, evitando mirar mi cuerpo. Asiente con un gesto amigable.

Gracias, Frank.

Miro hacia donde está Random, pero sigue intacto, sin hacer nada más que estar en la misma posición desde que nuestras miradas se cruzaron. Debe de estar pensando que para qué pagar por una mujer a la cual ha tenido como ha querido.

—Doy un millón cien mil dólares —interviene el gordo que al principio reclamaba que fuera la primera en ser subastada.

Por favor, no.

Miro a Frank para que me rescate, sé que debo estarle pidiendo mucho, pero lo prefiero a él que a un gordo enfermo.

—Esto está volviéndose interesante —comenta el subastador.

¿Seré vendida a ese hombre obeso y repulsivo?

Frank mira hacia Random, que asiente como si ambos se estuvieran comunicando en gesto.

¿Qué ocurre aquí?

—Un millón doscientos mil —puntualiza Frank.

Respiro de alivio, porque el gordo me mira derrotado ante la cantidad que Frank ofrece.

—Doy dos millones por la mujer que he reclamado como mía desde un inicio —dice solemnemente el hombre joven de cabellera rubia, que sigue aún de pie.

Escucho murmulos detrás de mí sobre la excesiva cantidad que están ofreciendo. Mi pánico aumenta al ver el rostro de Frank derrotado, negando con la cabeza. Echa un vistazo a Random que levemente mueve su cabeza en negación, pasando una mano por su cabellera.

¿Se encuentra frustrado?

—¿Alguna otra oferta? —pregunta el subastador.

El rubio curva una sonrisa que hace destacar lo atractivo de su rostro. El silencio se apodera de la sala. Frank me mira cabizbajo, girándose para darme la espalda y retirarse. Me he ilusionado con la idea de que me rescataría, pero se marcha derrotado por una oferta que al parecer no puede superar.

Quiero salir de esto, cubrir mi cuerpo y ser fuerte ante lo que me espera.

—A la una, a la dos, a las tres... —empieza el conteo el subastador para anunciar la palabra que me sigue desde que estoy parada en la tarima.

Vendida.

Epílogo

Soy London Hart y conoces poco de lo que soy. Juzgaste mis acciones y soy consciente de mi realidad. Algo que he aprendido es que, por muy estúpida que sea la trama de tu vida, lo vivido está ahí y nadie te lo quita. No te diré que conocer a Random sea lo peor que me ha pasado. No te diré que la muerte de mi amiga no me ha destrozado. No te diré que Frank no me había dado una esperanza de ilusionarme en el amor. De lo único que estoy segura es que cómo lleves tu camino en la vida, definirá tu futuro.

Y ahora para muchos soy una sola palabra de cuatro letras.

Putá.

¿Sabes el significado de puta?

Pues te voy a decir que no, no soy esa clase de chica. Una cambia, es verdad. Las circunstancias te hacen fuerte o te debilitan, haciéndote perder el rumbo de todo.

Tendré que ser más que seductora para sobrevivir en manos de mi nuevo comprador. Sabrá que conmigo no puede jugar a menos que se lo permita. En el camino verás mis errores y aciertos, pero no bajaré mi cabeza por complacerte. No voy a caer en eso de nuevo.

La chica que verás tiene mi nombre, pero será otra.

Estoy construyendo a alguien más debajo de las cicatrices que notarás. Yo no soy quién creías que era antes de haberme conocido. No puedo recuperar las palabras que nunca dije, porque no sabía que el tiempo era esencial.

Solo te diré algo: *hay acciones que son necesarias, aunque vayan en contra de tus principios.*

Este libro es para mis lectoras, a quienes llamo con amor “pecadoras”, por dame un empuje cada vez que subía un capítulo a la plataforma. Y sí, de ustedes es este maravilloso y tormentoso mundo colmado de apariencias.

Ya mi hermano José Espinales por prestarme su computadora para poder seguir creando historias, aunque eso me tomara suplicas y lágrimas.

¿Lo ves?

Tu hermana ama escribir.

Y mira, tu nombre está plasmado en mi libro.

¿No estás orgulloso?



©Kiara Espinales

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com